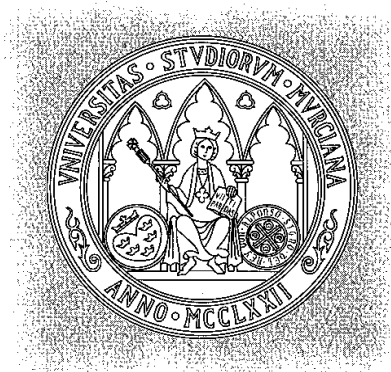


UNIVERSIDAD DE MURCIA



Facultad de Comunicación y Documentación
Departamento de Información y Documentación

TESIS DOCTORAL

**EL CÍRCULO CERRADO. COBERTURA
INFORMATIVA DE LOS CONFLICTOS
INTERNACIONALES DE ESTADOS UNIDOS EN
UN SIGLO (1898-1991): PODER POLÍTICO Y
CENSURA**

JOSÉ LUIS VIDAL COY

Director Dr. José Vicente Rodríguez Muñoz
Director Dr. Juan Miguel Aguado Terrón

2006

A quienes directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, voluntaria o involuntariamente han contribuido a que este trabajo se acabe. Muchos saben, o pueden intuir, que lo han hecho y en qué forma. Otros, no. Mas yo sé quienes son todos.

A mi madre, porque me gustaría que lo hubiera visto. Y a mi padre, porque él sí lo va a ver.

"La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos... ¡venturoso aquél a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!".

Miguel de Cervantes.

I.INTRODUCCIÓN	
I.1.INTRODUCCIÓN.....	
I.2.OBJETIVOS	
I.3.METODOLOGÍA.....	
II.- EL CÍRCULO ABIERTO: LA GUERRA HISPANO-AMERICANA Y SUS ANTECEDENTES EN EL TERRENO PERIODÍSTICO.....	
III.- EL CAMINO HACIA LA SIMBIOSIS: LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL	
IV.- LA SIMBIOSIS TOTAL FRENTE A LA PROPAGANDA IMPUESTA: LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	
V.- LA TELEVISIÓN PROVOCA LA RUPTURA: DE COREA A VIETNAM.....	
VI.- LA NUEVA SIMBIOSIS IMPUESTA. LA GUERRA DEL GOLFO, LA ACCESIBILIDAD Y LA CNN.....	
VII.- CONCLUSIONES	
VIII.- BIBLIOGRAFÍA	

I

Introducción

I.1. Introducción

Lo que ahora conocemos como la Galaxia Gutenberg, en expresión de Marshall McLuhan, había alcanzado un desarrollo mucho mayor, ya en las últimas décadas de mediados del siglo XIX, al otro lado del Atlántico que en la vieja Europa.

Prueba de ello fue que en 1898, James Gordon Bennet, Jr., fundador del diario The Paris Herald en 1877, trajo a Europa desde Estados Unidos la primera linotipia, revolucionando así la producción de periódicos en el Viejo Continente. Esa novedad respondía al espíritu sobremanera innovador de Bennet en el ámbito periodístico, ya bien demostrada con la creación del Herald, pues por demás fue un pionero en las comunicaciones por cable ya que era copropietario de la Commercial Cable Company, ubicada junto a la redacción del Paris Herald, en el número 49 de la Avenue de l'Opéra, y que suministraba al periódico la mayoría de sus noticias internacionales.

El nombre oficial del diario era The New York Herald (European Edition). Pronto fue conocido simplemente como el Paris Herald para los americanos y como Le New York para los parisinos.

Ese desarrollo primigenio, del que puede servir como ejemplo lo recién relatado, siguió manteniéndose durante todo el siglo XX y, naturalmente, continúa en estos inicios del XXI y, siempre, con los medios y tecnologías estadounidenses encabezando los desarrollos mediáticos, salvo contadas excepciones.

Excepciones que, es obligado precisar, serían incorporadas inmediatamente para su mejora al acervo mediático-tecnológico estadounidense, en el que encontrarían su mejor expresión y utilización.

Desde la linotipia, exportada a Europa por Bennet, hasta la aparición de Internet —tres de cuyos cuatro artífices (Robert Khan, Lawrence Roberts y Vinton G. Cerf) son estadounidenses junto a uno británico (Tim Berners-Lee)— y las ediciones electrónicas de los diarios, el mundo de la comunicación ha sido liderado desde Estados Unidos.

I.2. Objetivos

Por ello, este estudio se centrará fundamentalmente en las coberturas informativas y las relaciones medios/poder en los Estados Unidos de América y, consecuentemente, en los conflictos internacionales armados en los que ese país se ha visto envuelto en el último siglo y en todo el mundo.

Y esto, por varias razones.

La primera, porque a pesar, como ya queda constatado, del origen europeo de la comunicación de masas gracias a Gutenberg, ésta pronto experimentó un desarrollo mucho más rico en las riberas americanas del Atlántico Norte.

La segunda, porque el indudable papel preponderante que los Estados Unidos de Norteamérica fueron adquiriendo a partir, precisamente de la Guerra Hispano-Americana o de Cuba unido a su desarrollo mediático hace de las relaciones prensa-poder en Estados Unidos las más variadas y dignas de estudio pues han ido marcando las tendencias y las pautas en el resto del mundo desde la promulgación de la Primera Enmienda de la Constitución americana.

La tercera, porque la propia creciente implicación de Estados Unidos en los acontecimientos mundiales, a partir precisamente de 1898, ha llevado a sus gobernantes y a sus medios a unas relaciones complejas, fluidas o no, pero, sobre todo, cambiantes con la evolución del siglo y la naturaleza de los conflictos internacionales en que gobiernos, nación y medios de comunicación se han visto envueltos. Antes de esa fecha, el que habría de convertirse en el mayor poder histórico del mundo sólo se había visto envuelto en confrontaciones directas por motivo de independencia o fronteras.

Es decir, conflictos sobre su propio suelo. La guerra que acabó en 1898 cambió la perspectiva durante un siglo, hasta los atentados terroristas del 11 de Septiembre (en adelante 11-S) de 2001 contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York y el edificio del Pentágono en Washington DC.

Parece pues digna de estudio la forma en que la información sobre las implicaciones militares de Estados Unidos, fue tratada por el poder político-militar en relación con sus medios a lo largo de este siglo, en sentido amplio, pasado.

A efectos metodológicos y en lo sucesivo, describiremos el poder político-militar como “establishment político-militar”, para resumir el complejo entramado compuesto y representado por los intereses militares nucleados en el Departamento (ministerio) de Defensa estadounidense —comúnmente conocido bajo el nombre del edificio que lo alberga, el Pentágono— y los intereses políticos e industriales que pivotan sobre los miembros del Congreso y Senado de Estados Unidos en Washington.

Y también parece digno de estudio, consecuentemente, cómo los medios de comunicación estadounidenses han ido tratando, comunicando, los avatares de esas intervenciones, ayudas, influencias, rechazos directos o indirectos del poder militar.

Por último, quedará analizado también cómo ha ido cambiando, de uno a otro conflicto, la interacción entre poder y prensa —usados ambos términos en sentido genérico—, o, dicho de otro modo, el control que el primero ha pretendido ejercer sobre el segundo, sobre todo

en tiempos de guerra, y la reacción o defensas que los medios de comunicación han intentado o no interponer a ese control.

“La censura en tiempos de guerra tiene su macabro sentido”, escriben Merrill, Lee y Friedlander¹. “Es obvio”, continúan, “que un país involucrado en una lucha por sobrevivir no quiera proporcionar al enemigo información que pueda ser usada contra sí mismo. Pero no toda la censura ocurre en tiempos de guerra”, acotan.

Efectivamente, esa precisión de los autores estadounidenses es correcta, pero no lo es menos, como ellos mismos insinúan, que tratándose de intereses de supervivencia, o de “seguridad nacional” —por usar esa expresión tan cara a la mentalidad estadounidense—, que están en juego en un conflicto armado es entonces cuando la censura o el control sobre la libertad de prensa se ejerce con mayor cuidado.

Es por eso por lo que en este estudio nos fijaremos primordialmente en la evolución y distintas formas que el control y/o censura sobre los medios de comunicación de masas se ha llevado a cabo desde el poder político del país “inventor” de la Libertad de Prensa con la Primera Enmienda² durante los conflictos armados que ha sostenido fuera de sus fronteras.

No en vano, los periodistas de todo el mundo han convertido en axioma durante el siglo XX el dicho de “En una guerra, la primera víctima es la verdad”. Y sigue vigente, como ha demostrado el primer conflicto del XXI, la llamada Guerra contra el Terrorismo.

Esa larga, variada y sinuosa evolución, en una primera aproximación, nos lleva a una conclusión a primera vista simple.

En lo que se refiere a las relaciones entre poder político-militar y prensa en Estados Unidos, del ejercicio o ausencia de censura, en definitiva, el círculo informativo que era abierto en los mejores tiempos de la libertad de prensa consagrada por la First Amendment se cerró férreamente en la Guerra del Golfo contra Irak.

La proliferación de formas de comunicación, incluyendo medios de comunicación comerciales en el ciberespacio, gracias sobre todo a Internet, lo abrió parcialmente después de la campaña multinacional contra el régimen de Sadam Hussein.

Estuvo cerrado ya en la Guerra de Secesión, por vez primera. Se abrió totalmente, de hecho estalló en pedazos, en la Guerra de Cuba por la presión de la prensa, como se verá. Tuvo diversos avatares de apertura y episodios de cierto retroceso con ocasión de los grandes conflictos europeos de la primera mitad del siglo XX. Incluso se puede hablar de una

¹ Merrill, John C.; Lee, John; Friedlander, Edward Jay. Medios de Comunicación Social, Teoría y práctica en Estados Unidos y en el mundo. Fundación Germán Sánchez Rupérez, Madrid. 1992, p. 462.

² Ob. cit., p. 450.

cierta simbiosis entre el estamento político-militar estadounidense, el Pentágono, y los medios de comunicación sobre todo en la Segunda Guerra Mundial.

Pasó por ciertas dificultades a raíz de la Guerra de Corea y se abrió totalmente en Vietnam para, a consecuencia de la percepción negativa que el Pentágono tuvo del tratamiento mediático de ésta, volverse a cerrar férreamente en la Guerra del Golfo contra Irak.

Y experimentó una apertura relativa gracias a la irrupción de los medios de comunicación electrónicos e Internet a partir de la década de los años ochenta del siglo XX fue seguida por un nuevo intento de cierre del círculo informativo a raíz del 11-S y la Guerra contra el Terrorismo iniciada en septiembre de 2001 por la entonces recién elegida Administración del presidente George W. Bush.

I.3. Metodología

Puesto que el desarrollo tecnológico de las comunicaciones ha evolucionado vertiginosamente desde finales del XIX a principios del XXI, se ha escogido como periodo de estudio ese tiempo, marcado, casualmente, por dos conflictos que han sido tremendamente significativos en lo que a las relaciones entre medios de comunicación y poder —y por ende, la censura— se refiere: la llamada Guerra Hispanoamericana en Estados Unidos o Guerra de Cuba, para los españoles, y la Guerra contra el Terrorismo.

En lo que a la aplicación de la censura se refiere, existe un precedente anterior a la Guerra Hispanoamericana de 1898, aunque fuera un asunto interno de Estados Unidos, pero íntimamente relacionado con los medios de transmisión de las noticias. A diferencia de su primera guerra internacional, la que libró contra México por el control de Texas a principios del siglo XIX, el telégrafo ya estaba inventado por Jean Louis Lessage en 1844 cuando estalló la Guerra de Secesión entre los estados del Norte y del Sur, la Unión contra la Confederación.

La información sobre la guerra en Texas fue fácilmente controlada por los generales estadounidenses: simplemente llegaba a los escasos corresponsales de guerra y los periódicos por medio de notas oficiales que los Estados Mayores distribuían, los periodistas enviaban a sus periódicos y éstos imprimían³.

Pero pocos años después, en la guerra civil estadounidense la existencia del telégrafo hizo cambiar totalmente las cosas. Los directores de periódicos inundaron los frentes con corresponsales. El telégrafo les proporcionaba información, aunque limitada, directa y valiosa para sus primeras páginas. Pero también era de valor para el enemigo, cuyos espías se ponían al tanto de las operaciones del contrario simplemente leyendo los periódicos.

³ Jacobs, M.T.; *Assesing the constitutionality of press restrictions in the Persian Gulf War*. Stanford Law Review, 44. 1992. pp.675-726

Por eso, pocos meses después de que el ejército de la Confederación bombardeara Fort Sumter, dando inicio a la guerra civil, el ejército de la Unión prohibió a los corresponsales enviar sus informaciones por telégrafo sin pasar por la censura militar previa. Fue una clara violación, quizá la primera, de la Primera Enmienda (First Amendment) a la Constitución⁴.

Partiendo desde la perspectiva de esa primera ocurrencia histórica de control de la información o censura en tiempo de guerra en el país inventor de la moderna libertad de prensa y motor de la modernización de los medios de comunicación social y tecnológica, escogeremos los conflictos internacionales en los que ha participado Estados Unidos y que han sido, a nuestro entender, los más significativos desde el punto de vista de control y censura de la información en el periodo comprendido entre la Guerra Hispanoamericana, relevante al respecto por sí misma como se verá, y la Guerra contra el Terrorismo, igualmente importante.

Entre esos dos conflictos, se ha producido otros, como la Gran Guerra Europea o Primera Guerra Mundial (1914-1918), la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), la Guerra de Corea (1950-1953), la de Vietnam (1964-1965), la del Golfo (1990-1991) y la Guerra contra el Terrorismo (2001-), que han sido considerados como hitos determinantes de la evolución de la censura hacia los periodistas y los medios de comunicación en tiempo de guerra por el poder político-militar estadounidense. Y esa evolución, sus formas, han estado decididamente marcadas por los propios avances tecnológicos, dando lugar, como veremos a variantes, estrategias diversas, formas, en conclusión, diferentes en que el poder político-militar ha tratado de aproximarse a los medios de comunicación para influir sobre ellos, dirigirlos, inducirlos y, en los casos extremos censurarlos de muy distintas formas.

Al mismo tiempo, prácticamente, que Estados Unidos o, más bien, sus medios de comunicación desembarcaban con nuevas tecnologías en Europa, se producía la que se puede considerar la primera guerra ultramarina de la naciente potencia mundial.

Con estas premisas de partida, y teniendo presente el concepto de ciclo histórico, desencadenaremos nuestro análisis en las siguientes etapas:

- a) El círculo abierto: la Guerra Hispano-Americana y sus antecedentes en el terreno periodístico
- b) El camino hacia la simbiosis: La Primera Guerra Mundial.
- c) La simbiosis total frente a la propaganda impuesta: la Segunda Guerra Mundial.

⁴ Bodyston, M.D. Press censorship and access restrictions during the Persian Gulf War: A First Amendment analysis. *Loyola of Los Angeles Law Review*, 25. 1992 pp.1073-1106; y Jacobs, M.T.; ob. cit.)

d) La televisión provoca la ruptura: De Corea A Vietnam.

e) La nueva simbiosis impuesta. La Guerra del Golfo, la accesibilidad y la CNN.

a) El círculo abierto: la Guerra Hispano-Americana y sus antecedentes en el terreno periodístico

En efecto, hasta el final del siglo XIX, los estadounidenses se habían visto envuelto en guerras no ultramarinas. Primero, la épica e idealizada guerra de fronteras conocida como la conquista del Oeste; más tarde, su particular guerra civil o Guerra de Secesión. Después, la guerra con México por el control de Texas. Y no fue hasta 1898 cuando los Estados Unidos de Norteamérica se vieron directamente envueltos en una guerra en ultramar, si bien es cierto que las distancias todavía fueron reducidas, salvo en los casos de Filipinas y la olvidada isla de Guam.

En esta primera guerra lejana, ya la prensa, los medios de comunicación cobraron una especial relevancia para el desarrollo y resultado de la misma. La rivalidad entre los periódicos de William Randolph Hearst y los del Joseph Pulitzer marcaron profundamente las hostilidades, al menos desde el punto de vista norteamericano. Dieron lugar, además, al nacimiento de ahora ya famoso Periodismo Amarillo, que, en cualquier caso, nació con unas características bien diferentes de las que reviste hoy en día.

Hay quien piensa, como Merrill, Lee y Friedlander⁵ que esa guerra nunca habría estallado, al menos entre Estados Unidos y España si la prensa norteamericana no hubiera instigado a su Gobierno y opinión pública a favor de entrar en el conflicto para terminar con el colonialismo español y en defensa de la revuelta cubana que se había iniciado en 1895⁶.

Eran los tiempos iniciales de la Doctrina Monroe y, evidentemente, William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer no sólo creían firmemente en ella, sino que también estuvieron totalmente decididos a aprovecharla para, por un lado, vencer en el duelo periodístico que ambos mantenían y, por otro, triunfar empresarialmente sobre el adversario, en una de las primeras muestras históricas de la competencia comercial más exacerbada.

Cuando en 1898 el acorazado Maine vuela por los aires en el puerto de La Habana, detonando la guerra hispano-estadounidense conocida como Guerra de Cuba, la opinión pública estadounidense ya estaba suficientemente inflamada como para ver como excusa natural el hundimiento del navío para que su país entrara en la guerra contra España⁷, aunque otros autores⁸ discuten esta opinión.

⁵ Ob. cit. p.456

⁶ Balfour, Sebastian. El Fin del Imperio Español (1898-1923). Crítica, Madrid, 1997

⁷ Cabot Lodge, Henry. The War with Spain, New York, 1999

⁸ Hilton, Sylvia. L. Revista Española de Estudios Norteamericanos, REDEN, Madrid, 1997

Al margen de la investigación puramente histórica, lo que sí está fuera de dudas es que la pugna periodística entre Hearst y Pulitzer, que dio lugar a la aparición entonces del llamado Yellow Journalism (Periodismo Amarillo), influyó sobremanera en la entrada de Estados Unidos en el conflicto.

Y su influencia fue así gracias, paradójicamente, a la ausencia total de control que los propietarios editores Hearst y Pulitzer ejercieron sobre la veracidad o exactitud de las informaciones que les enviaban sus corresponsales en Cuba.

Frente a la primera irrupción brutal de la censura en tiempo de guerra, como se ha relatado sobre la Guerra de Secesión estadounidense, el siguiente conflicto, el de Cuba, registró una situación exactamente contraria y que dio lugar a ese Periodismo Amarillo que se ha convertido incluso en forma popular de descalificar la credibilidad de un medio de comunicación o de un informador periodístico.

En este caso además, por una vez, la relativa lentitud de los avances tecnológicos facilitó la tergiversación de la realidad por los corresponsales norteamericanos. La apócrifa orden de Hearst a su corresponsal gráfico Frederick Remmington — “¡Usted mándeme los bocetos, que yo pondré la guerra!” — no hubiera sido posible o efectiva pocos años después, tras producirse, un año después de la voladura del Maine, en 1899, la invención de Hummel: el transmisor telegráfico de fotografías, posibilitando la transmisión e impresión a distancia de fotografías.

Esto había sido hasta ese momento imposible: los diarios sólo podían imprimir, pues, ilustraciones o dibujos. Y explica el desparpajo de la orden de Hearst al ilustrador enviado a Cuba a cubrir el conflicto.

El invento de Hummel produjo un salto cualitativo en la impresión de los periódicos, diarios o no, que pasaron a imprimir fotografías en blanco y negro con las que sustituyeron progresivamente a las ilustraciones.

Falsear la realidad, por tanto, al menos si se quería reflejarla gráficamente, se hizo más difícil. Pero la censura encontraría en el siguiente conflicto objeto de estudio, la Primera Guerra Mundial, forma de hacerlo.

b) El camino hacia la simbiosis: La Primera Guerra Mundial.

El cambio, los avances tecnológicos en materia de comunicaciones a distancia y de comunicación de masas desde la voladura del Maine hasta el asesinato del Archiduque de Austria Franz Ferdinand⁹ en Sarajevo, dieciséis años después, había sido vertiginoso y espectacular por primera vez en la Historia de la Humanidad.

⁹ Thomson, David. *Europe since Napoleon*, Longmans, 1957

Ya entonces, los despachos de los corresponsales americanos a sus periódicos eran enviados por cable o telégrafo. El teléfono, inventado en 1876 por Alexander Graham Bell, todavía no tenía la fiabilidad y disponibilidad que años después le otorgaría la larga distancia. Sin embargo, el telégrafo transatlántico ya estaba funcionando desde que, en 1866 William Thompson (Lord Kelvin) había adaptado la invención del telégrafo eléctrico conseguida en 1774 por Georges Louis Lesage.

El telégrafo transatlántico era, por tanto, a finales del siglo XIX el principal medio de transmisión de noticias entre ambas orillas de los grandes océanos, pero también a través de los grandes continentes. Los principales periódicos se nutrían de ellas a través de los cables telegráficos, como habían experimentado ya en la Guerra de Cuba o Hispano-Americana desde 1898.

También al año siguiente de la voladura del Maine, F. Hachmann inventa el télex: instrumento para transmitir por cable telegráfico o telefónico escritos completos, en letras, no en señales sonoras necesarias de traducir alfabéticamente como hasta el momento.

Aunque hasta ese momento las tensiones entre medios de comunicación, con las consiguientes aplicaciones de restricciones y censura habían sido ya notables, los cambios tecnológicos rapidísimos, como los mencionados, registrados en los primeros años del siglo adquirieron una gran influencia¹⁰.

Con la mejora espectacular de su tecnología, las comunicaciones pasaron a convertirse en un problema de importancia cada vez que un asunto de Seguridad Nacional, es decir, una guerra aunque fuera ultramarina o un problema de relaciones exteriores se presentaba ante los gobernantes de Washington.

No en vano el aserto ya citado de «La primera víctima de una guerra es la verdad» (*The first casualty when war comes is truth*) fue pronunciado por el senador de California Hiram Johnson durante la Primera Guerra Mundial.

La realidad de esa frase ha quedado demostrada, como se estudiará, en todos y cada uno de los conflictos desde entonces. Sólo es necesario resaltar, y también será objeto de estudio, que las restricciones a los medios de comunicación han cambiado de guerra en guerra, en función de los cambios o avances tecnológicos que han ido mejorando, facilitando y extendiendo —al menos teóricamente— la accesibilidad para la opinión pública de las noticias originadas en países lejanos.

La aparición de la radio, inventada por Guglielmo Marconi en 1901 impidió que este nuevo avance técnico tuviera presencia en el conflicto hispano-estadounidense, pero su rápido desarrollo preparó el camino para que ya en la Primera Guerra Mundial fuera

¹⁰ Merrill, J.; Lee, J.; Friedlander, E.J.; ob. cit.

utilizado como difusor de las noticias que llegaban de los frentes, especialmente del europeo.

La BBC comenzó ya a dejar sentir su presencia en las ondas como fuente de primera mano para oyentes, pero también para periodistas que trabajaban sobre el primer gran conflicto global. Y como primer medio de comunicación de masas mereció la atención controladora de los gobiernos de uno y otro lado del Atlántico.

La expansión de la BBC llega imparablemente hasta nuestros días¹¹ y dando lugar a un caso particular y casi excepcional de sistema anti-censura para preservar la independencia del medio que ha llegado incólume —con diversos avatares y problemas, eso sí— hasta nuestros días y que es citado como teórico ejemplo a seguir como fórmula válida anti-censura y pro-independencia mediática.

En el caso concreto de la Primera Guerra Mundial, no obstante, es digna de ser tenida en cuenta también, para comprender el importante papel de la prensa escrita y la influencia o control que sobre ella quisieron tener los gobiernos, la figura de Alfred Harmsworth, Lord Northcliffe, continuador británico de la influencia ejercida sobre el conflicto cubano por William Randolph Hearst.

Pero la gran diferencia entre Hearst y Northcliffe¹² no residió en el ardor con que ambos defendieron la causa de la guerra emprendida por sus dos naciones, la primera contra España, la segunda contra Alemania y el Imperio Austro-Húngaro. Sino que fue la diferente actitud deontológica que ambos, como propietarios editores de medios, mantuvieron sobre los respectivos conflictos armados.

La frivolidad de Hearst, ya reseñada como originaria del llamado Periodismo Amarillo, y su convencimiento de la necesidad de provocar la guerra contra España le hizo objetivo poco apetitoso para la censura de guerra: no era necesario ejercerla contra él¹³.

El esfuerzo de Lord Northcliffe fue mucho más serio y acorde con los intereses nacionales del Reino Unido, a través del popular Daily Mail y del respetado The Times of London, consiguiendo no sólo mucho mayor respeto, sino también mucha más influencia y poder político, hasta el punto de que se le atribuyó para bien o para mal la caída del primer ministro Herbert Henry Asquith y la instalación del siguiente, David Lloyd George¹⁴.

¹¹ Benson, R. The British are Coming, CJR, July/August 1991

¹² Thompson, Lee J., Politicians, The Press & Propaganda: Lord Northcliffe and The Great War, 1914-1919. Kent State University Press, 1999

¹³ Companys Monclús, Julián. Los orígenes de la prensa amarilla y su relación con la insurrección cubana de 1898. Boletín de la Real Academia de la Historia, BRAH, Madrid, 1998.

¹⁴ Thomson, David. Ob.cit.

Se trató, en definitiva, de la aparición en tiempos de conflicto de la “prensa patriótica”, mucho menos susceptible de ser sometida a censura, en contraposición al Periodismo Amarillo, objeto primordial de control y censuras si sus objetivos diferían o difieren de los del poder político-militar envuelto en un conflicto.

No obstante, y a pesar del espíritu de colaboración que durante la Primera Guerra Mundial guió los esfuerzos de la prensa en relación al conflicto, la censura fue muy dura. Y lo fue mucho más en el lado de los aliados, especialmente en el Reino Unido y los Estados Unidos de América que en el de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro¹⁵.

Para empezar, apenas iniciado el conflicto, los británicos cortaron el cable telegráfico alemán que cruzaba el Atlántico hasta América. Con ello se aseguraron que todas las noticias escritas en alemán no llegaran al otro lado del Océano en su versión original, al menos, sino censurado, cuando llegaban.

Este corte fue fundamental para que el filtro británico de lo que ocurría en los frentes de combate en la vieja Europa contribuyera enormemente a inducir al Gobierno de Washington a entrar en la Guerra, cosa que finalmente hizo en 1917.

Mas, incluso bien antes de sumar sus esfuerzos a los europeos para acabar con los imperios germánicos europeos, el Congreso de Estados Unidos ya había aprobado restricciones sobre la prensa para restringir la difusión de información sobre localización de tropas, soldados, armamento, etcétera¹⁶.

Una vez registrada la entrada de los Estados Unidos en la Gran Guerra europea, el mismo Congreso no tuvo inconveniente en aprobar la Sedition Act¹⁷ cuyas restricciones eran aún más numerosas.

En esto, Washington no hacía sino seguir los pasos ya emprendidos por los contendientes europeos, especialmente los británicos. En efecto, la difusión amplísima de atrocidades cometidas por las tropas alemanas en Europa alcanzó dimensiones espeluznantes.

Difundidas principalmente por los medios de prensa escrita y valiéndose de la univocidad que concedía el corte del cable alemán hacia América, fueron ampliamente creídas por el gran público y dieron origen a lo que entonces y ahora se llamó “Propaganda”¹⁸. Las noticias llegaron indiscriminadamente, así, a Estados Unidos. Años más tarde, a partir de 1929, se demostró que la mayoría de esas atrocidades y excesos de los soldados alemanes fueron falsos.

¹⁵ Thompson, Lee, J.. Ob. cit.

¹⁶ Espionage Act. Library of The Congress of The United States of America, 1917

¹⁷ Sedition Act. Library of The Congress of The United States of America, 1918

¹⁸ Pfaff, Daniel W. Joseph Pulitzer II and the Post-Dispatch: A Newspaperman's Life, Penn State Press, Pennsylvania. 1991.

En el otro lado, el menor desarrollo tecnológico y mediático de Alemania y Austro-Hungría impidió que la gran maquinaria propagandística iniciada por el Reino Unido y apoyada por Estados Unidos tuviera la contrapartida correspondiente¹⁹.

Es de resaltar, por ejemplo, que al tiempo que Alemania y Austro-Hungría tenían su cable cortado por el Reino Unido desde el principio de la Guerra, los corresponsales americanos podían cubrir el conflicto desde el lado de los Imperios, hasta que se produjo la entrada de Estados Unidos en la guerra. Esto ilustra la relativa candidez de la Propaganda del Eje frente a la de los Aliados.

c) La simbiosis total frente a la propaganda impuesta: la Segunda Guerra Mundial.

Esa candidez cambiaría radicalmente en el siguiente gran conflicto, la Segunda Guerra Mundial, como más adelante veremos, gracias a las innovadoras y masivas técnicas propagandísticas puestas en juego por el Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler desde antes de hacerse con el poder en Alemania en 1933.

A diferencia de lo ocurrido en la recién nacida Unión Soviética, donde el Estado poseía y controlaba los medios y, por tanto, ejercía fácilmente su control sobre ellos, el control y utilización de los medios de comunicación para fines propagandísticos fue especialmente “meritorio” en el caso del partido nazi alemán, puesto que se trataba de medios de propiedad privada que competían en el libre mercado de la época con los de otros signos políticos hasta el triunfo electoral del tercer año de la tercera década del pasado siglo.

Pero hasta ese año, y desde el final de la Gran Guerra en 1918, dos nuevos medios de comunicación de masas vinieron a revolucionar las artes y artimañas de propaganda y censura en contraposición a las facilidades que la distribución de información encontró gracias al desarrollo de esos dos nuevos medios: los documentales informativos y, especialmente, la radio.

El primero, el cine —en forma de ficción o de documentales realistas— ya venía siendo usado incluso desde la Guerra de Cuba. No en vano la grabación y reproducción de imágenes en movimiento había sido puesta en escena por los hermanos Lumière en “La sortie des usines Lumière” en 1895.

Pero hasta la incorporación del sonido a las películas la progresión de la audiencia del cine no fue espectacular. En Estados Unidos, la media semanal de espectadores de cine durante los primeros años veinte era de un 46 millones. En la década anterior, la de la Gran Guerra,

¹⁹ Knightley, P. *The First Casualty: From the Crimea to Vietnam, the war correspondent as hero, propagandist and myth maker*. Prion Books, London. 1991

buena parte de la propaganda, sobre todo, se distribuyó en Europa y en América en forma de imágenes en movimiento.

En 1930, tras la inclusión de sonido en las películas tres años antes, la audiencia semanal media se duplicó y llegó a los 90 millones de personas. El incremento fue similar en Europa²⁰.

El desarrollo de la radio había sido ya en esas fechas mucho más notable, a pesar de que su descubrimiento había sido más tardío. El nacimiento de la radio comercial es datado por Smith en 1920, cuando empezó a funcionar con características similares a las emisoras de mediados del siglo XX una estación en Pittsburgh, la KDKA.

Desde allí se extendió rápidamente por todo Estados Unidos y Europa. Cuando Orson Welles transmitió la “Guerra de los Mundos” de H.G. Wells la noche de Halloween (1 de noviembre) de 1938 como si de un acontecimiento real se tratara, aterrorizando a decenas de miles de estadounidenses que lo escuchaban, quedó demostrado el gran poder de la radio.

Ya los políticos de todo tipo usaban la radio como arma de comunicación y propaganda. De hecho, los dirigentes del Partido Nacional-socialista Adolf Hitler y Josef Goebbels la hicieron su principal medio para extender sus ideas propagandísticas.

El segundo, como encargado específico de convertir la información en propaganda para el partido y el régimen nazi, hizo del uso de la radio su arma principal. El totalitarismo nazi hizo que los papeles, en lo referente al control de los medios de comunicación y la censura, se invirtieran en la Segunda Guerra Mundial en relación con la Primera.

Si de 1914 a 1918 el control de la prensa en Alemania y Austro-Hungría había sido todo lo suave que podía ser dadas las condiciones del conflicto y ese mismo control fue rígido y duro en el bando aliado, entre 1939 y 1945 fueron los aliados quienes ejercieron su control mediático en tiempo de guerra con una cierta tolerancia y permisividad —se trataba, al fin y al cabo, de democracias— que contrastaba con la extrema dureza de la Alemania nazi, la Italia fascista, el Japón imperial y la Unión Soviética.

Lo que no evitó que, también entre los aliados, se registraran casos de censura extrema, especialmente ejercida en los frentes del Pacífico por británicos, chinos e, incluso, los estadounidenses comandados por el general McArthur, en contraste con una política de censura más contemporizadora con los medios de comunicación —de forma fundamental

²⁰ Smith, Andrew F. *International Conflict and the Media*, The American Forum for Global Education, 2000.

por la prensa escrita y radio— en los frentes de Europa a cargo del general Dwight Eisenhower²¹.

La dureza de la censura en el Pacífico tuvo su explicación, según varios autores, en el hecho de que, a pesar de que Estados Unidos había hecho durante el periodo de entreguerras y como resultado de la experiencia registrada en la Primera, un gran esfuerzo por adaptar sus servicios de espionaje y propaganda —con la conversión del The Justice Department's Bureau of Investigation en el Federal Bureau of Investigation (FBI)—, el país entró en guerra precisamente debido a un sonoro fracaso de esos servicios de espionaje, sobre todo los exteriores.

En efecto, así cabe explicar porqué Japón pudo atacar sorpresiva y casi impunemente Pearl Harbor, dejando en ridículo la casi recién creada (1941) Office of the Coordinator of Information, devenida en 1942 The Office of Strategic Services. Es importante introducir en este punto el papel de los servicios de espionaje, en el caso de la implicación de Estados Unidos en conflictos internacionales, porque a raíz del desastre de Pearl Harbor, el establishment político-militar de Washington tuvo una cierta tendencia a intentar dirigir la censura de prensa o intentar orientarla, al menos, a través de las influencias e infiltraciones en los medios de agentes de los diferentes servicios secretos, a pesar de las prohibiciones legales expresas en ese sentido, como ha quedado reflejado en varios estudios académicos y publicaciones al respecto.

Con la radio como estrella mediática en los años de la Segunda Guerra Mundial, el inicio del nuevo medio que iniciaría una nueva y más tremenda revolución comunicacional, la televisión, apenas estuvo presente directamente en los frentes, por lo que las censuras se concentraron principalmente en prensa y radio. No obstante, la grabación de imágenes de cinematógrafo empezó a adquirir importancia tanto para los autores como para los censores.

Una vez más, el desarrollo de los medios de comunicación²² vino seguido de nuevos intentos de controlarlos y censurarlos con más zafiedad y brutalidad según los medios se iban perfeccionando.

Y si esto era válido para Europa, como señala Richard Bessell, lo fue aún más para Estados Unidos, convertido ya en líder del mundo occidental económica, política, militar y, cómo no, mediáticamente.

²¹ Blanchard, Margaret A. *Freedom of the Press in World War II*. *American Journalism*, 12:3. University of Alabama, 1995. Pp 334-341.

²² Bessell, Richard, *The Oxford Illustrated History of Modern Europe*. Oxford University Press, 1996, pp 248-251

Aunque “*enlatadas*” su reenvío a Estados Unidos las hacía fuente de información en los cines ya con sonido, añadiendo gran espectacularidad para la época, y empezaba a vislumbrarse la posibilidad de que llegaran a todos los hogares a través de la televisión, aunque fuera con mucho retraso sobre la fecha original de rodaje²³.

d) La televisión provoca la ruptura: De Corea A Vietnam.

La entrada en escena de la televisión cambió no sólo la actitud de los censores haciéndola más rígida: se hizo evidente que el impacto de las imágenes de televisión era mucho mayor que el de cualquier otro medio conocido hasta el momento, pues el público las tenía disponibles en su casa.

Pero también ese “*peligro*” coincidió, en lo que a los conflictos internacionales librados militarmente por Estados Unidos se refiere, en que la percepción de la opinión pública cambió. Las dos grandes Guerras habían terminado siendo populares, a pesar de que, por ejemplo Franklin Delano Roosevelt ganó las elecciones de 1941 con el slogan de “*He kept us out of war*”.

Corea y Vietnam se convirtieron como conflictos militares, sobre todo este último, a los ojos del americano medio en impopulares. La actitud misma de los medios y los periodistas ante la censura cambió. En la Primera y en la Segunda, ambos colaboraron con el poder político-militar: se trataba de salvar a las democracias como la americana cuya supervivencia estaba comprometida por la barbarie totalitaria.

La tendencia empezó a registrarse ya en Corea y cristalizó en Vietnam, conflicto durante el cual la desconfianza y la hostilidad se hicieron patentes en las relaciones entre militares y periodistas americanos²⁴.

Buena parte de culpa de esa evolución para mal en las relaciones entre medios y censura la tuvo el desarrollo contrario a los intereses de Estados Unidos de la guerra de Corea, especialmente después de la entrada de China en el conflicto para apoyar al régimen comunista de Corea del Norte. La cooperación inicial se convirtió en abierta hostilidad, a lo que contribuyó que al frente de las operaciones estaba el general Douglas MacArthur.

Las relaciones de MacArthur con los medios ya habían sido malas en el Pacífico. Algunos corresponsales protestaron reiteradamente porque los oficiales de enlace parecían más interesados en glorificar la figura del comandante en jefe que en dar información sobre el curso de las operaciones. La historia vino a repetirse menos de diez años después en Corea.

²³ Von Schilling, James A. Television during World War II: Homefront Service, Military Success. *American Journalism*, 12:3 (1995): pp 290-303

²⁴ Landers, James, *University Times*, University of Pittsburgh, n° 21, 2000

La ruptura vino también de que los periodistas se olvidaron de la autocensura, que suponía el que la censura fuera voluntaria, y comenzaron a informar realmente de lo que pasaba en los frentes, con toda su carga de miedo, desesperación, sufrimiento y odio entre los soldados del propio bando, el estadounidense y el de la democracia.

La televisión contribuyó a ello, ganando la batalla competitiva con la fotografía y las descripciones literarias de la guerra. La televisión había sido inventada por John Logie Baird, en 1926, ocho años después del final de la Primera Guerra Mundial (1914-1917).

Facilitó la llegada de las imágenes a los hogares directamente, pero su desarrollo tecnológico y, consecuentemente, su extensión y popularización tardó en llegar casi treinta años y no fue notada aún como medio de comunicación de masas en toda su potencia hasta bien después de terminada la Segunda Guerra Mundial e, incluso la de Corea.

En 1953, el 40% de los hogares norteamericanos tenían un aparato de televisión, frente al 10% que lo tenía cuando empezó el conflicto en la Península de Corea, tres años antes, que terminó con la división del país en Norte y Sur tras la intervención de la República Popular China y Estados Unidos en favor de cada uno de los dos bandos nacionales contendientes que se disputaron el poder.

La implicación de China en el conflicto fue decisiva para que Estados Unidos recurriera a la vieja arma de la censura. Así, en cuanto China entró en guerra en Corea, la censura militar se impuso con total firmeza, lo que dio origen a una serie de estratagemas de los medios para intentar evadirla a través de Japón.

Las relaciones entre los medios y los militares norteamericanos se hicieron casi insostenibles. Especialmente porque el resultado de la guerra de Corea fue poco satisfactorio para el esfuerzo militar hecho por Estados Unidos²⁵.

Para implantar la censura, los estadounidenses copiaron la medida aplicada por los británicos a principios de la Primera Guerra Mundial. El Cuerpo de Señales del Ejército de Estados Unidos puso bajo su control la única central telefónica que conectaba Corea con Japón, después de que Mac Arthur ordenara el establecimiento de la censura obligatoria, pero no por razones de seguridad, sino por su indignación con coberturas periodísticas que él personalmente consideraba negativas.

De esta forma, con el control de las comunicaciones la censura volvió por sus viejos tiempos en los conflictos internacionales de Estados Unidos, olvidando la mutua complacencia vivida entre medios de comunicación y militares americanos durante la

²⁵ Emery, Michael, *On the Front Lines: Following America's Foreign Correspondents Across the Twentieth Century*, American University Press, 1996

campaña europea, especialmente, de la Segunda Guerra Mundial tras el desembarco aliado en Normandía en 1943²⁶.

Entre el final de la guerra en Corea, de la que el Ejército de Estados Unidos no salió como triunfador —al contrario de lo que había pasado en prácticamente todos sus conflictos internacionales anteriores de su corta historia— y la implicación total en Vietnam a mediados de la década de los años sesenta del siglo XX, la televisión creció como medio de comunicación de masas.

Landers²⁷ expresa la evolución de 1950 a 1965 muy gráficamente así: “La guerra en Corea formó un puente entre las relaciones de los militares con los medios de comunicación [estadounidenses ambos] en la Segunda Guerra Mundial, durante la cual la cooperación y el sentimiento de un objetivo compartido reinaron, y la [guerra] de Vietnam, durante la que la desconfianza y la hostilidad [recíproca] se desarrollaron”.

Ni qué decir tiene que al resultado final descrito en las relaciones medios-militares en Vietnam contribuyó enormemente la televisión. Paralelamente a su desarrollo técnico se desarrollaron las grandes cadenas televisivas norteamericanas, junto a la BBC británica, la única que les pudo ofrecer una cierta competencia.

Vietnam fue el reino de las llamadas Tres Marías: la Columbia Broadcasting System (CBS), la American Broadcasting Corporation (ABC) y la National Broadcasting Corporation (NBC). La competencia entre ellas fue tremenda.

El perfeccionamiento y popularización de la televisión vino a multiplicar ese potencial. Pero, además, la invención del transistor (William Shockley, John Bardeen, and Walter Brattain, 1948) tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial dio el impulso definitivo al uso de la radio como medio de comunicación internacional y muy difícil de interrumpir o distorsionar permanentemente.

Algún periodista español especializado en temas internacionales, como Manuel Leguineche, ha escrito ya a finales del siglo XX que en el Tercer Mundo las guerras se hacen con transistor. Se refiere a los soldados que usan la radio a transistores, comúnmente descrita como “transistor”, como aparato permanente de unión con el mundo exterior, ajeno a la guerra en la que combaten y sufren.

Mas, el transistor terminó por dar carácter de gran medio de comunicación de masas a la radio, que ya había subido a su estatus comunicador más alto gracias al papel de la British Broadcasting Corporation (BBC) durante la Segunda Guerra Mundial, seguida inmediatamente por The Voice of America, de tendencias más propagandísticas.

²⁶ American Journalism, The Media and World War I». vol 12, n°3, june 1995

²⁷ Ob. cit.

La televisión fue el vuelco informativo. A diferencia de la radio, comenzó a perfilarse como la competencia más dura y difícil de superar para los medios escritos y, al tiempo, como el modo más directo y real de contar lo que estaba sucediendo: llevó las atrocidades de Vietnam a todo el mundo y especialmente a Estados Unidos, país que ya estaba a la vanguardia de la evolución tecnológica mediática y el que, consecuentemente, la televisión tenía mayor desarrollo como medio de comunicación de masas que en ningún otro lugar del mundo.

Ante tamaño empuje, el aparato político-militar estadounidense, escarmentado de la experiencia coreana, intentó hacer girar la rueda a su favor y comenzó una política nueva hacia los medios en el conflicto de Vietnam, forzado por las circunstancias.

Las características de la guerra misma y las nuevas tecnologías prácticamente dejaron obsoleto cualquier tipo de censura. Como resultado, la guerra en toda su crudeza llegaba libremente a los periódicos, al público de todo tipo a través de la televisión. Los muertos estaban encima de la mesa del comedor a través de los periódicos o en la sala de estar por medio de la televisión todos los días y a todas horas: fue el “*efecto Vietnam*”.

Los medios de comunicación estadounidenses adquirieron conciencia de su propio protagonismo y, en cierto modo, a pensar por sí mismos sobre la conveniencia de la guerra, al igual que lo iba haciendo la opinión pública estadounidense a la vista de que lo que le llegaba hasta sus hogares era prácticamente toda la información sobre el conflicto visto desde el lado estadounidense y del Vietnam del Sur.

La accesibilidad a los frentes, por contraposición a la censura, se convirtió la seña distintiva de Vietnam. Las diferencias entre lo que veían sobre el terreno y las versiones que luego les facilitaban los portavoces militares crearon la brecha entre los altos oficiales y los periodistas.

Gracias a la ausencia de censura efectiva, los relatos periodísticos tendieron a sacar a la luz la propaganda incierta con la que los portavoces militares intentaron en todo momento ocultar la creciente implicación estadounidense en el conflicto y los desastrosos resultados²⁸.

Naturalmente, los generales no lo vieron así. “Vietnam fue la primera guerra que se combatió sin ningún tipo de censura. Sin censura, las cosas pueden quedar terriblemente confusas en las mentes de la gente”, opinaba el general William Childs Westmoreland²⁹, sobre el sentimiento anti-guerra o decididamente pacifista suscitado en Estados Unidos durante la guerra en Vietnam.

²⁸ Prochnau, William, *Once upon a Distant War*, Times Books, 1996

²⁹ Time magazine, 5, abril, 1982

e) La nueva simbiosis impuesta. La Guerra del Golfo, la accesibilidad y la CNN.

La libre experiencia mediática en Vietnam, causa última para algunos militares del Pentágono del fracaso de Estados Unidos en el Sureste asiático, fue evolucionando con mayores o menores restricciones durante las tres décadas finales del siglo XX³⁰.

Tras Indochina, el conflicto de Oriente Medio acaparó la actividad de los medios y de las censuras durante bastantes años y en bastantes ocasiones. Pero Estados Unidos no estaba directamente implicada desde el punto de vista militar.

Su implicación era fundamentalmente indirecta, a través del apoyo inequívoco que daba y da al Estado de Israel. La gran mayoría, por no decir todos, los periodistas que trabajaron en esa época en la zona —algunos veteranos de Vietnam, como el propio Arnett— ponían como secuela de la libertad de Saigón la relativa comodidad con que se trabajaba en Israel —bastión de la democracia occidental en Oriente Medio, no olvidemos, frente a los autoritarios regímenes árabes— en comparación con las censuras férreas e impenetrables de la inmensa mayoría de los países árabes.

El caso de la larga y cruenta guerra llamada “*civil*” de Líbano (1975-1990) queda aparte por las especialísimas condiciones de ese país. Y el caso de Israel también sería merecedor de un estudio específico, pues las condiciones democráticas en las que vive su población desde la fundación del Estado (1948) no ha sido óbice para que los censores militares israelíes hayan sido durísimos en ocasiones con su propia prensa y con los medios extranjeros.

No fue, pues, hasta la Guerra del Golfo, originada por la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990, que Estados Unidos se vio implicada de nuevo como combatiente en un conflicto armado ultramarino de importancia.

Conviene distinguir aquí el nivel de combatiente de los soldados estadounidenses en la guerra contra Irak, pues si bien después de Vietnam estuvieron presentes en conflictos considerados menores —Granada, por ejemplo, Panamá o, más tarde, Somalia— no se había registrado desde Indochina una imbricación importante de los militares estadounidenses en un conflicto de gran envergadura, como fue la Guerra del Golfo.

Pero en lo que nos ocupa directamente en el análisis de este trabajo, el resultado contraproducente de la extrema información o publicidad que tuvieron las operaciones militares en Vietnam —incluyendo las clandestinas y descubiertas por los medios y que provocaron una internacionalización mayor del conflicto en el Sudeste asiático— sumada al desastroso efecto que ello tuvo en la opinión pública norteamericana —convirtiéndola en

³⁰ Arnett, Peter, *Live from the Battlefield: from Vietnam to Baghdad, 35 years in the World's War zones*, New York, Simon & Schuster, 1994

antibelicista— llevaron a los militares a reaccionar como se ha descrito y, de hecho, dejó muy bien reflejado el general Westmoreland años después.

Los esfuerzos del presidente Lyndon Baines Johnson —que heredó del asesinado John Fitzgerald Kennedy la presidencia y el conflicto vietnamita— por “*dirigir*” el interés de los medios y especialmente la televisión hacia asuntos que no violaran “*asuntos de seguridad nacional*” fueron infructuosos³¹.

Consecuentemente, el entramado político-militar estadounidense se planteó, a partir de la paz en Vietnam de 1975, una especie de consigna a cumplir por encima de todo: “*Nunca más*”. Y cambió su estrategia hacia la prensa.

Muchos militares estadounidenses salieron de Vietnam con la idea de que, en lo sucesivo, habrían de librar dos guerras en cualquier conflicto: una contra el enemigo en cuestión y otra contra los medios de comunicación.

Pero, para limitar los daños propagandísticos que esa nueva política del Pentágono causaría, apareció Henry Kissinger, el todopoderoso secretario de Estado del presidente Richard Nixon.

El presidente que después sería depuesto por el asunto Watergate fue, en principio, el exponente mayor de una nueva actitud hacia los medios en contraposición a la de los militares, claramente censorial. Y lo fue, en lo que a los medios de comunicación se refiere, gracias a las actuaciones de Henry Kissinger en política exterior en todo el mundo, que se basaron en su manera de explicarlas a los periodistas “*amigos*”.

Kissinger inauguró una suerte de camaradería con los periodistas, sobre todo con los que viajaban con él en el avión del secretario de Estado durante sus numerosas misiones de mediación en Oriente Medio. Algunos llegaron a considerarse buenos amigos suyos.

Su estrategia era sencilla: les contaba muchas cosas que a Estados Unidos le convenía que se supieran, descendiendo hasta detalles mínimos. Pero les ocultaba muchas más. Su afabilidad contrastaba con la dureza adquirida por los militares del Pentágono a raíz de Vietnam hacia los medios de comunicación.

Pero el secretario de Estado mantenía las líneas maestras de la censura sobre asuntos de los que el Pentágono, la CIA o el FBI no querían que los medios de comunicación se hicieran eco: la actuación contra el régimen de Salvador Allende en Chile a principios de la década de los años 70 fue el ejemplo más claro.

³¹ Beschloss, Michael. *Reaching for Glory: Lyndon Johnson's secret White House Tapes, 1964-1965*, Simon & Schuster, New York, 2001.

Kissinger utilizaba una censura selectiva: hablaba de lo que quería e ignoraba aquello de lo que no quería hablar. Esto explica la clara benevolencia con que “*el amigo Henry*” y los periodistas asignados a la cobertura de la Secretaría de Estado³².

Pero la salida de Kissinger de la escena política directa, con el final de la era Nixon — debido precisamente a la investigación periodística de Woodward y Bernstein conocida como el caso Watergate—, y la tremenda expansión e imparable sofisticación de los medios de comunicación obligaron al Pentágono y la CIA a un replanteamiento total de las formas de censura mediática.

El inicio del envío de sonidos, imágenes y textos por satélite de un extremo a otro del globo provocó la internacionalización de la inmediatez de los conflictos. La Guerra Civil de Líbano, la invasión de Granada, la Revolución Iraní, la invasión de Panamá, la Guerra entre Irak e Irán, la invasión israelí de Líbano, etcétera. El cúmulo de informaciones se hubiera convertido en inmanejable, desde el punto de vista de los controladores de la información, de quienes pretendían y a veces conseguían impedir la difusión de unas noticias, tamizar la de otras o desmentir algunas otras.

Por ello, los controles sobre el origen o el punto de emisión de la información aumentaron radicalmente. Se redujo, en definitiva, radicalmente la accesibilidad al origen de la noticia. Justo lo contrario de lo que había pasado en Vietnam.

Esto significaba, en principio, que Estados Unidos y más concretamente el Pentágono, hacía suya la política que hasta el momento habían llevado a la práctica los regímenes opuestos a las democracias occidentales *esculpidas* a la manera de Estados Unidos y con la referencia directa o indirecta de la First Amendment en la trastienda.

Esa política antiliberal y contra la libertad de prensa había encontrado su mejor exponente durante los años de la Guerra Fría en los países integrados en el Bloque Soviético, que incluían el enrolamiento de periodistas como agentes de los estados socialistas, política que luego fue copiada en el lado occidental³³.

El Pentágono la vino a asumir como propia, en aras de la “*seguridad nacional*” tímidamente en conflictos considerados menores (Granada, Panamá, etcétera), pero luego clara y decididamente en la Guerra del Golfo contra Irak, tras la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990 y el final teórico de la ofensiva contra Bagdad nueve meses después, en abril de 1991.

³² Morris, Roger, Henry Kissinger and the Media: A separate place, Columbia Journalism Review, May/June 1974

³³ Arant, Morgan David Jr. Journalist Mark Ethridge’s Diplomatic Missions in Post-World War II Europe. The Making of a Cold Warrior. American Journalism, University of Alabama, 14: 3-4, 1997, pp 336-58

En esa Guerra del Golfo, las restricciones a los medios de comunicación que cubrieron el conflicto desde Arabia Saudí, Kuwait (más tarde) o cualquier otro de los frentes controlados por el Ejército de Estados Unidos fueron muy estrictas. Y sólo comparables a las que desde hacía décadas venían aplicando no sólo los regímenes totalitarios del Bloque Soviético recién desaparecidos, sino también aquellos mismos estados del llamado entonces Tercer Mundo que seguían en la estela política de aquellos y contra alguno de los cuales se combatía ahora, especialmente el dictatorial Irak.

Las restricciones a los medios de comunicación durante la Guerra del Golfo indignaron a los directivos de los medios y decepcionaron a los periodistas.

Entre estos últimos se extendió la impresión de que, estando teóricamente sobre el terreno —especialmente los desplazados a Arabia Saudí, donde el Ejército estadounidense asentó sus bases centrales de operaciones—, tenían la misma información que cualquier ciudadano de cualquier parte del mundo que simplemente se sentaba delante de la televisión para contemplar las noticias de la CNN³⁴.

El Pentágono, desde Washington, dio clara instrucciones de que los miles de periodistas, estadounidenses o no, tuvieran un acceso muy restringido y vigilado a los lugares donde supuestamente se combatió, después, a los que sirvieron como bases para preparar la ofensiva terrestre, antes, o realizar la campaña masiva de bombardeo de Irak.

Fue la guerra de la Cable News Network (CNN), una cadena de televisión por cable, convertida en satélite después y que fue el único medio de comunicación autorizado a que uno de sus equipos permaneciera en Bagdad después de iniciarse los bombardeos aliados contra Irak.

Es importante destacar que, los ahora vicepresidente Dick Cheney, y el hasta la segunda legislatura de George W. Bush secretario de Estado, Colin Powell, fueron dos de los principales pergeñadores de las restricciones a la prensa durante la Guerra del Golfo, cuando ocuparon puestos de responsabilidad en la Administración del presidente George Bush, padre del actual presidente George W. Bush.

Igualmente, hay que destacar que, paradójicamente y a raíz de las quejas de los medios de comunicación por las restricciones sufridas en la Guerra del Golfo, en 1992 fueron impuestas nuevas instrucciones del Departamento de Defensa para asuntos relativos a la “*seguridad nacional*”, con el objetivo de dificultar, si cabe aún más, la difusión de cualquier versión independiente de la información militar, como quedaría demostrado finalmente en la “Guerra contra el Terrorismo” que culminó, hasta la fecha, en la invasión

³⁴ Fialka, John J. *Hotel Warriors: Covering the Gulf War*. Baltimore. Woodrow Wilson Center Press/John Hopkins University Press, 1992

de Irak en el año 2003 y que había sido “declarada” por la Administración Bush a raíz de los atentados terroristas contra el World Trade Center de Nueva York y el Pentágono, en Washington, dos años antes.

III

el círculo abierto: la guerra hispano-americana y sus antecedentes en el terreno periodístico

“My mind went back to the newspaper correspondent whom I had met my first day in Barcelona, and who said to me: ‘This war is a racket the same as any other’. The remark had shocked me deeply, and at that time (December) I do not believe it was true; it was not true even now, in May; but it was becoming truer. The fact is that every war suffers a kind of progressive degradation with every month that it continues, because such things as individual liberty and a truthful press are simply not compatible with military efficiency”

George Orwell. Homage to Catalonia

II. El círculo abierto: la Guerra Hispanoamericana y sus antecedentes en el terreno periodístico

Hasta el final del siglo XIX, los estadounidenses se habían visto implicados en guerras no ultramarinas. Primero, la épica e idealizada guerra de fronteras conocida como la Conquista del Oeste; más tarde, su particular Guerra Civil o Guerra de Secesión. Después, la guerra con México por el control de Texas.

Y, no fue hasta 1898 cuando los Estados Unidos de Norteamérica se vieron directamente involucrados en una guerra en ultramar, si bien es cierto que las distancias todavía fueron reducidas, salvo en el caso de Filipinas, puesto que este conflicto de final del siglo XIX se desarrolló en el Caribe por el control de las colonias españolas de Cuba y Puerto Rico, fundamentalmente.

En esta primera guerra lejana, ya la prensa, los medios de comunicación, cobraron una especial relevancia para el desarrollo y resultado de la misma. La rivalidad entre los periódicos de William Randolph Hearst y los de Joseph Pulitzer marcaron profundamente las hostilidades, al menos desde el punto de vista norteamericano. Dieron lugar, además, al nacimiento de ahora ya famoso Periodismo Amarillo, que, en cualquier caso, nació con unas características bien diferentes de las que reviste hoy en día o, al menos, de las que es considerado actualmente.

Hay quien piensa¹, que esa guerra nunca habría estallado, al menos entre Estados Unidos y España, si la prensa norteamericana no hubiera acuciado a su Gobierno y opinión pública a favor de entrar en el conflicto para terminar con el colonialismo español y en defensa de la revuelta cubana que se había iniciado en 1895, y por intereses fundamentalmente comerciales².

Eran los tiempos iniciales de la Doctrina Monroe y, evidentemente, William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer no sólo creían firmemente en ella, sino que también estuvieron totalmente decididos a aprovecharla para, por un lado, vencer en el duelo periodístico que ambos mantenían casi personalmente y, por otro, triunfar empresarialmente sobre el adversario, en una de las primeras muestras históricas de la competencia comercial más exacerbada entre lo que ahora se llama imperios de comunicación.

A los efectos que nos interesan, es conveniente resaltar dos cosas. La primera es que, a pesar de que en el imaginario profesional de los medios de comunicación –e incluso en el imaginario popular– la creación del periodismo amarillo es adjudicada a William

¹ John C. Merrill, John Lee y Edward Jay Friedlander. Medios de Comunicación Social. Teoría y práctica en Estados Unidos y en el mundo, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Cap. 13, 1992, pp 462

² Balfour, Sebastián. El fin del Imperio español (1898-1923), Crítica, Madrid. 1997

Randolph Hearst, en realidad no fue así. Y, la segunda, que en esos mismos imaginarios, la figura de Joseph Pulitzer ha quedado como contrapuesta la del Hearst, en cuanto al periodismo amarillo se refiere –quizá debido al prestigio que han adquirido con el paso del siglo XX los Premios Pulitzer–, cuando en realidad fue él el verdadero creador del periodismo amarillo y sólo la mayor fuerza comercial y la mayor beligerancia competitiva de Hearst y sus periódicos hizo que esa clase de periodismo y el propio término quedara casi en exclusiva adjudicado a éste, tanto en el imaginario periodístico como en el popular, como queda dicho.

Las respectivas banderas empresariales de Hearst y Pulitzer –sus dos buques insignia– eran *The New York Journal* y *The New York World* –en adelante el *Journal* y el *World*–. Hearst era además de propietario director del *Journal*. La competencia entre ambos imperios periodísticos a finales del siglo XIX era sin cuartel y en todos los terrenos, pero especialmente en la Costa Este de Estados Unidos mucho más implicada por proximidad geográfica y por intereses comerciales de las grandes empresas en todo cuanto aconteciera en las Antillas y en especial en la mayor de ellas, la Isla de Cuba o Gran Antilla.

Espoleados por sus propietarios, los periodistas de ambas empresas, fuera en Nueva York o en cualquier otra de la decena larga de ciudades estadounidenses donde se daba la competencia directa entre los medios de Hearst y los de Pulitzer, no dudaban en utilizar todas y cada una de las artimañas periodísticas necesarias para ganar lectores, aun a costa de alejarse de la imparcialidad, de la objetividad y, por supuesto, de la ética profesional.

Para empezar, el origen del periodismo amarillo se debe a Pulitzer, y no a Hearst. Un dibujante del *World*, Richard F. Outcault, creó a principios de la última década del XIX un personaje “de expresión bobalicona –una especie de tonto del pueblo–”, según Julián Companys Monclús³, vestido con una túnica amarilla que contaba o daba su visión de los acontecimientos nacionales e internacionales desde esa perspectiva simplista y, desde el inicio del levantamiento cubano, con una intención cada vez más nacionalista y anti-española inspirada en una lectura de la Doctrina Monroe acorde con el personaje. El protagonista principal de las caricaturas o “tiras cómicas” de Outcault se llamaba *The Yellow Kid*, el chico amarillo. Y de ahí se derivó el término de periodismo amarillo.

La competencia era tal entre los medios de Hearst y los de Pulitzer que todo estaba permitido para ganar audiencia y el primer recurso contra la competencia era, como sigue siendo aún en nuestros días, la oferta tentadora al empleado que destaca en el otro periódico o empresa periodística o de otro campo de actividad.

³ Companys Monclús, Julián. Los orígenes de la prensa amarilla y su relación con la insurrección cubana de 1895, BRAH, 1998.

Así, la arrolladora personalidad de Hearst se impuso en este asunto a la de Pulitzer. No podía ser de otra manera. Era Hearst un mal estudiante expulsado de la Universidad de Harvard a la que su padre, minero enriquecido que llegó a senador, le había enviado a hacer sus primeros trabajos exitosos en la prensa en un diario de San Francisco propiedad de su progenitor, al que fue destinado tras su fracaso académico. Su éxito en la Costa Oeste le catapultó al “diario de bandera” en Nueva York, el Herald⁴.

“William Randolph Hearst, apodado el Jefe, fue el último espécimen de una raza de titanes y semidioses forjados en la explosión capitalista del siglo XIX, un compañero rezagado de Carnegie, Morgan y Rockefeller. Creador del concepto de los conglomerados mediáticos, profeta de la era de las alucinaciones colectivas, Hearst fue editor, periodista, magnate hollywoodiense, político, agitador de masas, promotor de guerras, coleccionista y, sobre todo, fabricante de mitos”. Así describe Carlos Ruiz Zafón la tremenda, compleja e influyente personalidad de Hearst⁵.

Pulitzer tenía una personalidad bien distinta. Era familiarmente originario de la vieja Europa, de un mestizaje común en el siglo XIX, pues por sus venas corría sangre judía y austrohúngara. Y respondía más que Hearst a lo que con el paso del tiempo sería el arquetipo estadounidense del “self made man”, el hombre hecho a sí mismo. “De la nada creó una empresa colosal. Tomó contacto con el periodismo con la compra de un primer periódico en Saint Louis (Missouri). De allí salió a Nueva York. Era tímido, decía no tener amigos y nunca gozó de buena salud; lo más grave fue una pérdida paulatina de la visión que acabó en ceguera. Cuando ya sus negocios le proporcionaban altos dividendos, se ausentaba frecuentemente del país [Estados Unidos], a bordo de su yate particular, pasando largas temporadas en Europa, lo que no le impedía prestar la mayor atención a sus asuntos, en particular a los relativos a la prensa”, Companys Monclús, en el Boletín de la Real Academia de la Historia (BRAH), cita como buena la biografía de Pulitzer de Carlos Seitz⁶.

El propio Companys establece a renglón seguido las diferencias. “En cambio, Hearst siempre ejerció un mayor control sobre el Journal”⁷. Y completa la descripción de Ruiz Zafón: “Extrovertido, le agradaba disfrutar de los placeres que su desahogada posición le deparaba. Fiestas, amantes y hermosas casas-palacios que atesoraban gran cantidad de obras de arte, distribuidas por el país. [Hearst] tenía dinero y sabía cómo gastarlo”.

⁴ Swanberg, W.A. Citizen Hearst, a Biography of William Randolph Hearst, Charles Scribner's Sons, New York, 1961,

⁵ Ruiz Zafón, Carlos. EPS, 10 Octubre 2002

⁶ Seitz, Carlos. Joseph Pulitzer: His life and letters, Arms Press, New York, 1970

⁷ Companys Monclús. Ob. cit.

Esta diferencia de personalidades reflejada en las políticas más o menos agresivas de los dos imperios periodísticos puede explicar el por qué *The Yellow Kid* fue literalmente robado –en aras de la feroz competencia capitalista– por Hearst a Pulitzer, aunque éste no se resignó a la pérdida.

Cuando Outcault y otros compañeros suyos del *Herald* se fueron en bloque del *World* al *Journal*, incapaces de resistir una tentadora oferta de Hearst, Pulitzer, a pesar de su carácter más pausado y contenido, no se resignó a la pérdida y, fiel al impulso empresarial capitalista, buscó como sustituto a George Luks, que inició su propia serie de *The Yellow Kid*. Con lo cual dos personajes bajo el mismo nombre competían a diario en los diarios de uno y otro magnate de la prensa.

La guerra mediática quedó declarada de esta manera. Ni Pulitzer estaba dispuesto a consentir semejante afrenta empresarial sin intentar neutralizarla, ni Hearst se iba a conformar con el simple “*robo*” del dibujante. El enfrentamiento mediático debió ser brutal a partir de entonces y, dada la falta de contención y de principios deontológicos en que ambos conglomerados periodísticos se movían, llegó a influir si no decisivamente sí al menos de forma notable en la creación en la opinión pública norteamericana de una conciencia, un pensamiento e incluso un sentimiento favorable a la guerra contra España, en ayuda de los insurgentes cubanos transformados en paladines involuntarios de la Doctrina Monroe.

El buque acorazado *Maine* vuela en 1898 por los aires en el puerto de La Habana. Se detona así la guerra hispano-estadounidense llamada Guerra de Cuba en España y Guerra Hispano-Americana (Spanish-American War) en Estados Unidos. El caso fue que la opinión pública estadounidense ya estaba por entonces suficientemente inflamada como para ver en la voladura y consecuen hundimiento del navío como el típico *casus belli*, es decir, el pretexto natural para que Washington, con el estamento político-militar estadounidense a la cabeza, declarara la guerra a España⁸, aunque otros autores⁹ matizan esta interpretación tan directa de causa-efecto.

Al margen de la investigación puramente histórica, lo que sí está fuera de dudas es que la pugna periodística entre Hearst y Pulitzer, que dio lugar a la aparición entonces del llamado *Yellow Journalism* (Periodismo Amarillo), influyó sobremanera en la entrada de Estados Unidos en el conflicto, utilizando los ataques escritos desmesurados contra

⁸ Lodge, Henry Cabot. *The War with Spain*. New York, 1899, p.32. citado por Hilton, Sylvia L., en *The Spanish American War of 1898: Queries into the relationships between the Press, Public Opinion and Politics*. REDEN. 1998.

⁹ Hilton, Sylvia L. *The Spanish-American War of 1898: Queries into the relationship between the Press, Public Opinion and Politics*. Revista de Estudios Norteamericanos (REDEN). Universidad Complutense de Madrid. 1998.

España y sus soldados, la tergiversación de unas noticias, la exageración de otras y la invención de algunas como espoleta que detonaba la explosión de ventas que ambos supieron ver que les reportaría una postura extremadamente beligerante contra el mantenimiento de Cuba como colonia española.

Y su influencia fue así gracias, paradójicamente, a la ausencia total de control sobre o incluso al aliento directo a las falsas noticias que los propietarios editores Hearst y Pulitzer ejercieron sobre la veracidad o exactitud de las informaciones que les enviaban sus corresponsales en Cuba.

A pesar de su criticismo sobre la consideración del trabajo de la prensa amarilla como único factor desencadenante de la entrada de Estados Unidos en la guerra contra España, Sylvia L. Hilton reconoce que “*On the eve of the war with the United States, the notion that the American yellow press (particularly William Randolph Hearst’s New York Journal and Joseph Pulitzer’s New York World) deliberately used false, malicious, irresponsible and sensational articles, solely with a view to increasing sales, by engaging and inflaming public opinion, is a commonplace in traditional interpretation of the crisis*”¹⁰.

Ejemplos clásicos, para Hilton, de esa interpretación de la actuación de la prensa quedan paradigmáticamente reflejados en dos libros: el de Marcus M. Wilkerson¹¹, y el de Joseph E. Wissan¹².

Como corolario, Hilton avanza su propia visión de que “*The Yellow Press in particular is characterized as immoral, hypocritical, and provocative for condemning [general] Weyler’s methods, for ridiculing or criticizing all things Spanish, for prematurely announcing the failure of the new Cuban autonomous regime inaugurated in January of 1898, for maliciously reporting the affair of Spanish ambassador Dupuy’s indiscrete private letter (which contained unflattering remarks about [president] McKinley), and for accusing Spain of sinking the Maine*”¹³.

Esta visión de Hilton, basada bibliográficamente en interpretaciones del conflicto hechas por una decena de historiadores civiles y militares españoles, se corresponde, con la que hacen los autores estadounidenses actuales.

¹⁰ Hilton, Sylvia L. Ob. cit.

¹¹ Wilkerson, Marcus M. Public Opinion and the Spanish American War. A Study in War Propaganda. Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1932, reprinted Russell & Russell, New York, 1967

¹² Wissan, Joseph E. The Cuban Crisis As Reflected in the New York Press, 1895-1898. Columbia University Press, New York 1934, reprinted Octagon Books, New York 1965

¹³ Hilton, Sylvia L. Ob. cit.

Pero a los efectos de este estudio, el conflicto hispano-estadounidense marcó un primer giro radical en las relaciones entre prensa –todavía a finales del siglo XIX no existían otros medios de comunicación de masas– y poder en tiempo de guerra.

De hecho, este conflicto sentó un precedente, en lo que a ausencia de censura de prensa se refiere, que luego se vería reproducido, salvando las distancias temporales, tecnológicas y políticas lógicas, en una guerra tan significativa como la de Vietnam.

Y dejó establecido un segundo precedente también referente a la censura o a la falta de ella –la implicación directa de los informadores en las actividades de guerra– que más tarde se ha visto también repetido en otras intervenciones estadounidenses en ultramar, especialmente en la II Guerra Mundial y, aún muy recientemente, en la III Guerra del Golfo para derrocar al dictador iraquí Sadam Hussein.

Frente a la primera irrupción brutal de la censura en tiempo de guerra, como la hubo en la Guerra de Secesión estadounidense, el siguiente conflicto, el de Cuba, registró una situación exactamente contraria y que encontró en ese Periodismo Amarillo, que se ha convertido incluso en forma popular de descalificar la credibilidad de un medio de comunicación o de un informador periodístico, el terreno abonado para justificar una clase libertad de prensa, que también podría ser llamada “*amarilla*” como contraste a la ausencia de censura.

La mayoría de las veces se conviene fácilmente en que fueron los periódicos de Hearst y Pulitzer especialmente los que provocaron la entrada de Estados Unidos en el conflicto, valiéndose precisamente de la exacerbación del sentimiento anti-español y la tergiversación de los hechos. Pero Hilton prefiere hablar de “*the close relationship between sensationalist journalism, popular beligerancy, and political decisions*” como impulsores definitivos de la guerra contra España¹⁴.

Jaime Ojeda Eiseley, embajador de España, afina más la interpretación de Hilton¹⁵. Para él, el concepto de la prensa estadounidense en su conjunto como causante del conflicto es erróneo. Pero no lo es tanto el considerar a la prensa amarilla como un factor cuasi-determinante del mismo.

“También se suele decir que la prensa americana fue la que realmente causó la guerra con España”, escribe Ojeda Eiseley). “Esta impresión, sin embargo, no responde a la realidad, y una lectura de la prensa de la época demuestra no sólo una gran divergencia entre los periódicos del Oeste y del Sur respecto a los del Este, sino también entre las posiciones

¹⁴ Hilton, Sylvia L. Ob. cit.

¹⁵ Ojeda Eiseley, Jaime. El 98 en el Congreso y en la Prensa de los Estados Unidos, Biblioteca Diplomática Española, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid 1999

ideológicas de los partidos y los intereses comerciales y financieros del país. Es cierto, sin embargo, que era particularmente activa la nueva prensa sensacionalista que alimentaba al público de las regiones industrializadas, desarraigadas e intensamente afectadas por la crisis de 1893. Los periódicos de Nueva York eran los que marcaban la pauta pues los muy numerosos del resto del país seguían sus noticias y editoriales a través de [la agencia] Associated Press, un servicio que acababa de salir gracias a la red telegráfica que ya abarcaba a todo el país. Sobresalían el New York World de Pulitzer y el New York Journal de Hearst, cuya ferocidad en contra de España y su denonada campaña a favor de la guerra enardecieron a la opinión, impulsaron al Congreso y finalmente forzaron la mano del presidente cuando la explosión del Maine, que a diario atribuían a España, les permitió promover un movimiento nacional a favor de la intervención americana en Cuba que condujo a la guerra con España”.

Fue por tanto, una situación radicalmente diferente a la primera irrupción de la censura en tiempo de guerra, en la de Secesión. En el conflicto con España, los periódicos amarillos estadounidenses gozaron de una posición privilegiada como “inflamadores” del belicismo, justificadores de cualquier decisión, en ese sentido, del estamento político-militar en Washington y propagandistas incondicionales de las actuaciones puramente guerreras subsecuentes. Una situación privilegiada, en suma, una situación de simbiosis entre prensa, opinión pública y poder político-militar.

Pero al mismo tiempo, una situación que podríamos calificar de peligrosa para el Gobierno de McKinley por cuanto éste en muchas ocasiones no tenía el control total sobre los acontecimientos –si se admite la influencia de la prensa sobre la formación de la opinión pública– ni, por supuesto, sobre la prensa, ya que ésta y especialmente la Amarilla no tenía ni reconocía límites en su afán de provocar y espolear un conflicto cuya utilidad principal para Hearst y Pulitzer sería la de hacer subir la venta de ejemplares y disparar sus beneficios económicos.

En clara disonancia con los autores estadounidenses Wisan, Wilkerson y otros, escribe Companys Monclús: “Recordemos también el papel jugado por la prensa [estadounidense], capaz de impulsar a la opinión pública norteamericana en contra de España y de ahondar el foso de las diferencias que van surgiendo entre Washington y Madrid. Se trata de un periodismo que no se detiene ante nada y ante nadie. No existe la menor sujeción a un código de moralidad profesional. La ocultación de determinados hechos, mientras se agrandan otros, las verdades a medias –mediante la letra impresa o el dibujo– o las simples mentiras eran la norma de conducta de los periodistas al servicio de

la prensa amarilla. Hearst y Pulitzer fueron las figuras más relevantes de este tipo de periodismo, pero no las únicas”¹⁶.

Eran esas características descritas por Companys las que, en definitiva, se han usado desde entonces y en muchos lugares del mundo, no sólo en Estados Unidos, para justificar la censura de prensa y de los medios de comunicación en general. Aunque en este caso, con una lectura literal y lineal de la Primera Enmienda a la Constitución de Estados Unidos, no se ejerció ningún tipo de control, no ya de censura.

Y prosigue Companys: “Para algunos estudiosos de la prensa y la propaganda, las informaciones tergiversadas y su apelación a la guerra contra España que ofrecían los principales periódicos de los Estados Unidos a sus lectores fueron causa determinante del conflicto entre Norteamérica y España. No podemos suscribir esta afirmación. Reconocemos la importancia de la prensa a la hora de emitir juicios –por desmesurados que éstos fueran– y de crear pareceres debido a su enorme poder de captación, pero igualmente hay que admitir que la Administración republicana de McKinley mantuvo el timón del Estado en la dirección que se trazara hasta el final sin que la acción de los periódicos le afectara decisivamente”¹⁷.

La última biografía hasta el momento publicada de Hearst argumenta que fue la propia personalidad auto-laudatoria del magnate del periodismo amarillo “la que convenció al resto de la nación [estadounidense] que sin la prensa de Hearst liderando el camino, no habría habido guerra”¹⁸.

Al margen de las interpretaciones encontradas sobre si fue la prensa amarilla la que provocó la guerra o fue el Gobierno de McKinley el que se sirvió de ella para tal fin, como recoge la propia Sylvia L. Hilton, lo que está fuera de toda duda es que no hubo el menor asomo de imponer una censura o cualquier tipo de cortapisa por parte de las autoridades de Estados Unidos ante unas informaciones llegadas desde Cuba de las que quizá la opinión pública no estuviera en condiciones de discernir su veracidad o mendacidad, pero de las que el estamento político-militar washingtoniano sí sabía a ciencia cierta que no eran ni objetivas, ni por supuesto imparciales ni ajustadas a la realidad o veraces en la mayoría de los casos.

Hay que deducir, por tanto, que el Gobierno McKinley toleró la difusión de informaciones fehacientemente falsas y tergiversadas en clara contradicción con los principios

¹⁶ Companys Monclús. España en 1898: Entre la Diplomacia y la Guerra, Biblioteca Diplomática Española, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1991, p. 315

¹⁷ Ob. cit. pp. 315 - 316

¹⁸ Nassaw, David. The Chief: The Life of William Randolph Hearst. Houghton Mifflin. 2000

democráticos del derecho a la información veraz establecidos por la First Amendment. Es decir, se puede inferir, más allá, que ejerció por omisión una especie de anti-censura porque así convenía a sus intereses geopolíticos expansionistas sobre el Caribe, preludio de otras influencias menos soterradas que el estamento político-militar estadounidense habría de ejercer en un futuro entonces ya no muy lejano más al sur del Nuevo Continente, al otro lado del Atlántico y en todo el mundo.

En lo relativo a la Guerra de Cuba, además y por una vez, la relativa lentitud, contemplada desde nuestros días, de los avances tecnológicos contemporáneos facilitó la tergiversación de la realidad por los corresponsales norteamericanos. La apócrifa orden de Hearst a su corresponsal gráfico Frederick Remington –“*You'll furnished the pictures, I'll furnished the war!*”– no hubiera sido posible o efectiva pocos años después, tras producirse en 1899, un año después de la voladura del Maine, la invención de Hummel: el transmisor telegráfico de fotografías, posibilitando la transmisión e impresión a distancia de fotografías, cuya alteración con fines propagandísticos, censores o, simplemente, mendaces no fue posible hasta algunas décadas después.

A la sazón, la transmisión de fotografías, pues, era imposible: los diarios sólo podían imprimir, por tanto, ilustraciones o dibujos. Y explica el desparpajo e impunidad consciente de la orden de Hearst al ilustrador enviado a Cuba a cubrir el conflicto.

Sin embargo, aun sin la prueba de veracidad en que más adelante se convirtió la fotografía y, después, la televisión, cierto es que los para nosotros escasos avances tecnológicos de la época fueron suficientes para que magnates avezados en el arte de la manipulación y la tergiversación como Hearst y Pulitzer los usaran a su capricho para enconar una animadversión y finalmente provocar abiertamente un conflicto armado con el único objetivo de vender más y más ejemplares de sus periódicos, sin el menor asomo de autocensura entendida como la necesaria contención del periodista ante hechos no probados, ni tampoco de censura, entendida como las cortapisas o límites impuestos por el poder político-militar para impedir la transmisión y difusión de informaciones no convenientes al propio bando estadounidense –que no las había en los periódicos de Hearst y Pulitzer–.

“La guerra hispanoamericana de 1898 promovió grandes avances técnicos –como todas las guerras– en el campo de la prensa, hasta el punto de que puede decirse que la prensa moderna, la de nuestros días, nació motivada por esa triste guerra. Y no porque la guerra en sí misma lo mereciera –después de todo sólo fue una ‘brillante pequeña guerra’, como la tildó John Hay, de poca duración, apenas cuatro meses de hostilidades intermitentes y escasa víctimas– como por haber coincidido en el tiempo con la tremenda revolución social que la sociedad americana estaba sufriendo a finales del siglo [XIX] y la consiguiente

transformación de la prensa, que de ser simplemente el periódico comercial de las ciudades o la hojita semanal o diaria de miles de pueblos, pasó a convertirse en inmensas tiradas, alimentadas por las nuevas técnicas industriales de la impresión, vomitando cascadas de noticias transmitidas por los comienzos del teléfono y del telégrafo, en combinación con la revolución del transporte gracias a la máquina de vapor, satisfaciendo así y avivando también el apetito de novedades de la nueva sociedad”¹⁹.

El apócrifo mandato de Hearst a Remmington –favorecido por los avances técnicos que cita Ojeda, por un lado, y por la ausencia de otros futuros como la fotografía y la televisión, por otro– fue, por cierto, el que le ganó en el imaginario popular y periodístico el título de inventor del Periodismo Amarillo, en detrimento del menos extremista Pulitzer cuya evolución personal y empresarial le llevó a posiciones más liberales y a la institución del premio que hoy hace que se le recuerde como paradigma del periodismo honesto e imparcial.

En cualquier caso, la censura de prensa de los despachos que llegaban de Cuba era muy fácil de ejercer en Estados Unidos. Simplemente, se colocó el control en la recepción del cable en el territorio estadounidense: la precariedad de las comunicaciones de la época hacía muy sencillo el controlar la información que llegaba pues lo hacía por prácticamente un único conducto.

*“Censors were stationed at key telegraph offices to monitor incoming dispatches, although reporters remained free to roam the battlefield”*²⁰.

Es decir, el gobierno estadounidense se limitó a controlar ese flujo de información en el final del cuello de botella que representaba la precariedad –viéndolo desde la perspectiva actual– del cable telegráfico, como señala otro autor²¹.

Pero, por otro lado, quedaba claro que el Gobierno de Estados Unidos estaba fundamentalmente interesado en que se difundieran las versiones de la guerra en Cuba que los corresponsales estadounidenses, y especialmente los de Hearst y Pulitzer, enviaban a sus respectivos medios, aunque en muchos casos fueran exageradas, distorsionadas, por supuesto partidistas y, a veces, incluso falsas.

Por tanto, la función de la censura en Estados Unidos hacia las informaciones que llegaban desde la Gran Antilla puede ser considerada prácticamente nula, puesto que el

¹⁹ Ojeda, Jaime de. Eiseley. Ob. cit.

²⁰ Jacobs, M.T. Assessing the constitutionality of press restrictions in the Persian Gulf War, Stanford Law Review, 44, 1992, p. 680

²¹ Cooper, Stephen D. Press Control in Wartime: The legal, historical and institutional context, American Communication Journal, Marshall University, Vol. 6, issue 4, Summer 2003

tenor general de los despachos era favorable a los intereses del establishment político-militar, y comercial, de la época.

Sin embargo, el invento de Hummel, la telefotografía, produjo un salto cualitativo en la impresión de los periódicos, diarios o no, que pasaron a imprimir fotografías en blanco y negro con las que sustituyeron progresivamente a las ilustraciones.

Falsear la realidad, por tanto, al menos si se quería reflejarla gráficamente, se hizo más difícil: a partir de ese momento la fotografía era prueba o no de lo que se escribía. Pero la censura encontraría en el siguiente conflicto objeto de estudio, la Primera Guerra Mundial, forma de falsear nuevamente la realidad o impedir su difusión.

Ese mismo invento, entre otras cosas, vino a suponer una cortapisa para las ínfulas inventivas de los periódicos de Hearst, ya decididamente, en esa época posterior a la Guerra de Cuba e inmediatamente anterior a la Primera Mundial, paladín dominante del Periodismo Amarillo, que había conseguido sus primeros logros espectaculares en la contienda hispano-norteamericana.

Pero mientras esa invención se producía, en la Guerra de Cuba el Periodismo Amarillo se instaló en esta complacencia, no sólo por el interés de las empresas periodísticas y, en algunos casos, de los propios periodistas por alcanzar cotas de espectacularidad cada vez más altas que se convertirían en ventas y beneficios, sino también, según algunas visiones estadounidenses, como la de Wilkerson²² o la de Swanberg²³, para empujar a los Estados Unidos a declarar la guerra.

Uno de los autores quizá más explícitos al respecto es James Aronson que, en su obra sobre la prensa y la guerra fría trata el tema de la Guerra de Cuba de pasada, pero de forma suficientemente significativa y crítica. *“A classic example of hysteria-driven journalism was provided just before the turn of the twentieth century, when William Randolph Hearst, Sr. and Joseph Pulitzer, Sr. declared war on Spain after the battleship Maine had been sunk at Havana and prodded President McKinley and the Congress to make the war official. This marked the dawn of American imperialism. Sixty years later, Cuba figured prominently in American journalism again. The distortions were more sophisticated, but the lack of responsibility was just as gross, and the dangers for the nation and the world in the nuclear era age far greater”*, escribe Aronson²⁴.

Aronson señala como principal novedad a los efectos que nos interesan, aparte del lugar común del papel predominante de la prensa amarilla en la declaración de guerra, la

²² Ob. cit.

²³ Swanberg, W.A. Ob. cit.

²⁴ Aronson, James. *The Press and The Cold War*, Monthly Review Press, New York, 1970 y 1990, p. 13

repetición histórica de las distorsiones de la prensa con plena aquiescencia de las autoridades de Washington cuando volvió a interesar a estas que los medios jugaran ese papel también en relación con Cuba.

Companys Monclús relata que “los autores americanos insisten en que muchas de las historias inventadas [sobre la guerra de 1898] tienen su explicación en la postura adoptada por las autoridades españolas”²⁵.

Según esta visión de la información transmitida por los corresponsales estadounidenses desplazados a Cuba, el “*amarillismo*” de sus escritos e ilustraciones era debido a la carencia de facilidades para hacer su trabajo. Esta explicación, compartida por Swanberg y Wilkerson, nos lleva a un elemento fundamental en el trabajo de los corresponsales o periodistas en general en tiempo de conflicto y que es la forma más directa, aunque la más aséptica de censura: la negación de la accesibilidad.

El problema de la accesibilidad a los frentes de combate o a los lugares o informaciones de interés estratégico –y a su posterior difusión, claro está– se había planteado ya, como vimos, en la Guerra de Secesión cuando el ejército de la Unión prohibió a los corresponsales enviar sus informaciones por telégrafo sin pasar por la censura militar previa. Fue la primera clara violación en tiempo de guerra de la Primera Enmienda (First Amendment) a la Constitución de los Estados Unidos.

Desde entonces, como pasó en Cuba, la accesibilidad se convirtió en un elemento o problema en todos los conflictos con implicación de los ejércitos de Estados Unidos o no, desde el de la Gran Antilla hasta la Guerra del Golfo o la más reciente de Afganistán, pasando especialmente por la de Vietnam. Y devino también tema de permanente debate en torno a la interpretación de la First Amendment.

En Cuba, la justificación mencionada por los historiadores estadounidenses al amarillismo periodístico cae por su propio peso, según Companys Monclús²⁶, cuando relata las andanzas de los corresponsales estadounidenses en Cuba, basándose en los propios relatos de los periodistas publicados en sus respectivos medios.

En efecto, los enviados especiales y/o corresponsales no sólo del Journal y del World, sino de cualquier periódico de segunda o tercera fila de cualquier estado, se paseaban formal y prácticamente por la Gran Antilla en tiempo de guerra. Cruzaban líneas para tomar contacto e incluso incorporarse a los insurrectos, burlaban los controles o censura de las autoridades españolas –cosa lícita, por otra parte en la deontología profesional del periodista– para hacer llegar sus relatos a sus periódicos.

²⁵ Ob. cit.

²⁶ Ob. cit.

Pero tan pronto como entraron los soldados estadounidenses en liza, los corresponsales gozaron todavía de mayores facilidades por parte de los jefes de sus propias tropas, llegando incluso algunos de ellos, como más adelante veremos, a tomar parte directamente en los combates. Es decir, ganaron totalmente la batalla de la accesibilidad.

El problema era que esos relatos, especialmente los del *Journal* y el *World*, enzarzados como estaban en una rivalidad sin límite por ganar audiencia, ventas y beneficios, distaban mucho de la realidad en la mayoría de los casos, como está, por otro lado, abundantemente documentado especialmente en lo que se refiere a artículos enviados sobre el comportamiento de las tropas y autoridades españolas.

Pero, además, ganada la batalla por la accesibilidad en su propio bando, los representantes de la Prensa Amarilla en Cuba tuvieron unas facilidades inauditas por parte de quienes querían combatir, es decir, las autoridades españolas. Y ésta fue una característica que muy raramente se volvería a dar en las relaciones entre la prensa y el poder militar de bandos encontrados en cualquier conflicto en los que han estado implicados los Estados Unidos, si bien es cierto que el complejo político-militar estadounidense pareció aprender la lección del Capitán General de Cuba Valeriano Weyler y, desde principios del siglo XX, intentó mantener siempre una ficción de accesibilidad y de suministro de información oficial en cualquier conflicto.

La enseñanza del general español en torno a la accesibilidad, cuyas acciones y cuya política eran comúnmente descritas en la prensa estadounidense como sanguinarias, atroces, arbitrarias, de tierra quemada e, incluso, racistas, es descrita en términos muy elogiosos por Companys Monclús²⁷, aunque el historiador español no usa el término “*accesibilidad*”, tal como lo entienden los especialistas en comunicación actuales. Sin que esa enseñanza sea óbice para admitir que, en cualquier caso, Weyler no fue precisamente un contemporizador con los insurgentes en su intento militar por pacificar Cuba.

Relata Companys: “Hay que subrayar este aspecto de la tolerancia al más alto nivel, puesta de manifiesto en los encuentros entre el Capitán General Weyler y los periodistas americanos. Estos últimos, después de escribir largos artículos en que atribuían atrocidades inimaginables al general –la primera duda que le asaltará a quien lea aquellos panfletos es de dónde sacaba tiempo el supremo mandatario de Cuba para imaginar y poner en práctica aquellas refinadas torturas– se acercaban a su residencia solicitando una audiencia. En el diálogo posterior el reportero se convertía en el juez implacable y nada imparcial de la

²⁷ Ob. cit.

conducta española. Y así, uno detrás de otro, desfilaban por Capitanía para luego ofrecer mediante letra impresa visiones personales de aquellos contactos”²⁸.

En estas diferentes aproximaciones a los hechos, se basó la percepción que ha llegado hasta nuestros días, y que tuvo su origen en la acción del periodismo amarillo en la Guerra de Cuba, según la cual los Estados Unidos tienen un doble rasero. Si un periodista de otra nacionalidad “*espía*”, es juzgado y condenado. Si el que “*espía*” en un país extranjero es un periodista norteamericano, Washington protesta en nombre de la libertad de expresión.

Este enunciado es, obviamente, el de casos extremos. Pero lo cierto es que esa acción de “*espíar*” es muy a menudo confundida de forma interesada por los estamentos político-militares con la de simplemente informar. Es decir, se aplica –al igual que se hizo en Cuba–, como en muchas otras cuestiones relativas a la política internacional, un doble rasero no disimulado para tratar a los informadores, según su procedencia y, a veces, según la orientación de los medios para los que trabajan.

En el caso que nos ocupa, esa misión de supuestamente informar realizada por el Periodismo Amarillo del momento, finales del siglo XIX, tuvo un efecto realmente esperado y deseado, aunque a veces no suficientemente descrito.

Y un efecto, en cualquier caso, que sentó un precedente en la actuación posterior de la prensa estadounidense y, especialmente, en las relaciones de ese estamento profesional e industrial con los poderes establecidos en tiempo de guerra y, sobre todo, con el establishment político-militar.

Los dos casos paradigmáticos de esta aproximación al asunto fueron la Guerra Hispano-Norteamericana y la de Vietnam. “*American reporters in Vietnam achieved an influence in the making of U.S. foreign policy that had been equaled in modern times only by the role of the New York newspapers in precipitating the Spanish-American war more than a half century earlier*”, escribe John Mecklin, que estuvo encargado de las relaciones públicas (comunicación y prensa) en la Misión de Estados Unidos en Vietnam de 1962 a 1964²⁹.

No obstante, señala Mecklin a continuación, “*There was a significant difference. In the earlier case [la guerra de Cuba] it was deliberate [la influencia]... In Vietnam, a major american policy was wrecked, in part, by unadorned reporting of what was going on*”.

Es importante, en ese punto, fijar cuál fue esa diferencia. Que no fue otra que los hechos atroces cometidos por unos soldados del ejército del Capitán General Weyler, en la Cuba

²⁸ Ob. cit.

²⁹ Mecklin, John. *Mission in Torment*. Doubleday, 1965, citado por Aronson, James, *The Press and the Cold War*. Monthly Review Press. New York, 1990. p.190.

colonial, y en el otro los llevados a cabo por la fuerza expedicionaria estadounidense en Vietnam del Sur, además de los bombardeos de castigo y acciones a distancia contra el territorio de Vietnam del Norte.

Mas, en ambos casos, las informaciones sobre esos hechos fueron hechas con casi total ausencia de censura, como relata prolijamente Phillip Knightley³⁰.

Un caso paradigmático que resume, en lo que a cuestiones de prensa y censura toca, prácticamente todas las características del conflicto hispano-estadounidense fue el del corresponsal James Creelman, que lo fue en Cuba primero del World de Pulitzer y después del Journal de Hearst.

La figura de Creelman es, por otra parte, también representativa de un periodismo llamado de investigación o de reporterismo de primera mano, según sus exegetas, a pesar de que su tiempo histórico y su ejercicio profesional lo han dejado intrínsecamente unido al llamado Periodismo Amarillo.

La peripecia de Creelman en Cuba fue singular, según relatan, por un lado, su sobrino-biógrafo, John E., y Frederic A. Moritz en su ensayo sobre el personaje³¹.

Es comúnmente admitido, como hemos visto, que fue por conseguir una circulación mayor y unos beneficios acordes por lo que la competencia periodística entre Hearst y Pulitzer se exacerbó y también por lo que los medios propiedad de ambos encontraron un terreno abonado en la insurgencia cubana para echar más leña al fuego y provocar la intervención estadounidense, con lo que, consecuentemente, se cumplirían sus objetivos puramente comerciales, así como los de la pujante industria de la Costa Este necesitada ya de extender su influencia y abrir nuevos mercados hacia el sur a finales del siglo XIX.

Pero el caso es, al menos desde el punto de vista de los exegetas de aquellos corresponsales e incluso como dejó escrito el propio James Creelman en su libro de memorias³², también les movía la defensa de los derechos humanos y las libertades políticas, en consonancia con la doctrina Monroe y con los ideales constitucionales democráticos de Estados Unidos.

Así que, revisando la historia de las relaciones entre los medios de comunicación y el estamento político-militar estadounidenses desde la Guerra de Cuba, encontraremos

³⁰ Knightley, Phillip. *The First Casualty. The war correspondent as Hero, Propagandists and Mythmaker . From the Crimea to Kosovo.* Prior Books. London 2000. pp.45, 57-60.

³¹ John E., y Frederic A. Moritz. *Creelman in Cuba: Human Rights Journalism and the Yellow Seeds of War.* Worldymind.org, 2003.

³² Creelman, James. *On the Great Higway, The wanderings and adventures of a special correspondent,* Lothrop Publishing Company, Boston, 1901; Html CardinalBook. 1998.

fácilmente las referencias a la necesidad de garantizar los derechos humanos y las libertades mediante la intervención armada en otros países o, también, las críticas atroces por parte de los periodistas estadounidenses a los dictadores o regímenes extranjeros que son considerados una amenaza para esos derechos, con el objetivo, declarado o no, de espolear una actuación militar de Estados Unidos para garantizar la defensa de las libertades públicas o para forzar su retorno.

Creelman, que no duda en titular "*The Butcher*" el capítulo de su libro dedicado a Weyler tras haberse entrevistado personalmente con el capitán general y haber denunciado en persona ante el máximo jefe militar español en Cuba algunas atrocidades, gozó, sin embargo de una amplia libertad de movimientos en su primera visita a la Isla.

Bien es cierto que el carácter de sus despachos, tanto para los diarios de Pulitzer como para los de Hearst, –incendiarios y tergiversadores, según los españoles; de denuncia y testimoniales de violaciones de los derechos humanos– no fueron del agrado de Weyler y le costaron la expulsión de Cuba bien antes de que se iniciara la intervención estadounidense a raíz del inexplicado sabotaje del Maine.

Pero, en cualquier caso, la libertad con la que se movieron los corresponsales estadounidenses en general por la Isla hasta el hecho del Maine y que les sirvió para inflamar a la opinión pública de su país y dar razones al presidente McKinley para la intervención sólo puede ser comparada, en las décadas que llevan al siglo XXI, con un similar grado de facilidades que tuvieron en Vietnam.

La ausencia de censura para informar de que gozaron los corresponsales en Cuba, por otro lado, sólo se volvió a registrar, nuevamente, en Vietnam, aunque la gran diferencia reside en que las atrocidades que inflamaron a la población estadounidense en este segundo caso fueron las cometidas por sus propios soldados.

Incluso, como revela el propio libro de Creelman y también las actuaciones de otros de sus colegas, tal que Stephen Crane –que, como el primero, cambió del Herald al Journal a voluntad según los empresarios Hearst y Pulitzer les hacían sucesivamente ofertas tentadoras para debilitarse mutuamente como competidores–, una vez iniciada la guerra la implicación física de los corresponsales estadounidenses junto a las tropas invasoras de su país llegó a un extremo que ni siquiera se ha vuelto a alcanzar en la III Guerra del Golfo, oficialmente para derrocar al régimen de Sadam Husein, con el llamado emblemenment de periodistas con unidades combatientes del ejército de Estados Unidos.

"No one denied their physical bravery, and no one suggested that they were non-combatants", escribe Phillip Knightley³³, en referencia a los corresponsales de guerra de

³³ Knightley, Phillip. Ob. cit. p. 45

la época, que participaron tanto en la Guerra de Cuba como antes lo habían hecho en la Conquista del Oeste –el caso de Little Big Horn es el más conocido– en la guerra civil estadounidense, o en la guerra Serbo-Turca, en la rebelión de los boxers o en la Chino-japonesa, si nos referimos a conflictos en el extranjero.

En efecto, si Crane, veterano de algunas de las citadas guerras, participó en la que fue famosa carga de caballería contra las tropas españolas en San Juan de Cuba, la leyenda, recogida por Knightley, dice que Creelman “*encabezó*” el asalto americano a El Caney, aunque él mismo en sus memorias sólo reconoce su participación, aunque, fuera como fuera, resultó herido de gravedad en la espalda durante el combate.

Éste fue, por cierto, el primer caso documentado ampliamente del llamado “*embedment*” de periodistas con tropas combatientes que un siglo después hemos contemplado en las fuerzas expedicionarias estadounidenses y británicas que invadieron Irak en 1993.

Y, en cualquier caso, de la misma forma que los periodistas estadounidenses no sufrieron los rigores y arbitrios de la censura durante su estancia en “*el otro lado*”, con los españoles, antes y después del inicio de la guerra Hispano-Estadounidense, tampoco hay noticia de que los sufrieran cuando acompañaron a sus soldados, casi como combatientes, en las batallas y escaramuzas que pusieron fin al dominio español sobre la Gran Antilla, puesto que, como queda reseñado, muchos de ellos y en muchas ocasiones trabajaron incrustados (*embedded*) en las fuerzas invasoras, como más adelante lo harían en otros conflictos librados por Estados Unidos, especialmente en la Segunda Guerra Mundial y en los de Irak.



el camino hacia la simbiosis: la primera guerra mundial

“So far as I can remember, this is a government of the people, and this people is not going to choose war”

Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, discurso de precampaña electoral en enero de 1916

III. El camino hacia la simbiosis: La Primera Guerra Mundial

Esa contradicción descrita como la aplicación de un *doble rasero* ha llegado hasta nuestros días, pero su origen oficial cabe datarlo en el 15 de junio de 1917, en plena Primera Guerra Mundial, fecha en la que el Congreso de los Estados Unidos aprobó *The Espionage Act*¹ para tratar de controlar o impedir los “*desmanes*” o desatinos de una prensa que, siguiendo la línea iniciada por Hearst, sobre todo, y Pulitzer en Cuba campaba por sus respetos tras la campaña en Cuba y sus años precedentes. El texto es suficientemente revelador:

“Sec. 3 Whoever, when the United States is at war, shall wilfully make or convey false reports or false statements with intent to interfere with the operations or success of the military or naval forces of the United States, or to promote the success of its enemies, or shall wilfully make or convey false reports, or false statements, or say or do anything except by the way of bona fide and not disloyal advice to an investor... with intent to obstruct the sale by the United States of bonds... or the making of loans by or to the United States, or whoever, when the United States is at war, shall wilfully cause... or incite... insubordination, disloyalty, mutiny, or refusal of duty, in the military or naval forces of the United States, or shall wilfully obstruct... the recruiting or enlistment service of the United States, and whoever, when the United States is at war, shall wilfully utter, print, write, or publish any disloyal, profane, scurrilous, or abusive language about the form of government of the United States, or the Constitution of the United States, or the military or naval forces of the United States, or the flag... or the uniform of the Army or Navy of the United States, or any language intended to bring the form of government... or the Constitution... or the military or naval forces... or the flag,... of the United States into contempt, scorn, contumely, or disrepute... or shall wilfully display the flag of any foreign enemy, or shall wilfully... urge, incite, or advocate any curtailment of production in this country of any thing or things... necessary or essential to the prosecution of the war... and whoever shall wilfully advocate, teach, defend, or suggest the doing of any of the acts or things in this section enumerated and whoever shall by word or act support or favor the cause of any country with which the United States is at war or by word or act oppose the cause of the United States therein, shall be punished by a fine of not more than \$10.000 or imprisonment for not more than twenty years, or both...»

La amplitud de las restricciones o de los casos en que se podía incurrir en ilegalidad contraria a la *Espionage Act* era tal que, desde nuestra perspectiva actual, recuerda las

¹ United States Statutes at Large, Vol. XL, 553 ss. p. 244

tremendas cortapisas y represiones instauradas por las dictaduras fascistas y comunistas en años posteriores a la Primera Guerra Mundial.

La liberalidad con que fueron tratados los corresponsales de guerra y la prensa en general —que ejercían desde Cuba— durante la Guerra Hispano-Norteamericana cambió radicalmente con la entrada en la Primera Guerra Mundial, o Gran Guerra Europea, como mostró la promulgación de la Espionage y, un año más tarde —en 1918— la Sedition Act, una clara y radical cortapisa a lo establecido en la First Amendment de la Constitución norteamericana.

Pero las restricciones habían sido impuestas antes. De hecho, la Espionage Act de 1917 fue la segunda ley de ese cariz que se aplicaba en Estados Unidos. Y la Sedition Act de 1918, la cuarta, si bien es verdad que la Sedition no era más que una revisión y adaptación de la Espionage para convertir en delitos federales todos los señalados por ésta como faltas.

Ambas reflejaban perfectamente el clima de histeria prebélica y bélica en que el establishment político-militar estadounidense estaba inmerso a pesar de la todavía neutralidad oficial del país en la guerra europea hasta 1917, fecha en la que el presidente Woodrow Wilson decidió la entrada de Estados Unidos en la contienda europea, con las citadas consecuentes leyes (acts) que fueron aprobadas por el Congreso inmediatamente después, y que tenían su precedente en casi un siglo y cuarto antes.

En efecto la primera Sedition Act original fue aprobada en 1798, menos de diez años después de la aprobación de la Primera Enmienda a la Constitución (*First Amendment*, 1791) que consagró la libertad de expresión y de prensa en Estados Unidos, y fue el primer gran escollo o el primer gran reto a la libertad de expresión en la joven nación norteamericana.

El clima de histeria que precedió a la guerra entre Estados Unidos y Francia —y que luego se reproduciría en 1915, 1916 y 1917—, unido a la presencia de numerosos ciudadanos franceses en el territorio de la antigua colonia británica propició un sentimiento político y popular en contra de la permisividad de la First Amendment que establecía que el “*Congress shall make no law... abridging the freedom of speech, or the press...*”.

La posibilidad de que los numerosos posibles partidarios que Francia pudiera tener en territorio estadounidense hicieran uso de esa libertad de expresión para atacar los intereses del gobierno de Washington, presidido por John Adams, promovió la imposición legal de la primera Sedition Act.

Sólo el año de su entrada en vigor, veinticinco editores e impresores fueron llevados a juicio por criticar las políticas del gobierno estadounidense (**1**, www.thefileroom.org

National Coalition against Censorship, Chicago, 2002), basándose la justicia en el hecho de que el nuevo texto legal convertía en delito la publicación de cualquier “hecho falso, escandaloso y malintencionado” contra el Gobierno, el Congreso o el propio presidente con intención de difamarlos o promover una sedición, es decir, actuaciones contrarias a los intereses de la nación².

La violación de la primera Sedition Act podía suponer condenas a varios años de cárcel y multas de dos mil dólares, cantidad muy considerable para la época, finales del siglo XVIII en que fue promulgada.

Pero el rigor de este primer intento legal de limitar la libertad de expresión en tiempo de o en previsión de un conflicto armado llevaba a que *“even drunks who were overhead condemning (President) Adams were duly charged and fined”*³.

En cualquier caso, con la promulgación de la primera Sedition Act *“an immediate uproar ensued. One side contended that ‘a conspiracy against the Constitution, the government, the peace and safety of this country is formed and is in full operation. It embraces members of all classes; the Representatives of the people on this floor, the wild and visionary theorist in the bloody philosophy of the day, the learned and the ignorant’. Such arguments were met with impassioned pleas for freedom of speech and press, led by Thomas Jefferson and James Madison”*⁴.

*“The Sedition Act, passed by the Fifth American Congress on Bastille Day, July 14, 1798, was a remarkably punitive law, especially in its disregard for the freedoms of speech and communication guaranteed in the First Amendment (itself only seven years old) and in the substantial fines it levied on transgressors. It lasted only three years”*⁵, cuenta Green.

De hecho, como relata el propio Green, la ley se debió a la gran rivalidad política entre el presidente federalista John Adams y su oponente republicano Thomas Jefferson. La ley tuvo como objetivo silenciar los ataques políticos de éste último al primero en el Congreso.

Y no sólo los borrachos hubieron de sufrir los rigores de la censura a la libertad de expresión. Entre la veintena de perseguidos, con la Sedition Act en la mano, de los jueces, la mayoría fueron directores o editores de periódicos partidarios de Jefferson.

En ese clima de controversia, y con la ascensión al poder de Thomas Jefferson como presidente de los Estados Unidos, el nuevo mandatario indultó, como primera medida, a

² Downs Robert B. *The First Freedom Today*, A.L.A., Chicago, 1984, p. 5

³ Green, Jonathon. *The Encyclopaedia of Censorship, Facts on File*, N.Y.C., p. 275

⁴ Downs Robert B. Ob. cit. p. 5

⁵ Downs Robert B. Ob. cit.

todos aquellos convictos bajo la imperiosa primera Sedition Act, en primer lugar. En segundo, el propio texto legal caducó y quedó sin efecto mediante nuevas leyes aprobadas por el Quinto Congreso de los Estados Unidos, pocos meses después de que Jefferson tomara posesión en 1801.

El ambiente de “*desrregulación*” de la prensa que quedó así reinstaurado llegó con plena vigencia hasta la guerra Hispano-Norteamericana o de Cuba, como ya se ha visto, hasta que, un siglo y cuarto después de la inauguración de la presidencia de Thomas Jefferson, se promulgó la segunda Sedition Act, precedida de la Espionage Act (1917, 1918).

En su redacción influyó notablemente el avance de la libertad de prensa al socaire de los avances tecnológicos que facilitaban sobremana la difusión de ideas e informaciones políticas.

El cambio, los avances tecnológicos en materia de comunicaciones a distancia y de comunicación de masas desde la voladura del Maine hasta el asesinato del Archiduque de Austria Franz Ferdinand⁶ en Sarajevo, dieciséis años después, había sido vertiginoso y espectacular por primera vez en la Historia de la Humanidad.

Ya entonces, los despachos de los corresponsales americanos a sus periódicos eran enviados por cable o telégrafo. El teléfono, inventado en 1876 por Alexander Graham Bell, todavía no tenía la fiabilidad y disponibilidad que años después le otorgaría la larga distancia. Sin embargo, el telégrafo transatlántico ya estaba funcionando desde que, en 1866 William Thomson (Lord Kelvin) había adaptado la invención del telégrafo eléctrico conseguida en 1774 por Georges Louis Lesage.

El telégrafo trasatlántico era, por tanto, a finales del siglo XIX el principal medio de transmisión de noticias políticas y comerciales entre ambas orillas de los grandes océanos, pero también a través de los grandes continentes. Los principales periódicos se nutrían de ellas a través de los cables telegráficos, como habían experimentado ya en la Guerra de Cuba o Hispanoamericana desde 1898.

También al año siguiente de la voladura del Maine, F. Hachmann inventa el télex: instrumento para transmitir por cable telegráfico o telefónico escritos completos, en letras, no en señales sonoras necesarias de traducir alfabéticamente como hasta el momento, y que se convirtió también en un instrumento comercial de primer rango.

Aunque hasta ese momento las tensiones entre medios de comunicación, con las consiguientes aplicaciones de restricciones y censura habían sido ya notables, los cambios

⁶ Thomson, David. Europe since Napoleon, Longmans, 1957

tecnológicos rapidísimos, como los mencionados, registrados en los primeros años del siglo adquirieron una gran influencia.

Con la mejora espectacular de su tecnología, las comunicaciones pasaron a convertirse en un problema de importancia cada vez que un asunto de Seguridad Nacional, es decir, una guerra aunque fuera ultramarina o un problema de relaciones exteriores se presentaba ante los gobernantes de Washington.

No en vano el aserto ya citado de «La primera víctima de una guerra es la verdad» (*The first casualty when war comes is truth*) fue pronunciado por el senador de California Hiram Johnson durante la Primera Guerra Mundial.

La realidad de esa frase ha quedado demostrada, como se estudiará, en todos y cada uno de los conflictos desde entonces. Sólo es necesario resaltar, y también será objeto de estudio, que las restricciones a los medios de comunicación ha cambiado de guerra en guerra, en función de los cambios o avances tecnológicos que han ido mejorando, facilitando y extendiendo —al menos teóricamente— la accesibilidad para la opinión pública de las noticias originadas en países lejanos.

La aparición de la radio, inventada por Guglielmo Marconi en 1901 —el mismo año en que quedó suprimida la primera Sedition Act— impidió que este nuevo avance técnico tuviera presencia en el conflicto hispano-norteamericano, pero su rápido desarrollo preparó el camino para que ya en la Primera Guerra Mundial fuera utilizado como difusor de las noticias que llegaban de los frentes, especialmente del europeo.

La British Broadcasting Corporation (BBC) comenzó ya a dejar sentir su presencia en las ondas como fuente de primera mano para los oyentes, pero también para periodistas que trabajaban sobre el primer gran conflicto global. Y como primer medio de comunicación de masas mereció la atención controladora de los gobiernos de uno y otro lado del Atlántico.

La expansión de la BBC llega imparablemente hasta nuestros días⁷, dando lugar a un caso particular y casi excepcional de sistema anti-censura para preservar la independencia del medio que ha llegado incólume —con diversos avatares y problemas, eso sí— hasta hoy día y que es citado como teórico ejemplo a seguir como fórmula válida anti-censura y pro-independencia mediática.

En el caso concreto de la Primera Guerra Mundial, no obstante, es digna de ser tenida en cuenta también, para comprender el importante papel de la prensa escrita y la influencia o control que sobre ella quisieron tener los gobiernos, la figura de Alfred Harmsworth, Lord

⁷ Benson, Rod. The British are Coming, CJR, july/august 1991

Northcliffe, continuador británico de la influencia ejercida sobre el conflicto cubano por William Randolph Hearst.

Pero la gran diferencia entre Hearst y Northcliffe según Lee Thompson⁸ no residió en el ardor con que ambos defendieron la causa de la guerra emprendida por sus dos naciones, la primera contra España, la segunda contra Alemania y el Imperio Austro-Húngaro. Sino que fue la diferente actitud deontológica que ambos, como propietarios editores de medios, mantuvieron sobre los respectivos conflictos armados.

La frivolidad de Hearst, ya reseñada como originaria del llamado Periodismo Amarillo, y su convencimiento de la necesidad de provocar la guerra contra España le hizo objetivo poco apetitoso para la censura de guerra: no era necesario ejercerla contra él⁹.

El esfuerzo de Lord Northcliffe fue mucho más reflexivo, serio y acorde con los intereses nacionales del Reino Unido, a través del popular *The Daily Mail* y del respetado *The Times of London*, consiguiendo no sólo mucho mayor respeto, sino también mucha más influencia y poder político, hasta el punto de que se le atribuyó para bien o para mal la caída del primer ministro Herbert Henry Asquith y la instalación del siguiente, David Lloyd George¹⁰.

Se trató, en definitiva, de la aparición en tiempos de conflicto de la “*prensa patriótica*”, mucho menos susceptible de ser sometida a censura, por sus propia contención y respeto a las normas derivadas de la “*seguridad nacional*”, en contraposición al Periodismo Amarillo, objeto primordial de control y censuras si sus objetivos diferían o difieren de los del estamento político-militar envuelto en un conflicto.

No obstante, y a pesar del espíritu de colaboración que durante la Primera Guerra Mundial guió los esfuerzos de la prensa en relación al conflicto, la censura fue muy dura. Y lo fue mucho más en el lado de los aliados, especialmente en el Reino Unido y en los Estados Unidos de América que en el de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro.

De hecho, los ardores patriótico de Lord Northcliffe en el Reino Unido desde el inicio del conflicto sirvieron de ejemplo a las restricciones que se iniciaron de nuevo al otro lado del Atlántico incluso antes de que Estados Unidos entrara en guerra. Aunque también hay que señalar que los medios de la orilla occidental del Atlántico gozaron de una cierta

⁸ Thompson, Lee J. *Politicians, The Press & Propaganda: Lord Northcliffe and The Great War, 1914–1919*, Kent State University Press, Kent, Ohio and London. 1999.

⁹ Companys Monclús, Julián. *Los orígenes de la prensa amarilla y su relación con la insurrección cubana de 1898*, BRAH, 1998.

¹⁰ Thompson, David. *Ob. cit.*

permisividad en comparación con sus colegas británicos, franceses y, por supuesto, prusianos o austrohúngaros.

Para empezar, apenas iniciado el conflicto, los británicos cortaron el cable telegráfico alemán que cruzaba el Atlántico hasta América del Norte. Era el llamado cable de Norderney, trazado por el empresario de prensa Julius Reuter —copropietario de la agencia de noticias que ha llegado hasta nuestros días— desde la costa alemana años antes. Con el corte, los británicos se aseguraron que todas las noticias escritas en alemán no llegarían al otro lado del Océano en su versión original, al menos, sino en la versión censurada —pasadas por el filtro ineludible del Reino Unido—, si es que llegaban.

Este corte fue fundamental para que el filtro británico de lo que ocurría en los frentes de combate en la vieja Europa contribuyera enormemente a inducir al Gobierno de Washington a entrar en la Guerra, cosa que finalmente hizo en 1917.

Y bien poco después, apenas dos meses, de sumar sus esfuerzos a los europeos para acabar con los imperios germánicos europeos, el Congreso de Estados Unidos aprobó restricciones sobre la prensa para restringir la difusión de información sobre localización de tropas, soldados, armamento etcétera., como ya se ha visto¹¹.

Una vez registrada la entrada de los Estados Unidos en la Gran Guerra europea, el mismo Congreso no tuvo inconveniente en aprobar la segunda Sedition Act¹² cuyas restricciones eran aún más numerosas.

Por tanto, Washington no hacía sino seguir los pasos ya emprendidos por los contendientes europeos, especialmente los británicos. El principal ejemplo de este papel pionero de los poderes políticos y los medios europeos fue, en efecto, la difusión amplísima de atrocidades cometidas por las tropas alemanas en Europa, que alcanzó dimensiones espeluznantes.

Y recuerda a la difusión por parte del Periodismo Amarillo en la Guerra de Cuba de las atrocidades —supuestas o reales— perpetradas por las tropas del general Valeriano Weyler contra la población civil cubana en los años finales del siglo XIX.

En ambos casos, la veracidad, justeza, exactitud o repetición de los hechos narrados era casi lo menos. Lo importante era la utilización de los medios de comunicación, de una u otra forma, por el complejo militar-industrial a favor de la causa sagrada de la defensa nacional, en el caso de los contendientes europeos de la Primera Guerra Mundial.

¹¹ Espionage Act. Library of The Congress of The United States of America, 1917

¹² Sedition Act. Library of The Congress of The United States of America, 1918

Difundidas principalmente por los medios de prensa escrita y valiéndose de la univocidad que concedía el corte del cable alemán hacia América, fueron ampliamente creídas por el gran público y dieron origen a lo que entonces se llamó y aún ahora se llama “*Propaganda*”¹³.

Llegaron indiscriminadamente, así, a Estados Unidos, como antes había sido difundidas por la Europa que combatía al eje austro-húngaro-prusiano. Años más tarde, a partir de 1929, se demostró que la mayoría de esas atrocidades y excesos de los soldados alemanes fueron falsos. Pero ya poco importaba, la propaganda había hecho ya su trabajo y conseguido sus objetivos: la opinión pública destinataria de los mensajes se inflamaba y miraba hacia otro lado cuando, de alguna forma, se hacía referencia a las censuras de prensa o políticas ejercidas por el establishment político-militar sobre los opositores a la guerra y/o los sospechosos de no apoyarla fervientemente.

En el otro lado, el menor desarrollo tecnológico y mediático de Prusia y Austro-Hungría impidió que la gran maquinaria propagandística iniciada por el Reino Unido y apoyada por Estados Unidos tuviera la contrapartida correspondiente¹⁴.

Es de resaltar, por ejemplo, que al tiempo que Alemania y Austro-Hungría tenían su cable cortado por el Reino Unido desde el principio de la Guerra, los corresponsales americanos podían cubrir el conflicto desde el lado de los Imperios centroeuropeos, hasta que se produjo la entrada de Estados Unidos en la guerra. Esto ilustra la relativa candidez de la Propaganda del Eje frente a la de los Aliados, similar, en cualquier caso, a la de las autoridades españolas en Cuba ante la presencia de multitud de corresponsales estadounidenses en la isla para cubrir la insurrección y la guerra tras la voladura del Maine.

Ejemplo mayormente ilustrativo de la perfección alcanzada en la orilla oeste del Atlántico Norte sobre el arte de la propaganda, el control de la información y, en definitiva, la censura, fue no sólo la promulgación en años sucesivos y como preludeo de la entrada de Estados Unidos en guerra de las Espionage y Sedition Acts, sino también la propia forma en que Washington entró en guerra de la mano del presidente Woodrow Wilson y la utilización política interna a Estados Unidos que el establishment político militar hizo de esos dos textos legales para acallar y sofocar cualquier disidencia política o mediática.

Para completar el panorama, entre la promulgación de la Espionage (1917) y la segunda Sedition Act (1918), en octubre de ese primer año de Estados Unidos en guerra el

¹³ Pfaff, Daniel W. Joseph Pulitzer II and the European War 1938-1945. *American Journalism*. University of Alabama, 6: 3 (1989), pp.143-57.

¹⁴ Knightley, Phillip. *The First Casualty: From the Crimea to Vietnam, the war correspondent as Hero and Myth-maker*. Prion Books Limited. London. 2001.

Congreso aprobó The Trading with the Enemy Act —ley de comercio con el enemigo, TWEA en adelante¹⁵— que autorizó por primera vez en la historia del país la censura de las comunicaciones por correo, cable, radio y telégrafo y dio poderes a la oficina federal de Correos para evitar la distribución de publicaciones extranjeras de todo tipo contrarias al esfuerzo militar y político estadounidense por ganar la guerra. Porque el control que se pretendió ejercer mediante TWEA sobre las transacciones comerciales se demostró desde el primer momento muy útil también para someter todo tipo de comunicación informativa a la férrea censura, ejercida especialmente desde la Oficina Federal de Correos.

Para un autor tan clásicamente conservador —o, si se prefiere, ultraliberal— como Wesley Allen Riddle —graduado de la Academia Militar de Estados Unidos, doctor de la Universidad de Oxford y profesor de Historia en la Academia Militar de West Point—, la Primera Guerra Mundial puede ser considerada como un punto decisivo (*turning point*) en la historia de los Estados Unidos, aunque él prefiere hablar de, y utiliza la expresión de, *The Great Departure*: La Gran Partida, o El Gran Cambio o, incluso más libre pero quizá más ajustadamente, “*La Gran Diferencia*”.

Más decisivo aún fue ese gran cambio o diferencia, desde nuestro punto de vista, en lo que se refiere a los medios de comunicación, la censura y el establishment político-militar, que años después sería denominado por el presidente Dwight Eisenhower “*el complejo militar-industrial*”.

Para Riddle, la corta intervención militar de Estados Unidos en la Gran Guerra europea supuso un nuevo punto de partida, tras lo que los estadounidenses llaman la Etapa Progresista (*The Progressive Era*), pues marcó “*The Great Departure* [interna y externamente] *at home and abroad*.”¹⁶.

En el plano externo, Riddle recoge la teoría ultraliberal al respecto. No en vano su análisis se publicó en la revista clave del llamado *Libertarianism* estadounidense, nada que ver — más bien exactamente lo contrario, por cierto— con el concepto de libertario que se tuvo en Europa a principios del siglo XX y que ha llegado hasta nuestros días.

[Hay que precisar que el Libertarianismo estadounidense está en las antípodas sociopolíticas de lo que en Europa se conoció como el movimiento colectivista libertario o, también, anarquista. Frente a las tendencias socializantes y colectivistas de ese movimiento europeo, los “libertarios” estadounidenses se caracterizan por la defensa a ultranza del individualismo en lo económico y en lo social, y por la defensa a ultranza de la

¹⁵ The Trading with the Enemy Act. Library of The Congress of The United States of America, 1917

¹⁶ Riddle, Wesley Allen. World War I and the Great Departure, Freedom Daily, The Future of Freedom Foundation, www.fff.org/freedom. 2002.

preponderancia de las leyes del mercado sobre cualquier intento de dirigirlo o reconducirlo mediante medidas gubernamentales. Son en definitiva ultraliberales y ultraconservadores, y constituyen el precedente y cantera ideológica de los actuales neoconservadores — *neocons*— estadounidenses que controlan fundamentalmente el Partido Republicano del dueto presidencial formado por George W. Bush y Dick Cheney].

Para Riddle, la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial rompió dos claves, fue “un punto de discontinuidad y de partida”. Desde el punto de vista de los ultraconservadores estadounidenses, los conflictos anteriores en los que se habían involucrado esa nación norteamericana habían supuesto amenazas para su seguridad, incluso si esas amenazas había sido mal percibidas o exageradas, reconoce Riddle, incluyendo en este nivel la Guerra de Cuba.

Y también esas guerras estaban ostensiblemente ligadas a violaciones de la Doctrina Monroe de 1823 y a preocupaciones de seguridad motivadas por actividades en el Hemisferio Occidental, es decir, en el continente americano, de lo que Riddle llama “*hostile European governments*”.

“But Germany in World War I did not pose a security threat to the United States —not even implicitly. Furthermore, American involvement in the war marked the first explicit rejection of George Washington’s and Thomas Jefferson’s advice —and subsequent American foreign policy— no to engage in disputes that were purely European in nature”, escribe Riddle¹⁷.

Estas grandes contradicciones con o traiciones a los principios consagrados en la First Amendment se extendieron también a la aplicación de diversos tipos de censura mediática y social mediante las tres leyes restrictivas de 1917 y 1918.

Ambas fueron utilizadas como instrumento para la represión sistemática de cualquier tipo de disidencia o de disconformidad con la entrada de Estados Unidos en la guerra. De tal forma que la represión política alcanzó no sólo a las voces contrarias a la beligerancia de Estados Unidos en Europa, sino también a cualquier tipo de disidencia social que se manifestara sobre los problemas del país.

En definitiva, la supuesta necesidad de cerrar filas para mantener el esfuerzo de guerra en Europa —donde como reconocen hasta los ultraconservadores nada estratégico se ventilaba para Estados Unidos— sirvió de excusa para realizar una persecución política — mediante la censura— sin ambages de la disidencia social y política, en un claro precedente del llamado Macarthysmo posterior a la Segunda Guerra Mundial y coetáneo de los tiempos de la guerra fría.

¹⁷ Ob. cit.

Porque, en primer lugar, se trataba de tapar la gran contradicción que supuso la entrada en guerra de Estados Unidos bajo la presidencia renovada de un primer mandatario, Woodrow Wilson, del Partido Demócrata que había basado parte de su segundo éxito electoral de 1916 precisamente en mantener al país al margen de la Gran Guerra europea.

“He kept us out of war” (Él nos mantuvo fuera de la guerra) fue el gran y exitoso — aunque a la postre engañoso— eslogan electoral principal de la campaña del demócrata Wilson en otoño de 1916. Con ese eslogan, sumado a sus leyes de su primera presidencia, iniciada en 1912, a favor del liberalismo individualista, antitrust y en contra del trabajo infantil, ganó las elecciones.

Aún más, meses antes de la campaña electoral propiamente dicha, en enero de 1916, Wilson declaró: *“So far as I can remember, this is a government of the people, and this people is not going to choose war”*.

Efectivamente, lo eligieron a él en noviembre de ese año. Pero el clima de histeria prebélica que ya se había instaurado en el país fue quizá la causa de que la aplastante victoria que Wilson había tenido cuatro años antes, en 1912 — gracias a los votos electorales más que a los populares —, se convirtió en casi pírrica en 1916.

Pocos meses después, en abril de 1917, Estados Unidos entró en guerra, después de que el día dos de ese mes el presidente Wilson hubiera pedido al Congreso la Declaración de Guerra contra Alemania, convencido que Estados Unidos ya no podía quedar al margen del conflicto. Dos meses después, en junio, el Congreso aprobó la ley contra el espionaje, The Espionage Act.

El cambio de opinión de Wilson, al hilo indudable de los estrechos márgenes electorales, no hizo sino refrendar un ambiente de crispación bélica que ya había empezado a pasar factura a los opositores a la entrada en el conflicto y a cualquier otro tipo de disidencia.

La ley de espionaje y la de sedición no hicieron sino refrendar legalmente ese clima y proveer el instrumento legal necesario para ejercer la censura en toda regla. Lo que quiere decir que se ejerció tanto directamente por medio de los censores militares que actuaban sobre los corresponsales estadounidenses en los frentes europeos, como a través de la nueva oficina de propaganda puesta en marcha en Estados Unidos inmediatamente después de la entrada en guerra bajo el nombre de Committee on Public Information.

Es de destacar que, a pesar de su oposición electoral a la guerra bajo el famoso eslogan ya citado de *“He kept us out of war”*, el presidente Wilson se aplicó inmediata y dedicadamente a la tarea de ganar la guerra, por un lado, y de poner todos los medios a su alcance para lograr ese objetivo, por otro.

Entre esos medios, destaca la creación del Committee on Public Information (CPI, en adelante), una gran “*aportación*” de la presidencia de Wilson a la historia de la propaganda. Su otra aportación a la historia de la censura, la puramente militar sobre los medios de comunicación en tiempos de guerra, también es de destacar, puesto que prácticamente por primera vez en la historia de los Estados Unidos y bien a diferencia de lo ocurrido en la Guerra Hispano-Estadounidense en Cuba, los censores militares actuaron férreamente sobre los corresponsales en los frentes europeos —como desde 1914 venían haciendo británicos y franceses, especialmente—, dando lugar a casos y situaciones sólo comparables a la manera en que los regímenes autoritarios habrían de tratar a los medios de comunicación en las décadas siguientes del siglo XX, aplicándose las mismas fórmulas y los mismos instrumentos comúnmente considerados como anti-democráticos.

Es decir, la censura a posteriori era ejercida en el territorio de Estados Unidos gracias a la existencia de las Espionage, TWEA y Sedition Acts, reforzada su aplicación por las actuaciones del CPI, dedicadas puramente a la propaganda, que podemos considerada como una forma más sofisticada o menos directa de censura.

Y la censura previa, la comúnmente denominada censura militar o censura oficial, era la ejercida sobre los periodistas y medios presentes en los frentes por los censores militares. A diferencia de aquella, de la censura a posteriori, la previa no inducía a engaño ni a confusión, aunque a veces su interés, compartido con la a posteriori, por negar la realidad provocó situaciones rayanas en el ridículo, que reafirmaban el famoso dicho sobre la primera víctima de una guerra.

Caso paradigmático de este tratamiento segundo por parte de los censores militares fue el de los cinco corresponsales de guerra estadounidenses que consiguieron aventurarse en 1917 al otro lado de las líneas alemanas, como veremos más adelante.

En los primeros estadios de la Gran Guerra europea, los que podemos considerar precursores británicos comenzaron a aplicar la censura primordialmente como una forma de ocultar al público las carnicerías y los desastres humanos de la contienda.

Los números todavía se discuten, pero parece medianamente asumido por todas las partes que el total de pérdidas humanas alcanzó la terrorífica suma de cinco millones al acabar la guerra. Bajo este prisma es fácilmente comprensible que las autoridades de todos los contendientes en el teatro europeo mostraran especial interés en que la realidad de las muertes no fuera demasiado tangible para las poblaciones en la retaguardia, cosa que no haría sino alimentar el pacifismo o el antimilitarismo preconizado sobre todo por las fuerzas de la izquierda europea y estadounidense.

Bajo este prisma, los corresponsales en el frente algunas veces optaban por no informar con demasiado detalle de lo que veían, en parte por el horror de los hechos, en parte por la acción de la censura, firme y rígida.

La razón de tan esclerótico ejercicio sobre la información la cita Knightley¹⁸ refiriendo las opiniones del primer ministro británico Lloyd George transmitidas en la mañana del 29 de diciembre de 1917 al editor del Manchester Guardian, C. P. Scott, en torno a una cena celebrada la noche anterior que tuvo como invitado especial a un corresponsal recién vuelto del frente europeo, Philip Gibbs.

El relato de éste de las atrocidades vistas y vividas, hecho en la cena de la noche católica de los Santos Inocentes, impresionó de tal forma al primer ministro británico que, a la mañana siguiente, confesó a Scott que “si la gente se enterara realmente [de lo que está pasando], la guerra tendría que ser detenida mañana”.

Mas, el cinismo del político se impone a continuación: “Pero naturalmente [la gente] no sabe y no puede saber. Los corresponsales no escriben y la censura no dejaría pasar la verdad”. La censura desde el frente y la propaganda en la retaguardia se encargaban, pues, de que las opiniones públicas no llegaran a conocer lo que realmente estaba pasando.

Como cree el propio Knightley¹⁹ “la Propaganda tiene 2.400 años de antigüedad, desde El Arte de la Guerra de Sun-tzu, pero la Primera Guerra Mundial contempló su primer uso en una forma organizada y científica. Los corresponsales de guerra fueron sus primeras víctimas”.

Indudablemente por proximidad, cabría completar así el pensamiento de Knightley. Pero también por el carácter puramente represivo e insensible de las mismas organizaciones de censura puestas en pie por los estamentos político-militares en tiempo de guerra, como puede demostrar el caso de los cinco corresponsales estadounidenses que osaron pasar las líneas alemanas e intentar contar qué pasaba tras de ellas.

El caso de estos cinco corresponsales de guerra ocurrido ya al final de la misma, cuando Alemania parecía desmoronarse, ilustra la *estupidez supina* de la censura militar y cómo en aras del control de la información puede llegar a impedir la difusión de informaciones que son favorables y beneficiosas para su propio bando.

El hartazgo con la carnicería y la creciente influencia consecuente de los movimientos izquierdistas y pacifistas en el interior de Alemania estaban propiciando deserciones en masa y el inicio del desmoronamiento militar.

¹⁸ Knightley, Phillip. Ob. cit.

¹⁹ Knightley, Phillip. Ob. cit.

En ese contexto, Lincoln Eyre, del New York World —el periódico insignia del imperio Hearst—; Herbert Corey, de Associated Newspapers; Fred E. Smith, del Chicago Tribune; Carl Lyon, de Newspaper Enterprise Association; y George Seldes, de Marshall Syndicate decidieron, en la más pura lógica periodística, averiguar por sí mismos qué es lo que estaba pasando al otro lado de las líneas alemanas.

Su experiencia es única en la historia del periodismo de guerra. Cruzaron las líneas, fueron recibidos por un revolucionario Consejo de Trabajadores y Soldados alemán. Llegaron a entrevistar al jefe del Estado Mayor del Mariscal de Campo von Hindenburg, el general Wilhem Groener, quien incluso les reconoció que Alemania había perdido la Guerra Mundial, según relató el propio George Seldes en su libro²⁰.

Es decir, obtuvieron informaciones reales de alto valor estratégico para los ejércitos aliados justo en el momento en que el Eje estaba a punto no ya de batirse en retirada sino de lanzar el fatídico sálvese quien pueda. ¿Se convirtieron en héroes? ¿Fueron condecorados cuando volvieron tras sus propias líneas, las aliadas?

Los cinco fueron sometidos a un interrogatorio por un tribunal militar dirigido por el juez togado general, quien, como cita Knightley, opinó que debían ser considerados culpables de violación de las reglas de guerra y las regulaciones relativas al trabajo de los corresponsales.

Todavía estaba el juez togado recopilando datos para iniciar un consejo de guerra contra los cinco periodistas cuando la intervención desde el otro lado del Atlántico de un asesor del presidente Wilson hizo que los cinco fueran dejados libres y se les permitiera someter a la censura las informaciones y reportajes que habían conseguido al otro lado de las líneas enemigas.

Desgraciadamente, habían pasado tantos días desde que iniciaron su aventura que, para entonces, sus informaciones habían quedado obsoletas —superadas en el tiempo por los trabajos de otros colegas que no habían ido al otro lado, pero tampoco habían sido importunados por los censores militares— y nunca consiguieron ser publicadas por los medios de comunicación para los que trabajaban.

No obstante lo anteriormente relatado, el propio Knightley tiende a ser indulgente con los censores militares estadounidenses y opina que la censura fue ejercida de manera mucho más feroz por las autoridades del Reino Unido y de Francia que por las de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial, aunque el episodio de los cinco corresponsales parece contradecir abiertamente esa impresión.

²⁰ Seldes, George. *The Truth Behind the News, 1918-1928*, London, Faber and Gwyer, 1929 [En Knightley. Ob. Cit.]

Otros autores disienten abiertamente de esas impresiones de Knightley, tanto sobre el origen mismo de la moderna censura en tiempos de guerra como de la dureza de la misma. Así, Emery²¹ opina sobre el balance del sistema de censura militar en el siglo XX que *“Japan’s systematic control during its war with Russia in 1904-1905 was the first model of the century, to be brought to a peak of sophistication in the mix of propaganda, media manipulation, and access control by the United States during the Gulf War (1990-91). [...] However, the most pervasive use came during the First World War. That first war was a lie from beginning to end, as was the period immediately following when the Great Powers drew boundaries in Europe and the Middle East that spawned future conflicts.”*

Emery introduce aquí la relación, indudablemente estrecha y por supuesto coordinada, entre los censores militares *“on the field”* —por usar esa expresión tan querida para militares y periodistas anglosajones— y los controladores, censores, publicistas y propagandistas en la retaguardia.

Ilustrativo del ambiente represor hacia quienes pretendían contar la verdad o “su” verdad es el hecho de que escritor profesional Alfred McLelland Burrage tuvo que usar el pseudónimo “ExPrivate X” para publicar su obra *War is War* en la que dejaba en ridículo la férrea censura, además de realizar una acerba crítica al desarrollo de la Gran Guerra según su propia experiencia como combatiente. El libro fue publicado en Nueva York en 1930, por lo que el uso de pseudónimo más de diez años después del final de este conflicto da idea del ambiente que citábamos más arriba. **(22, Burrage, Alfred M. War is War. E.P. Dutton and Co. Inc. New York. 1930.**

Al margen de que, desde nuestro punto de vista, la simbiosis entre prensa y censores alcanzaría su punto álgido en la Segunda Guerra Mundial, bien es cierto que esa forma más penetrante u omnipresente a la que se refiere Emery en relación con la Primera estuvo directamente relacionada con el control y la propaganda interna realizada a lo largo y ancho de los Estados Unidos por el CPI creado por el presidente Wilson y con el clima de histeria represiva que alcanzó, como luego lo haría en la Segunda Guerra Mundial y sus años posteriores, a cualquier sospechoso con o sin fundamento de no apoyar el esfuerzo de guerra.

Como nada ingenuamente señala el propio Emery en términos generales²² *“censorship is repugnant and condemned by all journalist, but it also is an established part of modern governmental life. It is to be expected. The greater evil and one far more disappointing is self-censorship, the unnecessary and cowardly act of stomping on your own*

²¹ Emery, Michael. *On the Front Lines; Following America’s foreign correspondents across the twentieth century*, The American University Press, Washington DC, 1995, p. 284

²² Emery. *Ob. cit.* p. 285

correspondent's work in order to bow to one's biases, to curry favor with a higher boss, or to placate an ill-informed but critical public element".

Éste fue el caso sin lugar a dudas de la labor desarrollada por el CPI internamente en Estados Unidos, al amparo legal de los establecido por las Espionage y Sedition Acts, y a pesar de que se revistiera de un manto de patriotismo para sustenta el esfuerzo de guerra y la lucha contra los poderes centrales autoritarios europeos.

Los meses siguientes a la aprobación de la Espionage Act, casi mil personas fueron a prisión enjuiciadas gracias a la nueva ley. Los dos principales acusaciones aplicadas fueron las de entorpecer el reclutamiento de tropas —la carnicería en las trincheras europeas necesitaba carne fresca de reposición continuamente— y desvelar cualquier información sobre la seguridad nacional —extremo harto improbable puesto que autores nada sospechosos de progresismo, como Riddle, mantienen que los intereses estratégicos de Estados Unidos no estaban en juego—.

La censura se convirtió en la forma más descarnada de represión política y los opositores a la guerra —izquierdistas en general, en consonancia ideológica con las izquierdas europeas— fueron los primeros en sufrirla. Ya en agosto de 1917, dos meses después de la aprobación de la Espionage Act, cinco miembros de un grupo anarquista neoyorkino fueron acusados tras su detención de publicar artículos en el periódico Der Shturm de socavar el esfuerzo de guerra. Uno murió por la paliza que le dio la policía; tres fueron condenados a 20 años; otro a 15, etcétera. Los apellidos de los cinco eran significativos: Steimer, Schwartz, Lipman, Lachowsky, Abrahams... Es decir, eran alemanes, al menos de origen.

La persecución a la que fue sometida la población de origen germánico o alemán, llegada en las sucesivas olas migratorias anteriores a la segunda década del siglo XX, fue memorable y recuerda, en buena parte, a la católica Santa Inquisición española de cuatro siglos antes y a la represión nazi y fascista de la Gestapo y las SS dos décadas después.

Musulmanes y judíos españoles, judíos alemanes y austriacos, y japoneses estadounidenses podrían reconocer transposicionalmente sus situaciones en el siguiente párrafo:

"During World War I, the persecution of Germans in American society was so pronounced that Germans were forced to abandon their language and customs, at least in public. German books were burned outside numerous libraries, while Beethoven was banned from symphonic repertoires. The atmosphere was such that Germans hid the fact they were Germans and changed their own names —Smitz for Smith, and so forth. For

*its part, the public renamed almost every German street and landmark and even altered menus, so that sauerkraut became Liberty Cabage, and so on*²³.

[Un ejemplo de esto, rayano en el esperpento, lo vivió el autor en Teherán en 1979 cuando, tras la revolución islámica y en la primera oleada de histeria antimonárquica y antiamericana, el único Kentucky Fried Chicken de la ciudad, en la arterial Avenida Mossadegh pronto renombrada Velayat e vasr, cambió su viejo rótulo luminoso por otro con la leyenda Our Fried Chicken (Nuestro Pollo Frito)].

Así que, aunque no expresaran sus opiniones contrarias a la guerra —caso de tenerlas— en público o en periódicos, los alemanes de origen se convirtieron en sospechosos natos. Pero la represión alcanzó más de lleno, si cabe, a los políticos izquierdistas anglosajones que expresaron sus ideas contrarias a la guerra. Figuras izquierdistas como Eugene V. Debs, Bill Haywood, Philip Randolph, Victor Berger, John Reed, Max Eastman o Emma Goldman recibieron condenas en aplicación de la Espionage Act.

El caso de Debs fue paradigmático: condenado a diez años de prisión por un discurso en Canton, Ohio, el 16 de junio de 1918 en el que supuestamente atacaba la vigencia de la misma Espionage Act.

En realidad, lo que Debs denunció fue el uso de la Guerra Europea como una excusa para perseguir políticamente a los izquierdistas, cosa que le afectaba directamente pues él mismo era una prominente figura del movimiento socialista estadounidense. Y su denuncia la hizo en Canton a cuenta de la condena a cinco años de otra socialista, Kate Richards O'Hare, por pronunciar un discurso contra la guerra en North Dakota, un año antes.

*“The other day, they sentenced Kate Richards O’Hare to the penitentiary for five years. Think of sentencing a woman to the penitentiary simply for talking! The United States, under plutocratic rule, is the only country that would send a woman to prison for five years for exercising the right of free speech. If this be treason, let them make the most of it!”*²⁴.

El digno y militante desafío de Debs en nombre de la libertad de expresión le valió que le fuera aplicada a él mismo la Espionage Act. Y la mayoría de la población, cuya traslación política suele ser considerada como la opinión pública, asistió impertérrita y aquiescente al castigo, a la censura de la libertad de palabra. Porque el caldo de cultivo para que esas actuaciones al amparo de leyes en abierta contradicción con los principios constitucionales de Estados Unidos estaba ya creado y seguía siendo eficientemente alimentado por el gran

²³ Riddley. Ob.cit.

²⁴ Spartacus Educational Newsletters, 2003

IV

la simbiosis total frente a la propaganda impuesta: la segunda guerra mundial

In fact, the result was the same as the system adopted in Japan—the public received only that news of the war which its government considered advisable to tell it.»

Phillip Knightley. *The First Casualty*

IV. La simbiosis total frente a la propaganda impuesta: la Segunda Guerra Mundial

El final de la Primera Guerra Mundial vio también la disolución, pocos meses después, de los órganos de represión, censura y propaganda instaurados por primera vez en Estados Unidos para controlar el flujo de información en tiempos de guerra. Pero esa disolución no significó, ni mucho menos, la desaparición de la presión política ejercida como censura no oficial, propaganda y persecución contra los oponentes políticos, fundamentalmente.

Uno de los efectos de la Primera Guerra había sido la caída del zarismo y la creación de la Unión Soviética. Los partidarios estadounidenses de su credo ideológico, el socialismo, se habían distinguido en los años anteriores y posteriores a la entrada de Washington en la contienda por sus críticas al militarismo y su abogacía por el pacifismo. Contra ellos, contra los izquierdistas estadounidenses en general, se había dirigido la censura, además de contra los negros antimilitaristas y los americanos de origen germano, como ha quedado visto.

El triunfo de la Revolución de Octubre en 1917 puso en el punto de mira de los censores internos especialmente a los izquierdistas estadounidenses, puesto que la recién creada URSS era la plasmación real del sistema opuesto al imperante en Estados Unidos y la derrota de los Imperios Centrales hizo desaparecer en cierto modo la percepción de los ciudadanos de origen alemán como un peligro para la democracia estadounidense.

El temor a que la revolución soviética se pudiera propagar en territorio americano motivó que, a pesar de la desaparición formal de los órganos de censura, se siguiera actuando especialmente contra los partidarios del socialismo encarnado por la Unión Soviética.

Los socialistas e izquierdistas estadounidenses en general vieron aumentada su posible audiencia con la proletarización industrial de cientos de miles de antiguos obreros agrícolas negros de los Estados del Sur emigrados a los Estados industriales del Norte antes, durante y después de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Había nacido y se empezó a hablar del “*Peligro Rojo*” (*the Red Scare*).

La relativa candidez con que los organismos dedicados a la censura de prensa y a la propaganda actuaron en la Primera Guerra Mundial cambió radicalmente en la Segunda. En parte por la creación y sistematización de nuevos órganos censores más afinados gracias a la experiencia relativamente corta para Estados Unidos de la Primera Guerra Mundial. En parte también porque gracias a la utilización sistemática y propagandística del Peligro Rojo, el disenso en Estados Unidos sobre las decisiones del establishment político-militar quedó reducido a niveles prácticamente inexistentes durante la década de los años 20 del Siglo XX. En tercer lugar, y también en parte, a consecuencia de los dos

asuntos anteriores, porque la agresión japonesa en Pearl Harbour y la caracterización autoritaria del fascismo y el nazismo frente a los sistemas políticos liberales hicieron de la Segunda Guerra Mundial una causa popular entre la población estadounidense.

La caracterización del conflicto como un combate a favor de la democracia contribuyó muy mucho a esa popularidad, porque incluso la alianza militar a distancia con la URSS no significó en ningún momento la aprobación de su régimen político, caracterizado peyorativamente no sólo por ser socializante y contrario a la propiedad privada, sino también por no permitir la existencia de un sistema parlamentario liberal-burgués.

Se reprodujo así parcialmente el esquema ideológico de defensa de las libertades y de lucha contra la opresión autoritaria que varios estados extranjeros (la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y el Japón imperial) pretendían imponer, una bandera que los más insignes representantes del primer Periodismo Amarillo durante la Guerra Hispano-Estadounidense habían conseguido izar con éxito. Recordemos el caso de George Creelman.

Del otro lado, la candidez con que las autoridades de los Imperios Centrales abordaron la censura de prensa en la Primera Guerra Mundial también cambiaría radicalmente en el siguiente gran conflicto, la Segunda, como más adelante veremos, gracias a las innovadoras y masivas técnicas propagandísticas puestas en juego por el Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler desde antes de hacerse con el poder en Alemania en 1933, perfeccionando las inventadas por el fascismo italiano y que, a su vez, fueron copiadas y readaptadas por el partido de Benito Mussolini.

Hasta 1939, cuando se inició la Segunda Guerra, y desde el final de la Gran Guerra en 1918, dos nuevos medios de comunicación de masas habían venido a revolucionar las artes y artimañas de propaganda y censura en contraposición a las facilidades que la distribución de información encontró gracias precisamente al desarrollo de esos dos nuevos medios: los documentales informativos sonoros y la radio.

El primero, el cine —en forma de ficción o de documentales realistas— ya venía siendo usado incluso desde la Guerra de Cuba. No en vano la grabación y reproducción de imágenes en movimiento había sido puesta en escena por los hermanos Lumière en “La sortie des usines Lumière” en 1895.

Pero hasta la incorporación del sonido a las películas la progresión de la audiencia del cine no fue espectacular. En Estados Unidos, la media semanal de espectadores de cine durante los primeros años veinte era de unos 46 millones. En la década anterior, la de la Gran Guerra, buena parte de la propaganda, sobre todo, se distribuyó en Europa y en América en forma de imágenes en movimiento.

En 1930, tras la inclusión de sonido en las películas tres años antes, la audiencia semanal media se duplicó y llegó a los 90 millones de personas. El incremento fue similar en Europa¹.

El desarrollo de la radio había sido ya en esas fechas mucho más notable, a pesar de que su descubrimiento había sido más tardío. El nacimiento de la radio comercial es datado por Smith en 1920, cuando empezó a funcionar con características similares a las emisoras de mediados del siglo XX una estación en Pittsburgh (Pensilvania), la KDKA.

Desde allí se extendió rápidamente por todo Estados Unidos y Europa. Cuando Orson Welles transmitió la “Guerra de los Mundos” de H.G. Wells la noche de Halloween (1 de noviembre) de 1938 como si de un acontecimiento real se tratara, aterrizando a decenas de miles de estadounidenses que lo escuchaban, quedó demostrado el gran poder de la radio.

Ya los políticos de todo tipo usaban la radio como arma de comunicación y propaganda. De hecho, los dirigentes del Partido Nacionalista Adolf Hitler y Josef Goebbels hicieron de ella su principal medio para extender sus ideas propagandísticas.

El segundo, como encargado específico de convertir la información en propaganda para el partido y el régimen nazi, hizo del uso de la radio su arma principal. El totalitarismo nazi provocó que los protagonismos, en lo referente al control de los medios de comunicación y la censura, se invirtieran aparentemente en la Segunda Guerra Mundial en relación con la Primera.

Si de 1914 a 1918 el control de la prensa en Alemania y Austro-Hungría había sido todo lo suave que podía ser dadas las condiciones del conflicto y ese mismo control fue más rígido y duro en el bando aliado, entre 1939 y 1945 fueron Estados Unidos y sus aliados quienes ejercieron su control mediático en tiempo de guerra con una cierta aquiescencia pública — se trataba, al fin y al cabo, de democracias y la causa de la Segunda guerra fue extremadamente popular a diferencia de lo ocurrido en la Primera—, que contrastaba con la extrema dureza de la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperial.

A la popularidad de la Segunda guerra, tanto en Europa como en Estados Unidos contribuyó el cambio de las circunstancias políticas mundiales, según las cuales los izquierdistas europeos y estadounidenses habían abrazado la defensa de la democracia con el mismo ardor que los demócratas liberales o burgueses, como forma de combate y de valladar contra los fascismos autoritarios.

¹ Smith, Andrew F. *International Conflict and the Media*, The American Forum for Global Education, 2000.

A este respecto la participación de izquierdistas de todo el mundo en la Guerra Civil española (1936-1939) fue el crisol sobre el que se fundió esa alianza antifascista que, inmediatamente después condujo a la popularidad y a la simbiosis, al *círculo cerrado*, de la Segunda Guerra y de los que de ella informaban con las autoridades que ejercían el control sobre la difusión de las noticias bélicas.

Lo que no evitó que, también entre los aliados, se registraran casos de censura extrema, especialmente ejercida en los frentes del Pacífico por británicos, chinos e, incluso, los estadounidenses comandados por el general Douglas McArthur, en contraste con una política de censura más contemporizadora con los medios de comunicación — fundamentalmente, prensa escrita y radio— en los frentes de Europa a cargo del general Dwight Eisenhower².

La dureza de la censura en el Pacífico tuvo su explicación, según varios autores, en el hecho de que, a pesar de que Estados Unidos había hecho durante el periodo de entreguerras y como resultado de la experiencia registrada en la Primera, un gran esfuerzo por adaptar sus servicios de información, espionaje y propaganda internos —con la conversión del The Justice Department's Bureau of Investigation en el Federal Bureau of Investigation (FBI) en 1932—, el país entró en guerra precisamente debido a un sonoro fracaso de esos servicios de espionaje, aunque fueran los exteriores.

En efecto, así cabe explicar por qué Japón pudo atacar sorpresiva y casi impunemente Pearl Harbor, dejando en ridículo la casi recién creada (1941) Office of the Coordinator of Information, devenida en 1942 The Office of Strategic Services.

Es importante introducir en este punto el papel de los servicios de espionaje, en el caso de la implicación de Estados Unidos en conflictos internacionales, porque a raíz del desastre de Pearl Harbor, el establishment político-militar de Washington tuvo una cierta tendencia a intentar dirigir la censura de prensa o intentar orientarla, al menos, a través de las influencias e infiltraciones en los medios de agentes de los diferentes servicios secretos, a pesar de las prohibiciones legales expresas en ese sentido.

Con la radio como estrella mediática en los años de la Segunda Guerra Mundial, el inicio del nuevo medio que iniciaría una nueva y más tremenda revolución comunicacional, la televisión, no estaba aún presente directamente en los frentes, por lo que las censuras se concentraron principalmente en prensa y radio.

² Blanchard, Margaret A. Freedom of the Press in World War II, *American Journalism*, 12:3, University of Alabama, 1995, pp. 334-341

No obstante, la grabación de imágenes de cinematógrafo empezó a adquirir importancia tanto para los autores como para los censores y, por supuesto, para el público estadounidense.

Una vez más, el desarrollo de los medios de comunicación vino seguido de nuevos intentos de controlarlos y censurarlos con más zafiedad y brutalidad según los medios se iban perfeccionando³.

Y si esto era válido para Europa, como señala Richard Bessel, lo fue aún más para Estados Unidos, convertido ya en líder del mundo occidental económica, política, militar y, cómo no, mediáticamente.

Aunque “*enlatadas*” el reenvío a Estados Unidos de películas filmadas las hacía fuente de información en los cines ya con sonido, añadiendo gran espectacularidad para la época, y empezaba a vislumbrarse la posibilidad de que llegaran a todos los hogares a través de la televisión, aunque fuera con mucho retraso sobre la fecha original de rodaje⁴.

Pero el entorno mediático cada vez más favorable a la difusión de la información ya contaba por parte oficial con un contrapeso importante y omnipresente cristalizado en los organismos de control y censura puestos en pie aprovechando la experiencia de la Primera Guerra Mundial y especialmente la del Committee on Public Information (CPI) dirigido por George Creel.

“Before the Creel Committee was dissolved in 1919, it laid the groundwork for censorship for the next war”, escribe Sweeney⁵.

Eso no derivó necesariamente en que las recomendaciones finales o póstumas del CPI fueran seguidas. El CPI recomendó básicamente, como el mismo Sweeney relata, que el director de la censura fuera un civil ayudado por dos militares, uno del ejército para supervisar el correo, el teléfono y el telégrafo; y otro de la armada, para controlar el cable y la radio, además de otras variadas y complejas medidas y organismos.

Pero hubo también otras propuestas similares, cuyas variaciones residían fundamentalmente en sobre qué funcionario descansaría la responsabilidad máxima de la totalidad de la censura. Ninguna de ellas se adoptó final ni decisivamente durante las dos décadas siguientes al final de la Primera Guerra Mundial, o las dos anteriores, si se prefiere, al estallido de la Segunda.

³ Bessel, Richard. *The Oxford Illustrated History of Modern Europe*, Oxford University Press, 1996, pp. 248-251

⁴ Von Schilling, James A. *Television During World War II: Homefront Service, Military Success*, *American Journalism*, 12:3, 1995, pp. 290-303

⁵ Sweeney, Michael S. *Ob. cit.* p. 18

Y no fue hasta que la tragedia de Pearl Harbor golpeó inesperadamente a la población y el ejército estadounidenses que el presidente Theodore Roosevelt decidió, además de entrar en guerra, poner en marcha un organismo similar al de la Primera Guerra Mundial para hacer frente a las “necesarias” tareas de censura y propaganda.

Hasta ese momento, Roosevelt había confiado en su tremenda popularidad entre los periodistas y los medios de comunicación para hacer el trabajo de que las posturas del gobierno fueran recibidas y comunicadas oficialmente al público. Gracias a la celebración de dos ruedas de prensa a la semana, además de a la supresión de la necesidad de que las preguntas fueran hechas por escrito y por adelantado, hicieron de Roosevelt el mejor propagandista y comunicador de su gobierno y de sus políticas: “*The president was skilled at promoting his political agenda in the mass media as well as diverting unwanted attention*”⁶.

El choque de Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941), como hemos señalado, obligó a Roosevelt a tomarse las cosas más en serio y fundar la Office of Censorship, como instrumento formal de control, censura y propaganda. Hasta ese momento y desde la invasión de Polonia por Alemania que dio origen a la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se había mantenido neutral y, consecuentemente, las relaciones del establishment político-militar con los medios de comunicación no habían sido más que las normales en una democracia, ayudadas por la gran popularidad de Roosevelt.

Y esa tremenda popularidad del presidente sirvió para que incluso el Chicago Tribune, el más crítico con la política general de Roosevelt entre los grandes diarios estadounidenses, reconociera la necesidad de la censura de guerra y se sometió a ella, una vez que se implantó.

Como describe Sweeney, antes de la entrada de Estados Unidos en guerra, la influencia, la interacción, entre poder y medios se daba en función de las simpatías de los propios medios hacia alguno de los contendientes, en función de los intereses comerciales del Gobierno y también en función de los intereses estratégicos en cada momento. Y aunque en el interior del establishment político-militar ya se preparaba la instauración de nuevos órganos de censura para el caso de que se produjera finalmente la entrada de Estados Unidos en la guerra, hasta Pearl Harbour no se pasó del estadio puramente preparatorio.

Para organizar The Office of Censorship (TOC), Roosevelt escogió a Byron Price, un veterano de la Gran Guerra anterior, convertido en periodista y que había llegado, en el momento del ataque a Pearl Harbor, a dirigir la gran agencia de noticias estadounidense de la época, The Associated Press.

⁶ Sweeney Michael S. Ob. cit.

Aunque nuevamente se ponía a un periodista al frente del organismo censor, es importante señalar, desde nuestro punto de vista, las especiales características que tuvo la elección de Byron Price comparada con la del director de la censura de la guerra anterior, la Primera, George Edward Creel.

Creel era el editor de un periódico de Kansas, esto es “de provincias”, además de un afamado periodista de investigación, según sus admiradores, o reputado “*muckcraker*” (huelebraguetas), para sus detractores. Byron Price, en el momento de ser nombrado, era la cabeza del medio de comunicación quizá más influyente de Estados Unidos en ese momento.

Se trataba del presidente de The Associated Press (AP), un conglomerado de periódicos que poseían cooperativamente esa agencia de noticias, sin fines de lucro, simplemente para tener el mejor y más grande servicio de noticias.

Las características mismas de la empresa cooperativa de la que procedía el nuevo jefe de la censura, aseguraba en principio y como mínimo una audiencia interesada y simpatética entre esos centenares de periódicos diarios a sus instrucciones y acciones. Se garantizaba también de esta forma que una gran mayoría de medios de comunicación escrita, los diarios miembros de la cooperativa The Associated Press, tendrían una primera actitud favorable o, cuanto menos, propensa al diálogo con los organismo de censura de prensa.

Desde ese punto de partida, Price construyó su censura de prensa, aun cuando desde el primer momento pretendió no llamarse a engaño e ironizó, al hacerse cargo de su nuevo puesto, con que al final de la guerra “los únicos que estarán contra nosotros [los censores] serán la gente de los periódicos y de las radios, los militares y el resto del Gobierno, y el público en general”. Pero se equivocó, porque la opinión pública, favorable a la guerra, la actitud de los medios de comunicación —en consonancia con ella— y su propia gestión como jefe de la TOC, cambiaron radicalmente esas consecuencias por él mismo auguradas, como veremos.

“The Office of Censorship, which administered voluntary censorship inside the United States and mandatory censorship of information crossing the nation’s borders, had so many successes and so few failure”», cree Sweeney⁷.

Paralelamente a TOC, y también dentro del territorio estadounidense, el organismo civil The Office of War Information (TOWI), dirigida por el radiofonista Elmer Davis, supervisaba la propaganda interna y externa e intentaba convencer a los altos mandos

⁷ Ob. cit. p. 4

militares de que favorecieran el libre flujo de información, considerado esencial para mantener el apoyo civil al esfuerzo de guerra⁸.

“The view of this official is that everything should be printed if it does not endanger the national security”, declaró en su momento Davis⁹.

En cualquier caso y como es claro, los militares mantuvieron el control absoluto y la censura más férrea de la información en los frentes de batalla. Entre ellos, destacó el celo inicial del almirante Ernest J. King, jefe de operaciones navales en el Pacífico, quien, obviamente como reflejo del tremendo impacto de Pearl Harbor y su profunda desconfianza hacia la prensa, retrasaba sistemáticamente las noticias sobre derrotas navales en el Pacífico *“beyond any security needs”*, según el informe Battle Lines de la Task Force antes citado.

La rigidez de la censura militar se debió, o se reprodujo más acendradamente, en la Segunda Guerra Mundial debido entre otras cosas a que el esfuerzo de guerra fue mayor y también a que los medios presentes en los campos de batalla por medio de corresponsales de guerra o enviados especiales eran mucho más numerosos que en la Primera.

Además, la Segunda Guerra Mundial vio la irrupción en la escena informativa de dos nuevos medios de gran potencia comunicadora con respecto a la prensa escrita —la radio y la fotografía, de los que nos ocuparemos más adelante— y que motivaron a los censores a extremar su celo, tanto en el plano interior de Estados Unidos como en el plano exterior, es decir, en los frentes de combate.

Consecuentemente, Byron Price contribuyó a tejer un entramado de organismos censores mucho más complejo y completo que en la Primera Guerra Mundial.

The Office of Censorship, creada por la Orden Ejecutiva 8985 del 19 de diciembre de 1941, doce días después de Pearl Harbor, iniciaba su andadura con una justificación de su misión en el preámbulo de la orden: *“All Americans abhor censorship, just as they abhor war. But the experience of this and all other Nations has demonstrated that some degree of censorship is essential in wartime, and we are at war”*¹⁰.

⁸ Braestrup, Peter, ed. Battle Lines, Report of the Twentieth Century Fund Task Force on the Military and the Media, Priority Press Publications, New York, 1985, p. 29

⁹ Palmer Hoyt. The Use and Abuse of Restraints, in Journalism in Wartime, ed Frank Lutter Mott, Washington DC, American Council on Public Affairs, 1943 [En] [Battle Lines...](#), pp29

¹⁰ The Donnelly Collection of Presidential Executive Orders, The Conservative Caucus, www.conservativeusa.org, 2003

La Orden propiamente dicha establecía en su punto primero sus objetivos de una manera más clara y menos generalista que las Sediton y Espionnage Acts de la Primera Guerra Mundial:

“1. - There is hereby established the Office of Censorship, at the head of which shall be a Director of Censorship. The Director of Censorship shall cause to be censored, in his absolute discretion, communications by mail, cable, radio or other means of transmission passing between the United States and any foreign country or which may be carried by any vessel or other means of transportation touching at any port, place or Territory of the United States and bound to or from any foreign country, in accordance with such rules and regulations as the President shall from time to time prescribe. The establishment of rules and regulations in addition to the provisions of this Order shall not be a condition to the exercise of the powers herein granted or the censorship by this Order directed. The scope of this Order shall include all foreign countries except such as may hereafter be expressly excluded by regulation.”¹¹.

Price tenía, pues, las manos libres para organizar a su gusto y manera el ejercicio de la censura. Con la ventaja de que, a diferencia de la Primera Guerra, el nivel de disenso o disconformidad con la Segunda era mínimo en el “frente interior”. El país entero, prácticamente, comulgaba con la necesidad de la derrota de los regímenes totalitarios nazi y fascista, así como con la del Imperio nipón. La coincidencia de intereses con la URSS y su conversión en aliados, aunque difíciles, también contribuyó a “pacificar” el interior político de Estados Unidos.

Entre esas medidas a las que Price quedó capacitado para recurrir, la más importante fue la puesta en funcionamiento de un *Code of Wartime Practices for the U.S. Press*, elaborado con las aportaciones de directores de medios y empresas periodísticas y que entró en vigor enseguida, apenas un mes después de la orden 8985, exactamente el 15 de enero de 1942¹².

El código daba algunas precisiones más para que los diarios y emisoras de radio, fundamentalmente, supieran a qué atenerse al hablar de la guerra, pero básicamente establecía en un documento de poco más de diez páginas, que no se debería publicar nada que pudiera ayudar al esfuerzo de guerra del enemigo, japonés primero, alemán e italiano, después.

¹¹ The Donnelly Collection.... Ob. cit.

¹² Braestrup, P., Ed. *Battle Lines. Report of the...*; Ob. Cit.

Los medios aceptaron esta pauta de conducta supuestamente voluntaria con mayor o menor fervor. La propia condición de directivo de prensa de Price le hizo especificar los principios concretos detrás del enunciado general.

Entre ellos estaba que la censura voluntaria debía quedar restringida exclusivamente a los asuntos que realmente afectaran a la seguridad nacional; que la amenaza a esa seguridad debía ser real para que se ejerciera la censura y el medio debía recibir una explicación razonable y de peso; que no habría interferencias con las opiniones editoriales; que las peticiones de someterse a la censura no deberían estar influenciadas por consideraciones o intereses de orientación política o sin relación con asuntos de seguridad; que los medios no serían obligados a no publicar los comunicados o los discursos de responsables políticos —es decir, que podrían ser distribuidos aunque fueran considerados oficialmente erróneos o inconvenientes después de ser pronunciados—; que no podría ser impedida la publicación dentro de Estados Unidos de cualquier material informativo que ya estuviera circulando en el extranjero; que el propio Código debería ser explicado a la opinión pública para que ésta entendiera perfectamente porqué era necesaria la censura en tiempo de guerra, etcétera¹³.

Las explicaciones y la comprensión de la mayoría de los medios dieron el resultado apetecido, casi totalmente, pues, como señala alguna autora, “*In some wars, such as World War I, most scholars can agree that government restrictions on publications were excessive. In other wars, such as World War II, however, agreement seems to dissipate*”¹⁴.

No obstante, el mayor criticismo a la censura, sobre todo a la militar, vino sorprendentemente de Elmer Davis, el director de The Office of War Information (TOWI), quien agriamente escribió sobre los censores militares: “*They appeared to be less aware that a democracy fighting a total war will fight it more enthusiastically and effectively if it knows what is going on, if it feels that its leaders trust it with as much information as can possibly be given without giving aid and comfort to the enemy*”¹⁵.

Reaparece así, cuarenta años después, el mito del Periodismo Amarillo como defensor de los principios democráticos, el Periodismo Amarillo de James E. Creelman: la información sin cortapisas como mejor forma de luchar contra un “enemigo externo” —España, en 1898; Alemania, Italia, Japón, en 1945— que no respeta ni las leyes de la democracia

¹³ Green, Jonathan. Ob. cit. p. 343

¹⁴ Blanchard, Margaret A. Ob. cit.

¹⁵ Davis, Elmer. Report to the President, Ronald T. Farrar ed., Journalism Monographs, 7, 1963

liberal cuyo máximo exponente son los sistemas anglosajones, ni los todavía no enunciados Derechos Humanos, ni la Doctrina Monroe, en definitiva.

La percepción de Davis enlazaba con la ya larga tradición de defensa de la libertad de expresión consagrada en la First Amendment a la Constitución estadounidense y que en el periodo de entreguerras había recibido un fuerte espaldarazo frente a los intentos o al sentido latente en algunos sectores del establishment político-militar de prolongar la acción de la censura más allá del periodo de guerra.

En efecto, en 1931, el Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró por primera vez “inconstitucional” prácticamente todas las formas de control previo del flujo informativo, con la salvedad de que ese control se dejara ejercer por los medios de forma voluntaria y en tiempo de conflicto.

Y en el carácter voluntario de la censura previa o la autocensura basaron los organismos creados para controlar a los medios durante la Segunda Guerra Mundial su éxito y su consideración no como órganos represivos, sino como instrumentos coadyuvantes a la victoria sobre los estados antidemocráticos que lucharon contra las democracias occidentales de 1939 a 1945.

Como queda dicho con respecto a Price y hay que reiterar con respecto a Davis, la procedencia profesional altamente cualificada de ambos —que dirigieron los dos principales organismos de censura— contribuyó a que las actuaciones tanto de The Office of Censorship como de The Office of War Information dirigidas respectivamente por ellos dos fueran contempladas con benevolencia y como algo necesario tanto por los medios como por la opinión pública en general. Como resultado, rara vez cualquiera de los dos organismos tuvo que emprender acciones directamente punitivas contra algún medio o periodista¹⁶.

El clima de consenso general en la guerra contra los totalitarismos fascistas europeos queda incluso reflejado en la página Web oficial del Federal Bureau of Investigation (FBI) cuyo precedente histórico —el Bureau of Investigation— tan activamente había cooperado durante la Primera Guerra en la vigilancia de pacifistas socialistas, alemanes y, especialmente, negros, como vimos.

Si durante la década de los años 30 del siglo XX, “*the FBI was alert to these Fascist and Communist groups as threats to American security*”¹⁷, apenas se produjo la invasión de Rusia por Alemania el 22 de junio de 1941, “*the FBI focussed its internal security efforts*

¹⁶ The Columbia Encyclopaedia, Columbia University Press, New York, 1995

¹⁷ History of the Federal Bureau of Investigation, www.fbi.gov, 2003

on potentially dangerous German, Italian, and Japanese nationals as well as native-born Americans whose beliefs and activities aided the Axis powers”¹⁸.

Es decir, la entrada aunque forzada de la URSS en la guerra despejó aún más si cabe el camino para un gran consenso nacional estadounidense sobre la necesidad de hacer la guerra y ganarla, consenso en el que participaron desde el conjunto del establishment político militar hasta los miembros activos del Partido Comunista americano, pasando por la población negra y, por supuesto, el empresariado, profesiones liberales, medios de comunicación etcétera, en gran contraste con las divergentes opiniones registradas sobre el esfuerzo bélico durante la Primera Guerra Mundial.

Pero esta gran característica, la aceptación de la necesidad de la censura, no provocó ni que los organismos encargados de ejercerla junto con los de propaganda bajaran la guardia, ni siquiera que no se produjeran “violaciones” de las normas.

Una de las más comúnmente citadas para describir la vigilancia constante de la censura en esta guerra es la dura reprimenda que en agosto de 1942 recibió una columnista por haber descrito en su artículo el tiempo que hacía durante un viaje realizado con su marido. La cosa no hubiera tenido la menor importancia y hubiera ciertamente pasado desapercibida a los censores, de no ser que la columnista en cuestión era Eleanor Roosevelt y el viaje realizado era con su marido, el presidente Theodore Roosevelt.

La descripción del tiempo atmosférico en cualquier lugar de los Estados Unidos entraba de lleno en las prohibiciones del código de censura voluntaria, es decir, de autocensura. La reprimenda tuvo como resultado que la autora del artículo respondiera asegurando, compungida, que no lo volvería a hacer, como también citan varios autores¹⁹.

El consenso sobre la autocensura se había iniciado en la manera en que Roosevelt y Price negociaron que éste se hiciera cargo del organismo censor por excelencia. Mientras que el presidente pretendía imponer un órgano que hiciera obligatoria la censura previa, Price, llevado por su deontología profesional, le convenció para que así no fuera advirtiéndole que no se haría cargo de semejante organismo si se establecía un sistema obligatorio de censura previa para prensa, radio y fotografía²⁰. La otra condición de Price fue que se tratara de una organización civil, no militar.

Como claro prelude del sistema de “censura consensuada” que Price implantó queda su frase: “*There is no such thing as joint responsibility*”. Aunque, de hecho, otra cosa que

¹⁸ Ob. cit.

¹⁹ Sweeney. Ob. cit.; Knightley, Ob. cit. etc.

²⁰ Sweeney. Ob. cit.

exigió Price fue que él mismo fuera la máxima autoridad de la TOC, sin compartirla con nadie²¹.

Price consiguió organizar todo el entramado psico-social de autocensura en torno a una sencilla pregunta principal dirigida especialmente a los periodistas de cualquier medio, pero que era realmente aplicable a cualquier ciudadano, para ser usada antes de escribir o antes de transmitir una información o artículo o, incluso, antes de entregarla al responsable del medio para ser publicada: “*Is this information I would like to have if I were the enemy?*”.

Con esta solicitud de auto-implicación en el proceso censorial de sus colegas periodistas, sobre todo, Price tuvo un éxito grandioso en la aplicación de la autocensura. Y puesto que se solicitaba y se conseguía la asunción del proceso censorial —o autocensorial—, las llamadas al orden, las reprimendas o reconvenciones no eran públicas —por tanto los transgresores no eran dados a conocer al público— y eran siempre a posteriori de la publicación.

En cada caso detectado por la TOC o por la TOWI, el editor o el responsable de la publicación recibía una carta en la que se le explicaba cuál había sido exactamente la trasgresión del código de prácticas de guerra. La trasgresión —o error, como era comúnmente descrito— cometida por Eleanor Roosevelt fue conocida porque ella misma explicó el asunto en un artículo posterior al considerado “erróneo”.

El grado de autocensura, para unos, o de auto-implicación en la causa de la guerra —por las razones ya descritas—, para otros, fue tal que, como señalan también varios autores, el *scoop*, la primicia o noticia *bomba* —y nunca mejor dicho— de la Segunda Guerra Mundial fue guardada celosamente sin publicar por varias decenas de reporteros, articulistas y editores hasta que finalmente se produjo su eclosión mediática.

Se trataba de los trabajos e investigaciones de Estados Unidos para fabricar la bomba atómica. Según Sweeney²², incluso el conocido “*huelebraguetas*” Drew Pearson estaba al tanto del asunto desde 1943, dos años antes de la prueba final en Alamogordo (Nuevo México) y los bombardeos atómicos de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, y Nagasaki, dos días después, que pusieron fin a la guerra en el Pacífico.

La complicidad fue tal que, como relata Knightley²³, la prueba de Alamogordo del 16 de julio de 1945 —cuyo fragor no pasó desapercibido— fue descrita en la prensa local como

²¹ Sweeney. Ob. cit.

²² Ob. cit.

²³ Ob. cit. pp. 327 - 328

la explosión de un depósito de municiones que no causó víctimas ni grandes daños materiales.

Pero las facilidades mutuas y la comprensión entre censores y periodistas que se daba en la retaguardia, especialmente dentro del territorio de Estados Unidos, no era tal en los frentes. En efecto, las explosiones atómicas, aunque fueron dadas a conocer por Roosevelt sólo 16 horas después de ocurridas y especificando que eran “atómicas”²⁴, fueron seguidas de un auténtico manto de silencio tendido por el general Douglas MacArthur, máximo jefe militar estadounidense en el Pacífico.

Lo primero que hizo MacArthur, secundado por su pléyade de censores militares, fue declarar zona de acceso prohibido todo el sur de Japón, donde se habían arrojado las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, de tal forma que a principios de septiembre de 1945, casi un mes después de la explosión de Hiroshima y tres semanas después de la rendición de Japón, ningún corresponsal occidental había sido autorizado a ir a cualquiera de esas dos ciudades, al tiempo que los oficiales de enlace con la prensa de MacArthur se dedicaban a pasear a los periodistas por campos de prisioneros estadounidenses recién liberados. Hasta el 3 de septiembre de 1945, no consiguió un periodista occidental —el australiano Wilfred Burchet, que trabajaba para *The London Daily Express*— colarse literalmente y por su cuenta y riesgo en Hiroshima, viajando en tren desde Tokio y burlando los controles y censores militares²⁵.

Burchet se adelantó en unas horas a la llegada de la primera visita oficial de periodistas estadounidenses a Hiroshima, acompañados de los correspondientes oficiales de enlace encargados de controlar físicamente a los corresponsales y de censurar sus escritos. La osadía de Burchet le valió que los militares estadounidenses rechazaran llevar de vuelta a Tokio una copia de un reportaje que ya había sido transmitido a través de la agencia Domei o incluso facilitarle un transporte para que regresara a la capital nipona, como castigo por haberse presentado en la ciudad bombardeada por la bomba atómica sin permiso, en una buena muestra de la rigidez de la censura en los frentes, mucho menos contemporizadora y mucho menos dialogante o consensuada que la que ejercían TOC y TOWI en Estados Unidos.

Cuando consiguió llegar a Tokio, al tiempo que el alto mando militar estadounidense en Japón y el establishment político-militar en el territorio nacional cubrían el aspecto nuclear de las explosiones solidaria y cooperativamente con un espeso manto de silencio, Burchet

²⁴ Knightley. Ob. cit. p. 328

²⁵ Knightley. Ob. cit.

fue obsequiado con una orden de expulsión, revocada en última instancia al interceder en su favor la Marina estadounidense.

Por tanto, está claro que en los frentes de combate los censores militares estadounidenses aplicaron todo el rigor que se les ha supuesto propio a través de los tiempos para impedir que fuera transmitido ningún detalle informativo que pudiera ser considerado peligroso para la moral de apoyo al esfuerzo de guerra en la retaguardia o útil para el enemigo en caso de que llegara a sus manos.

Y queda también perfectamente establecido que el consenso general en Estados Unidos en torno a la necesidad de ganar la guerra contra los regímenes totalitarios fascista, nazi e imperial en nombre de la democracia liberal y la actitud dialogante con la que los organismos de censura y propaganda dirigidos por Byron Price y Elmer Davis contribuyeron a hacer creer que en los frentes de batalla las cosas eran diferentes a lo que supone que pasa en toda guerra.

Es decir, se tendió a creer que la relativa libertad de información y la relativa dulzura censorial en el territorio de Estados Unidos se practicaban también con los corresponsales desplazados a Europa o al Pacífico, principalmente, y que, consecuentemente, la opinión pública en Estados Unidos había estado perfectamente informada de todo cuanto acontecía relacionado con la Segunda Guerra Mundial.

Nada más lejos de la realidad. *“In the euphoria of victory, the war was hailed as the best reported in history, and there was little of the deep soul-searching that had followed the First World War. Yet if we take away the few exceptional correspondents, the ones who believed that in a democracy the people need facts to make decisions, ‘even in times of war or perhaps especially in time of war’, if we take away the few who felt that if censors were to dictate the coverage then it would be better to have no coverage at all, what are we left with?”*, se pregunta Knightley²⁶.

En cualquier caso, y al margen de las extremas rigideces del sistema militar de censura en el Pacífico bajo el mando del general MacArthur, los corresponsales aliados desplazados o basados en el Reino Unido y más tarde acompañantes de la fuerzas invasoras del Continente gozaron de ciertas facilidades por parte de los Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force (SHAEF), aunque, *“The military-press relationship was nowhere more exhaustively planned during World War II than in London prior to the Normandy landings on June 6, 1944”*²⁷.

²⁶ Ob. cit. p. 330

²⁷ Braestrup, P. Ed. Battle Lines, Report of the..., Ob. cit. p. 30

El comandante en jefe de la invasión, el general Dwight D. Eisenhower —quien años más tarde advertiría en su discurso de despedida como presidente tras un segundo mandato del peligro de que Estados Unidos fuera gobernado desde la sombra por “el complejo militar-industrial” —, con la experiencia aprendida tras dirigir los exitosos desembarcos aliados de Casablanca y Sicilia, decidió que la invasión de Normandía debería tener un muy bien organizado sistema para que los corresponsales acompañando a las tropas pudieran hacer su trabajo correctamente, lo que significaba que lo hicieran bien no sólo pensando en el interés de los lectores o radioyentes —cosa que, obviamente, era la que menos preocupaba al alto mando militar— sino también pensando en la efectividad militar de los aliados, que no debía ser entorpecida bajo ningún concepto por el trabajo de los periodistas.

Esta cuestión se convirtió en central y principal —desde nuestro punto de vista— a la hora de organizar el desembarco de Normandía. *“One of the questions that arose repeatedly in SHAEF was how much of the building for D-Day could be open to newsmen (that is, to provide pictures and descriptions of training, the amassing of supplies, the arrival of new equipment). All of this was tied to the purpose of keeping up home-front morale with the assurance that, in fact, progress was being made or would be made in the war against Hitler”*²⁸.

Junto a esas discusiones, se planteó también la posibilidad de sesgar o no la información facilitada a los periodistas propios para intentar equivocar al enemigo, dando por supuesto que todo lo que se publicaba en Estados Unidos escrito y envidado de los frentes y especialmente desde el Reino Unido —donde se preparaba la invasión— era cuidadosamente monitorizado, seguido, analizado, interpretado y finalmente utilizado por los servicios de espionaje alemanes.

Como sugiere la correspondencia de altos oficiales del SHAEF, los altos mandos británicos —más avezados en la guerra de propaganda y contra-propaganda— se inclinaban por utilizar a los periodistas como vía de intoxicación de los canales de información del espionaje alemán, facilitándoles información sesgada o falsa sin que los propios informadores lo supieran, mientras que los estadounidenses, o al menos algunos de ellos, se inclinaban por no hacerlo.

“Men who profess to present the news honestly should not be subjected to official suasion to present it dishonestly, however laudable the purpose. We cannot remove the foundations of a house and expect it to remain standing”, escribió el Brigadier General

²⁸ Braestrup, P. Ed. *Battle Lines, Report of...*, Ob. cit. p. 30

Robert A. McClure, subjefe de guerra psicológica y relaciones públicas del SHAEF a Sir Cyril Radcliffe, del Ministerio de Información británico²⁹.

Así que el estamento político-militar representado por el SHAEF en Londres decidió no mentir a los periodistas, sino simplemente ocultar la información no conveniente. Influyó en ello, indudablemente, el “clima de confianza” entre informadores y el establishment político-militar que se instauró a raíz de la coincidencia en la necesidad de derrotar al enemigo totalitario germano-italo-nipón y la asunción común y general de que el bando aliado luchaba en la Segunda Guerra Mundial para defender la causa de la democracia y del mantenimiento de las libertades individuales.

Curiosamente, hay que destacar que, a diferencia de lo que ocurría en el Pacífico, en el Norte de África o, incluso en el Sur de Italia, desde la retirada de las tropas expedicionarias británicas en Dunkerke y la ocupación total de Francia por las de la Alemania nazi, el frente de batalla en el centro de Europa estaba dividido básicamente por el canal de La Mancha.

Es decir, a los efectos, el lado aliado del frente de batalla era no sólo la costa oriental y sur oriental inglesa, sino también el mismo Londres y cualquier ciudad importante o base militar sobre las que caían los bombardeos aéreos alemanes.

Por tanto, los asuntos no ya de censura militar de prensa, sino de la más necesaria y mínima seguridad militar afectaban a prácticamente toda la población y el territorio del Reino Unido, pues hasta que los aliados consiguieron hacer avanzar ese frente mediante la invasión de Normandía, la línea estaba en la misma costa de Gran Bretaña.

Lo que explica la prevención de un “oficial naval” que recoge el informe Battle Lines... etcétera, cuando se discutía los medios y modos de desplazar periodistas junto con las tropas invasoras de Francia, en el sentido de que “*It was not what the correspondent submitted for censorship but what he talked about in Fleet Street when he got back that mattered*”, aludiendo a la inveterada costumbre periodística de revisar entre varios el trabajo propio y el de todos los colegas en amplias, abiertas, largas y abundantemente regadas con alcohol conversaciones de barra de bar, de pub en este caso.

Este aserto se pudo oír, según Battle Lines, el 24 de abril de 1944, sólo seis días después de que el jefe del Estado Mayor de Eisenhower, el teniente general Walter Bedell Smith, dictara las normas bajo las que los 461 corresponsales acreditados que se desplazarían con las tropas inminentemente invasoras del Continente deberían trabajar. Normas que, a pesar de ese clima de mutua confianza y respeto por la misión que a cada estamento

²⁹ National Archives of the U.S.A., Record Group 331, Records of Allied Operational and Occupational Headquarters, World War II, SHAEF, Secretary General of Staff (SGS), Decimal File 000.74

correspondía, estaban en la línea de la más estricta censura militar dondequiera que antes se hubiera implantado.

Smith dividió sus normas en dos partes. Una la relativa a la información que no sería facilitada ni siquiera bajo demanda, es decir, cuya transmisión no sería autorizada por los censores militares sobre el terreno³⁰:

- *Reports likely to supply military information to the enemy to the detriment of the Allied war effort.*
- *Unauthenticated, inaccurate or false reports, misleading statements and rumors.*
- *Reports likely to injure the morale of the Allied Forces.*

Como se puede observar, el albedrío, libre o no, de los censores militares sería decisivo para autorizar la transmisión de una información o no dada la generalidad de los tres principios básicos enunciados por Smith. Pero hubo más. Todo un elenco de doce normas básicas fueron facilitadas a los corresponsales sobre lo que sería considerado material “censurable”³¹:

“The following is a selection of some of the more obvious things which the enemy intelligence always wants to know:

- I. What our plans and intentions are.*
- II. How strong our forces are, and of what formation and units they are composed.*
- III. Where our forces are.*
- IV. What ports, bases and airfield we are using.*
- V. Where our supply dumps are, the extent of our supplies and what they comprise.*
- VI. Any new equipment or weapons we may have.*
- VII. Details of any new tactics we use, and of new tactical uses of existing weapons.*
- VIII. What effect his attacks, gunfire, bombing have had on us and whether he has accomplished his purpose (e.g., hit the target in an air attack).*
- IX. What our casualties are, either in number or by percentage.*
- X. What the state of our intelligence information is.*
- XI. Any information about the use of radar and radio.*

³⁰ National Archives of the U.S.A., Records of Allied Operational and Occupational Headquarters, World War II, SHAEF, Secretary General of Staff (SGS), Decimal File 000.73

³¹ National Archives, Notes for war correspondents accredited to SHAEF, SHAEF, SGS, Decimal File 000.73

XII. Any information about our codes and cyphers.”

Estas normas militares de aplicación para civiles militarizados, pues ése era el status bajo el que los corresponsales se desplazaban al frente francés junto con las tropas invasoras, venían ya complementándose con otras no menos estrictas, si cabe, que eran las recomendaciones distribuidas a los propios soldados sobre cómo escribir a sus familias.

El éxito de la movilización general para ganar la guerra —consecuencia directa de la gran popularidad de la causa y de la simbiosis prácticamente total entre el establishment político-militar y la población civil al respecto— motivó que los mandos militares estadounidenses pronto se dieran cuenta de que tenían que manejar una gran masa de soldados no habituados o sin entrenamiento específico sobre cuestiones de seguridad militar.

Al tiempo, la TOC de Byron Price y la TOWI de Elmer Davis animaban a las familias de que, al margen de otras cosas, contribuyeran a mantener la moral de los soldados en los frentes escribiéndoles a menudo. Lo que provocaba respuestas casi tan numerosas. Esto producía un problema de volumen de trabajo para los censores, los varios miles de funcionarios que controlaban el correo y todo tipo de comunicaciones en el territorio de Estados Unidos.

Pero también para los censores militares que no sólo tenían que controlar el trabajo de los periodistas —cosa por otro lado relativamente sencilla dado su número—, sino también habían de leer y censurar la correspondencia privada de cientos de miles de soldados voluntarios sin la menor idea de los condicionamientos de la seguridad militar.

Por eso, bajo el expresivo título de “*Loose Lips Might Sink Ships*” (las indiscreciones pueden hundir barcos), que adquirió notoriedad también como eslogan, cada soldado recibía un prospecto o panfleto sobre las normas para escribir a su familiar, con el objetivo obvio de facilitar el trabajo de los censores, que básicamente establecían *diez temas prohibidos*:

- (1) *Don't write military information of Army units —their location, strength, material, or equipment.*
- (2) *Don't write of military installations.*
- (3) *Don't write of transportation facilities.*
- (4) *Don't write of convoys, their routes, ports (including ports of embarkation and disembarkation), time en route, naval protection, or war incidents occurring en route.*
- (5) *Don't disclose movements of ships, naval or merchant, troops, or aircraft.*

- (6) *Don't mention plans and forecasts or orders for future operations, whether known or just your guess.*
- (7) *Don't write about the effect of enemy operations.*
- (8) *Don't tell of any casualty until released by proper authority (The Adjutant General) and then only by using the full name of the casualty.*
- (9) *Don't attempt to formulate or use a code system, cipher, or shorthand, or any other means to conceal the true meaning of your letter. Violations of this regulation will result in sever punishment.*
- (10) *Don't give your location in any way except as authorized by proper authority. Be sure nothing you write about discloses a more specific location than the one authorized.*³²

Es de notar y resaltar la especial llamada de atención y amenaza subsiguiente de castigo severo en el punto nueve, relativo a intentos de evadir la censura militar mediante el uso de códigos propios de comunicación de cualquier tipo.

Estas normas destinadas a los millones de soldados movilizados fueron decididas apenas se produjo la entrada de Estados Unidos en guerra, a consecuencia del bombardeo de Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941), por lo que muchos de sus destinatarios, especialmente en los frentes que se abrirían más tarde en Europa y Norte de África, se vieron sometidos a ellos desde el mismo momento de su emisión y bien antes, en la inmensa mayoría de los casos, de entrar en combate.

Especialmente las sufrieron los soldados estadounidenses desplazados inmediatamente a territorio del Reino Unido, que, como ya hemos dicho, fue durante muchos meses el auténtico frente de batalla con las tropas alemanas tras la retirada de los aliados del Continente cuyo último episodio por la famosa Retirada de Dunquerque.

El que fue, según algunos estudiosos (como Swweeney, Knightley y otros) el mayor desastre militar de la Segunda Guerra Mundial —dejando aparte, claro está, Pearl Harbor—, la Retirada de Dunquerque, fue ocultado durante meses a la opinión pública británica, especialmente, por los censores del Ministerio de Guerra del Gobierno de Winston Churchill. De hecho, lo que verdaderamente pasó en ese puerto francés no fue puesto negro sobre blanco hasta 1961, cuando Richard Collier publicó los resultados de sus investigaciones³³.

³² Loose Lips Sink Ships, EyeWitness – history through the eyes of those who lived it, www.ibiscom.com 1997

³³ Collier, Richard. The Sand of Dunkirk. Fontana/Collins. London. 1961.

La extrema dureza y celo de los censores británicos, motivada en buena parte por el hecho de tener a todo un país como primera línea del frente de batalla, contrastó con algún “descuido” que se pudo registrar por parte de los estadounidenses. Llama la atención poderosamente que, en la Orden 8985 por la que se creaba TOC de Byron Price se obviaba una referencia concreta al medio que se reveló más impactante y de mayor capacidad de transmisión de sensaciones: —a falta de la generalización de la televisión— la imagen, es decir, la fotografía.

En efecto, la 8985, a los efectos que nos interesan aquí, daba a TOC capacidad para censurar “... *in his absolute discretion, communications by mail, cable, radio or other means of transmission passing between the United States and any foreign country...*”³⁴.

La fotografía había alcanzado su desarrollo tecnológico como “medio nuevo” de verdadera comunicación de masas en la época inmediatamente anterior al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Su poder de impacto, su capacidad de comunicación de emociones y sentimientos no pasaron en absoluto desapercibidos al establishment político-militar y, por tanto, a los censores. Esas características la convirtieron en objeto prioritario de control y también, dado el convencimiento colectivo estadounidense de la necesidad y la justeza de la guerra contra los regímenes nazi, fascista e imperial, produjeron una simbiosis perfecta y hasta entonces desconocida y desde entonces irrepetible entre militares, censores e informadores —fotógrafos, en este caso—.

Pero la Orden 8985, que daba amplísimo poderes censores, olvidaba referirse al medio que se reveló más impactante: la imagen fotográfica. Y ese medio sería aún más influyente con el devenir del tiempo, tras la invención y popularización de la televisión.

No obstante, el *cierre del círculo* era tan hermético, la simbiosis —en los frentes con los corresponsales y en la retaguardia con los medios— había quedado, por las razones anteriormente citadas, tan establecida que ni siquiera el poder de la imagen fotográfica transgredió las normas establecidas, como queda suficientemente explicado por Mendelson y Smith en su trabajo monográfico al respecto publicado en *American Journalism*, con un muy significativo título³⁵: “Part of the Team: LIFE photographers and Their Symbiotic Relationship with the Military during World War II”.

³⁴ The Donnelly Collection of Presidential Executive Orders, The Conservative Caucus. Ob. cit. 2003

³⁵ Mendelson, Andrew and Smith, Zoe C. Part of the Team: LIFE photographers and Their Symbiotic Relationship with the Military during World War II, *American Journalism*, 12/3, Baltimore, Maryland, 1995

V

**la televisión provoca la ruptura: de corea a
vietnam**

It is often the most successful images that become the most dangerous. The image becomes institutionalized in the ceremonial and coercive institutions of society. It acquires thereby a spurious stability. As the world moves on, the image does not.

Kenneth Boulding
The Image: Knowledge in Life and Society. Ann Arbor: University of Michigan Press
1956

V. La televisión provoca la ruptura: de Corea a Vietnam

La entrada en escena de la televisión cambió no sólo la actitud de los censores haciéndola más rígida: se hizo evidente que el impacto de las imágenes de televisión era mucho mayor que el de cualquier otro medio conocido hasta el momento, pues el público las tenía disponibles en su casa, casi sin intermediarios.

Pero también ese “peligro de la imagen” coincidió, en cuanto a los conflictos internacionales librados militarmente por Estados Unidos se refiere, con que la percepción de la opinión pública cambió. Las dos grandes Guerras habían terminado siendo populares, a pesar de que, por ejemplo Franklin Delano Roosevelt ganó las elecciones de 1941 con el slogan de *“He kept us out of war”*.

Corea y Vietnam se convirtieron en impopulares, aunque por razones diferentes y sobre todo el segundo, como conflictos militares, a los ojos del americano medio. La actitud misma de los medios y los periodistas ante la censura cambió. En la Primera y en la Segunda, ambos colaboraron con el poder político-militar: se trataba de salvar a las democracias como la americana cuya supervivencia estaba comprometida por la barbarie totalitaria, como hemos establecido anteriormente.

El cambio de esa tendencia empezó a registrarse ya en Corea y cristalizó en Vietnam, conflicto durante el que la desconfianza y la hostilidad se enseñorearon en las relaciones entre militares y periodistas americanos¹.

Buena parte de “culpa” de esa evolución para mal en las relaciones entre medios y censura la tuvo el desarrollo contrario a los intereses de Estados Unidos de la guerra de Corea, especialmente después de la entrada de China en el conflicto para apoyar al régimen comunista de Corea del Norte. La cooperación mediática inicial se convirtió en abierta hostilidad, a lo que contribuyó sobremanera el hecho de que al frente de las operaciones estaba el general Douglas MacArthur.

Otro factor, igualmente decisivo, fue que mientras que en los dos grandes conflictos mundiales la intervención de Estados Unidos fue para salvar a las democracias liberales amenazadas por regímenes totalitarios o fascistas, tanto en Corea como en Vietnam lo que los soldados de Estados Unidos defendían no era sólo impedir el avance del comunismo, por así decirlo, sino también el mantener a regímenes autoritarios —los de Corea y Vietnam del Sur— y con rasgos a veces tan crueles para su propia población como los habían tenido las dictaduras nazi, fascista e imperial nipona.

¹ Landers, James. University Times, University of Pittsburgh, n° 21, junio 2000

Las cosas ya habían empezado a dificultarse al final de la Segunda Guerra Mundial. Las relaciones de Douglas MacArthur con los medios ya habían sido malas en el frente Pacífico comandado por él durante la Segunda Guerra Mundial. Algunos corresponsales protestaron reiteradamente porque los oficiales de enlace parecían más interesados en conseguir la glorificación mediática de la figura de su comandante en jefe, MacArthur, que en dar información sobre el curso de las operaciones. La historia de ese desencuentro vino a repetirse menos de diez años después en la guerra de Corea.

La ruptura vino también porque los periodistas se olvidaron de la autocensura, que de facto suponía el que la censura fuera voluntaria, como lo había sido en las guerras mundiales, y comenzaron a informar realmente de lo que pasaba en los frentes, con toda su carga de miedo, desesperación, sufrimiento y odio entre los soldados del propio bando, el estadounidense y el de la democracia.

La televisión contribuyó a ello, ganando la batalla competitiva, por razones obvias, con la fotografía, aunque siguiendo el camino trazado por ésta, y las descripciones literarias de la guerra. La televisión había sido inventada por John Logie Baird, en 1926, ocho años después del final de la Primera Guerra Mundial (1914-1917).

Facilitó la llegada de las imágenes a los hogares directamente, pero su desarrollo tecnológico y, consecuentemente, su extensión y popularización tardó en llegar casi otros treinta años y no fue notada aún como medio de comunicación de masas en toda su potencialidad hasta bien después de terminada la Segunda Guerra Mundial e, incluso la de Corea.

En 1953 —el año que terminó la guerra de Corea—, el 40% de los hogares norteamericanos tenían un aparato de televisión, frente al 10% que lo poseía cuando empezó el conflicto en esa Península norasiática, tres años antes, que terminó con la división del país en Norte y Sur tras la intervención de la República Popular China y Estados Unidos —bajo el “paraguas” de Naciones Unidas— en favor de cada uno de los dos bandos nacionales contendientes que se disputaron el poder. **(2. www.pitt.edu/times. University Times. The University of Pittsburgh. 2002.)**

La implicación de la República Popular China en el conflicto fue decisiva para que Estados Unidos recurriera de nuevo a la vieja arma de la censura. Así, en cuanto China entró en guerra en Corea, la censura militar se impuso con total firmeza, lo que dio origen a una serie de estrategias de los medios para intentar evadirla a través de Japón, donde tanto el ejército estadounidense como los medios de comunicación seguían teniendo una fuerte presencia tras la rendición nipona de 1945.

Las relaciones entre los medios y los militares norteamericanos se hicieron casi insostenibles. Especialmente porque el resultado de la guerra de Corea fue poco halagüeño para el esfuerzo militar hecho por Estados Unidos².

Para implantar la censura, los estadounidenses copiaron la medida aplicada por los británicos a principios de la Primera Guerra Mundial, cuando el Reino Unido “cortó” o, más bien, intervino el cable transatlántico de Alemania a Estados Unidos para filtrar toda la información de guerra e impedir que se difundiera la considerada no favorable a los intereses de los ejércitos de la Corona británica, como también vimos anteriormente.

Así, siguiendo ese ejemplo casi cuarenta años después, el Cuerpo de Señales del Ejército de Estados Unidos puso bajo su control la única central telefónica que conectaba Corea con Japón, después de que el general MacArthur ordenara el establecimiento de la censura obligatoria, pero no por razones objetivas de seguridad, sino por su indignación con coberturas periodísticas que él personalmente consideraba negativas.

De esta forma, con el control de las comunicaciones la censura volvió por sus viejos tiempos en los conflictos internacionales de Estados Unidos, olvidando la especie de “luna de miel” vivida entre medios de comunicación y militares americanos durante la campaña europea, especialmente, de la Segunda Guerra Mundial tras el desembarco aliado en Normandía en 1943³.

Entre el final de la guerra en Corea, de la que el Ejército de Estados Unidos no salió como triunfador –al contrario de lo que había pasado en prácticamente todos sus conflictos internacionales anteriores de su corta historia– y la implicación total en Vietnam a mediados de la década de los años sesenta del siglo XX, la televisión creció como medio de comunicación de masas.

El ya citado Landers expresa la evolución de 1950 a 1965 muy concretamente así: “The war in Korea formed a bridge between the military-media relationship of World War II, during which cooperation and a sense of shared purpose reigned, and that of the Vietnam War, during which distrust and hostility developed”⁴.

Ese puente empezó a romperse en 1950 —es decir, desde el principio mismo de la guerra coreana—, debido principalmente a la incapacidad de la administración estadounidense para controlar el flujo de noticias que llegaban desde el conflicto coreano, opina Daniel C.

² Emery, Michael. *On the Front Lines: Following America's Foreign Correspondents Across the Twentieth Century*, American University Press, 1996, p. 232

³ *American Journalism. The Media and World War II*. Vol. 12, nº 3, 1995

⁴ Landers, James. *Ob. cit.*

Hallin⁵, y también a la relación de mutua desconfianza entre el establishment político-militar y la prensa que se había instaurado en la cobertura de los frentes del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

“In Korea, after an ambiguous period when reporters were not subject to censorship but could face court-martial for security breaches or ‘unwarranted criticism’, censorship had been imposed. Censorship restricted, among other things, reports on ‘the effect of enemy fire’ (i.e. casualties) and forbade ‘any derogatory comments’ about U.N. troops and commanders”, especifica Hallin, citando como referentes los libros de James Aronson (*The Press and the Cold War*, Monthly Review Press, New York, 1970) y Phillip Knightley (*The First Casualty*).

Y concreta: *“These rules, combined with restrictions on transportation and communication, meant that from November 1950 on the war was largely reported from MacArthur’s headquarters in Tokyo. The Administration (or, more correctly, MacArthur, whose goals were often very different from those of the administration itself) had thus been able to recentralize control of information”*⁶. A pesar de la frustración de los periodistas ante esa situación en Corea, recogida en las tres obras recién citadas, el informe político-académico *Battle Lines*, aun recogiendo buena parte de los problemas, concluye lo contrario:

*“In terms of military-media relations, the Korean War commenced with a U.S. experiment with ‘voluntary censorship’. This proved unworkable and was followed by a return, at the request of many newsmen, to formal military censorship on the World War II model. Television cameras made their first battlefield appearance but played a minor role in the news flow. In contrast to 1941-45, some newsmen violated the rules (none was punished); some fraternized (after July 1951) with the foe during the truce talks at Panmunjom; and in general, the press, like the politicians back home, was more critical. This period was also the beginning of the changes in communications —notably the use of long-distance telephones— that were later to affect both war coverage and military security. But, on the whole, the relationship worked”*⁷.

En Corea, MacArthur, en principio escarmentado por las malas consecuencias que para su propia imagen personal y militar habían tenido sus malas relaciones con la prensa durante el conflicto anterior (la Segunda Guerra Mundial) optó por dejar manos libres a la prensa en principio y pidiendo que se sometiera a censura voluntaria, aunque, eso sí, advirtiéndola

⁵ Hallin, Daniel C. *The Uncensored War: The Media and Vietnam*, Oxford University Press, New York-Oxford, 1986, p. 38

⁶ Hallin. Ob. cit.

⁷ Braestrup, P. ed. *Battle Lines*, Report of..., Ob. cit. p. 47

seriamente de que cualquier violación de las normas de seguridad —que por otra parte nunca habían sido enunciadas formalmente— supondría un castigo para el informador en cuestión⁸.

Pero como ese mismo informe reconoce, *“the first breaches of security occurred within days of General MacArthur’s request for voluntary censorship. MacArthur’s admonition to newsmen changed nothing. Alarmed by the reports coming out of Korea, members of the Congress, too, called on the press and radio to stop disclosing troop movements in the Far East. But security breaches continued”*⁹.

Es de notar la intervención en el asunto de “miembros del Congreso” por lo que de significativo tiene para lo que será el futuro de las relaciones entre el establishment político-militar y la prensa en siguientes conflictos, y, especialmente y como forma primigenia, en el de Vietnam.

Y es de notar porque, por primera vez de forma explícita, la parte política —civil, en definitiva— de ese establishment y, supuestamente, la mayor garante de las libertades públicas de expresión de la First Amendment de la Constitución estadounidense parece decantarse por subordinar la libertad de información a lo considerado como seguridad nacional en tiempo de guerra.

Esta desconfianza extendida desde el ámbito militar hasta el civil con respecto al papel de los medios de comunicación en un conflicto es la que terminó de aflorar de forma absolutamente radical en Vietnam pocos años después y la que se convirtió en característica principal de ese conflicto a los efectos que nos ocupan: el enfrentamiento, la divergencia total de objetivos entre el establishment político-militar estadounidense y los medios de comunicación —y en especial la televisión— y la opinión pública americana.

La evolución de esas relaciones se produjo a una velocidad vertiginosa en Corea, la misma a la que iba la guerra: *“In the space of five months [de julio a diciembre de 1950], journalists in Korea went from reporting with no censorship, to reporting with voluntary censorship, to reporting with full field censorship. Military commanders justified the progressive restrictions on the basis of operational security, while journalists believed the military sought mainly to protect its public image”*¹⁰.

En noviembre, los soldados del Ejército Popular chino habían entrado en combate junto a sus correligionarios norcoreanos contra las fuerzas estadounidenses y de otras naciones, protegidas por la bandera de las Naciones Unidas, y las anticomunistas de Corea del Sur.

⁸ Braestrup, P. Ob. cit.

⁹ Braestrup, P. Ob. cit. P. 52

¹⁰ Landers. Ob. cit.

La situación militar se volvió muy difícil para los ejércitos nucleados en torno al de Estados Unidos y para las propias fuerzas expedicionarias de estos mismos.

Pocas semanas después, el 20 de diciembre, el Far East Command impuso una férrea y obligatoria censura de prensa, precisando el material susceptible de control con estas palabras del comunicado al efecto del Far East Command (FEC): “*Effective immediately, all press stories, radio broadcast, magazine articles and photography pertaining to military operations*”¹¹.

Nótese que no hubo referencia explícita a las informaciones televisivas, lo que no quiere decir ni que la televisión como tal medio no estuviera presente en el conflicto de Corea — de hecho fue la primera guerra cubierta para televisión —, ni, por supuesto, que quedara excluida de las normas de censura.

La principal razón o pretexto para imponer la censura previa fue la protesta reiterada del establishment político-militar, tanto sobre el terreno en Corea, como en la retaguardia en Japón y en la más lejana capital metropolitana de Washington D. C., sobre el peligro que suponía que el enemigo conociera los movimientos militares de los aliados occidentales con antelación a que realmente se produjeran, como efectivamente ocurrió en los primeros seis meses de guerra.

Aunque ese mismo informe reconoce el motivo real. “*Although press revelations endangered lives, plans, and operations, no serious losses could be directly attributed to them. The changing tide of battle probably had an influence*”¹².

Sin embargo, el recuento que hace Phillip Knightley encuentra una explicación distinta al por qué se estropearon las relaciones. Según su versión, al margen de los precedentes, las relaciones sufrieron definitivamente su empeoramiento cuando los pocos periodistas desplazados con las primeras fuerzas expedicionarias de Estados Unidos a Corea dieron cumplida y fiel cuenta de las primeras derrotas sufridas por éstas.

“*Are you correspondents telling the people back home the truth? Are you telling them that out of one platoon of twenty men, we have three left? Are you telling them that we have nothing to fight with, and that it is an utterly useless war?*”, cuenta Marguerite Higgins, del The New York Herald Tribune, una de las pocas mujeres corresponsales de guerra de la época, que le dijo un teniente¹³.

¹¹ Mossman, B.C. Command and Press Relationships in the Korean Conflict, Office of the Chief of Military History, 1950, p. 3.

¹² Braestrup, P. Ob. cit. p. 53

¹³ Marguerite Higgins. The Report of a Woman Combat Correspondent, Doubleday, New York, 1951, p. 40

Según Knightley, y como es fácil de imaginar, semejantes frases publicadas en periódicos provocaban la ira de las autoridades militares y de los congresistas en Washington¹⁴.

La situación llegó a un grado tal de desconfianza mutua que un corresponsal citado anónimamente por Knightley la describió con la frase *“you-write-what-you-like-and-we’ll-shoot-you-if-we-don’t-like-it”*.

La necesidad de los aliados, de Estados Unidos específicamente, de poner bajo secreto cualquier movimiento o dato militar relacionado con el conflicto se convirtió, por tanto, en primordial para el FEC, como fue reconocido en un informe oficial tres años después¹⁵.

Los propios corresponsales terminaron “pidiendo” a los militares que impusieran la censura obligatoria para evitar equívocos y ahorrarse problemas, según asegura Knightley.

A la confusión sobre las normas, añadida a la propia de una situación inicial de derrota militar, se sumó el que la de Corea fue la primera guerra vista en televisión. Y aunque se mantuvo siempre bajo el control de la censura, salvo los momentos iniciales citados, terminó siguiendo también voluntariamente los mismos parámetros que las imágenes estáticas de la Segunda Guerra Mundial —no se mostraban las bajas propias, por ejemplo—. Quizá por ello la cobertura televisiva no tuvo un efecto específicamente negativo sobre la opinión pública estadounidense, a diferencia de lo que ocurriría en Vietnam.

Pero sí es innegable que la imposición de esa férrea censura militar, sin los revestimientos bienpensantes de “voluntariedad”, ni del “objetivo compartido”, ni de la “luchar por una causa común” —la democracia— que había tenido en las dos guerras mundiales, abrió una brecha entre los medios de comunicación y el establishment político-militar que llegaría a su máxima expresión en Vietnam.

Ni qué decir tiene que al resultado final descrito en las relaciones entre los representantes de los medios de comunicación y los militares estadounidenses en Vietnam contribuyó enormemente la televisión y su impacto sobre el público. Paralelamente a su avance técnico se desarrollaron las grandes cadenas televisivas norteamericanas, junto a la BBC británica, la única que les pudo ofrecer una cierta competencia.

Vietnam fue el reino de las llamadas “Tres Marías”: la Columbia Broadcasting System (CBS), la American Broadcasting Corporation (ABC) y la National Broadcasting Corporation (NBC). La competencia entre ellas fue brutal.

¹⁴ Knightley. Ob. cit. p. 367

¹⁵ Von Voigtlander, Karl A. The War for Words, Army Information Digest, 8, 1953, pp. 54-59

La imagen, gracias a los fotógrafos que tuvieron sus primeras experiencias en la Guerra Civil española (1936-1939) y luego desarrollaron toda la fuerza de las imágenes captadas in situ durante la Segunda Guerra Mundial, ya había demostrado su potencial comunicador.

El perfeccionamiento y popularización de la televisión vino a multiplicar ese potencial. Pero, además, la invención del radio receptor transistorizado (inventado por William Shockley, John Bardeen y Walter Brattain, en 1948) tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial dio el impulso definitivo al uso de la radio como medio de comunicación internacional y muy difícil de interrumpir o distorsionar permanentemente.

Algún periodista español especializado en temas internacionales, como Manuel Leguineche, ha escrito ya a finales del siglo XX en diversos artículos de periódicos y revistas que en el Tercer Mundo las guerras se hacen con transistor. Se refiere a los soldados que usan el transistor como aparato permanente de unión con el mundo exterior, ajeno a la guerra en la que combaten y sufren.

El transistor terminó por dar carácter de gran medio de comunicación de masas a la radio, que ya había subido a su estatus comunicador más alto gracias al papel de la British Broadcasting Corporation (BBC) durante la Segunda Guerra Mundial, seguida inmediatamente por The Voice of America, de tintes más propagandísticos.

La televisión, y su popularización supuso un gran vuelco informativo. A diferencia de la radio, comenzó a perfilarse como la competencia más dura y difícil de superar para los medios escritos y, al tiempo, como el modo más directo y real de contar lo que estaba sucediendo: llevó las atrocidades de Vietnam y las versiones que los portavoces militares daban sobre ellas en los briefings de Saigón hasta los comedores y salas de estar de todo el mundo y especialmente de Estados Unidos.

Ante tamaño empuje, el establishment político-militar estadounidense, escarmentado de la experiencia coreana, intentó hacer girar la rueda a su favor y comenzó una política nueva hacia los medios en el conflicto de Vietnam, forzado por la circunstancias.

Las características de la guerra misma y las nuevas tecnologías prácticamente dejaron obsoleto cualquier tipo de censura conocida hasta ese momento. Como resultado, la guerra en toda su crudeza llegaba libremente a los periódicos, al público de todo tipo a través de la televisión. Los muertos caían encima de la mesa del comedor a través de los periódicos o en la sala de estar por medio de la televisión todos los días y a todas horas: fue el “*efecto Vietnam*”.

Los medios de comunicación estadounidenses adquirieron conciencia de su propio protagonismo y, en cierto modo, aprendieron también a pensar por sí mismos sobre la

conveniencia de la guerra, al igual que lo iba haciendo la opinión pública estadounidense a la vista de que lo que le llegaba hasta sus hogares era prácticamente toda la información sobre el conflicto visto desde el lado estadounidense y del de Vietnam del Sur.

En la percepción del público estadounidense empezó a influir el hecho de que, si bien el enemigo de esta ocasión era otra forma del llamado totalitarismo —el comunismo norvietnamita con intensos tintes nacionalistas—, el bando en el que luchaban los *GI's* no era precisamente el de la democracia, sino el de otro totalitarismo también nacionalista y equiparaba, salvando las distancias, a los totalitarismos nazi y fascista contra los que se había luchado, y vencido, en la Segunda Guerra Mundial.

Algo o el inicio de este fenómeno había empezado a ser percibido así en la anterior guerra de Corea. Pero fue en Vietnam donde hizo eclosión.

Paralelamente, la accesibilidad a los frentes, por contraposición a la censura, se convirtió en la seña distintiva de Vietnam. Las diferencias entre lo que los periodistas veían sobre el terreno y las versiones que luego les facilitaban los portavoces militares en la retaguardia de Saigón crearon una brecha que se fue ensanchando progresivamente entre los altos oficiales y los periodistas.

Gracias a la ausencia de censura, o más bien a la facilidad con la que era burlada desde todos los puntos de vista, los relatos periodísticos tendieron a sacar a la luz y desenmascarar la propaganda incierta con la que los portavoces militares intentaron en todo momento ocultar la creciente implicación estadounidense en el conflicto y los desastrosos resultados¹⁶.

Naturalmente, los generales no lo vieron así. “*Vietnam was the first war ever fought with no censorship whatsoever. Without censorship things can get terribly confused in people's minds*”, opinaba el general William Childs Westmoreland¹⁷, sobre el sentimiento anti-guerra o decididamente pacifista suscitado en Estados Unidos durante la guerra en Vietnam, en una de sus muchas memoraciones del conflicto en el sudeste asiático, en el que él personalmente tuvo un papel esencial durante casi cinco años.

Si en Corea el protagonismo de las relaciones prensa-militares descansó en el comandante en jefe estadounidense, otro tanto ocurrió en Vietnam. El general Westmoreland, jefe máximo de las fuerzas estadounidenses en Vietnam de 1964 a 1968 recordaba años después su experiencia al respecto.

¹⁶ Prochnau, William. *Once upon a Distant War*, Times Books, 1996

¹⁷ Time magazine, 5, abril, 1982

[Vietnam] *“It’s the first war that we’ve ever fought on the television screen and it was the first war that our country ever fought where the media had full reign, [where] they had no restraint. We provided no restraint over the media. I mean, that was a policy by the president, and enemy exploited it. It was something that plagued me from the very beginning”*¹⁸.

Pero hubo una tercera causa, en nuestra opinión, para que los medios tuvieran esa falta de restricción de que hablaba Westmoreland y dispusiera de completo dominio: la total accesibilidad, como reacción a la ausencia total de ella habida en Corea.

Las condiciones en que los corresponsales trabajaron en la llamada guerra de las Naciones Unidas por el control de la península norasiática fueron espectacularmente penosas.

*“For, as well as having censorship problems, the correspondents were at the mercy of the army for communications, transportation, and housing, and in Korea all these were so poor that Hal Boyle, the Associated Press columnist, wrote, ‘Never since and including the Civil War have correspondents had so few of the facilities vital to their trade’. Press headquarters at Taejon was in a dingy rat-infested government building. The correspondents had one large room in which to sleep, eat, write, and fight. There was one military telephone line to Tokyo, into which each correspondent shouted his story for his rationed period of a few minutes between midnight and 4:00 A.M. There was no secrecy, there were no exclusives —because everyone could hear what everyone else dictated— and there was no other way to get a story out, short of flying with it to Japan”*¹⁹.

La situación era tan desesperada que alguno de esos corresponsales, Rutherford Poats, de la agencia United Press, recurrió al viejo método del que se sirvió Julius Reuter a finales del siglo XIX para cubrir el hueco del ferrocarril entre París y Bruselas y hacer fluir así sus noticias económicas desde París hasta Berlín y viceversa: palomas mensajeras, recuerda Knightley, cuyo uso abandonó Poats cuando constató que la primera que envió tardó once días en llegar a Japón desde Corea.

La propia Higgins escribió: *“Colonel Pat Echols, MacArthur’s press chief, apparently regarded the press as natural enemies. He couldn’t get rid of us completely, but he could make our reporting life very difficult”*²⁰. Así que Knightley tiene elementos suficientes para extraer la conclusión, acertada desde nuestro punto de vista de que *“Clearly, with the*

¹⁸ Westmoreland, William C. Entrevista en la serie Cold War, de la cadena de televisión CNN, 1996

¹⁹ Knightley, Phillip. Ob. cit. pp. 367-368

²⁰ Higgins, Marguerite. Ob. cit.

war going badly for the allies, the military felt that the fewer correspondents around, the better”.

Frente a esta situación de férrea censura militar, carencia de medios materiales e impedimentos casi absolutos a la accesibilidad tanto a los frentes como a las fuentes y a la información directa, la guerra de Vietnam, desde el punto de vista que nos ocupa, fue un vuelco total.

Quizá una de las pocas cosas que se mantuvo sin alteración desde los estadios finales de la guerra de Corea fue la ruptura de la confianza mutua con la que los medios de comunicación estadounidenses y el establishment político-militar se habían tratado hasta diciembre de 1950, cuando comenzó esa ruptura por todos los problemas recién revisados y algunos otros que a continuación analizaremos.

Así que en el sudeste asiático, en Vietnam, pocos años más tarde del final del conflicto coreano, muchas cosas cambiaron. Para empezar, desde el punto de vista de los informadores se registraron dos variaciones notabilísimas. Una fue relativa a las condiciones materiales en las que desarrollaron su trabajo. La otra, a la accesibilidad al origen, al foco de la información, a los hechos. Ambas circunstancias fueron determinantes para caracterizar específicamente el conflicto de Vietnam, como veremos.

Para continuar, cambió también la preeminencia interna en el campo de los medio informativos: la televisión pasó a ser el medio estrella, el medio por excelencia, al extenderse y popularizarse su uso gracias a los avances tecnológicos.

En cuanto a las condiciones materiales, ha quedado suficientemente constatado a través de retazos en obras escritas y filmadas sobre la guerra de Vietnam el extremadamente disoluto ambiente que reinó en Saigón, base cercana a los frentes de prácticamente todas las organizaciones mediáticas que cubrieron la guerra.

La retaguardia de Saigón fue un armónico caos, mil veces descrito por los cientos de corresponsales que por allí pasaron, en el que la supervivencia era algo garantizado o no, “Un esquema de vida que era más o menos éste: aeropuerto de Tan Son —jeep, avión o helicóptero a las bases, una descubierta con los soldados, sudor y algunas lágrimas, hileras de muertos en sacos de plástico, centro de Prensa, mecheros Zippo, dedo pulgar alzado, vomitonas producto del miedo, Jimmy Hendrix, olor a pan francés, el Dragon Bar o el Mimmy’s, una canción American Woman, un burdel La casa de los Mil Espejos, ducha, cerveza Budweisser bien fría. Después, cháchara que sigue a una partida de caza. ‘No tuvimos infancias felices, pero tuvimos Vietnam’, decía un fotógrafo amigo nuestro que era muy cínico”²¹.

²¹ Leguineche, Manuel. La guerra de todos nosotros, Plaza & Janés Editores, Octubre 1985, pp. 11-12

La accesibilidad llegó a extremos esperpénticos, si la vemos desde la perspectiva posterior a la Segunda Guerra del Golfo (1991) y a la invasión y destrucción de Irak (2003). Leguineche relata en su libro la desaparición del fotógrafo de guerra Sean Flinn, hijo del actor Errol Flynn, cuando intentaba cubrir viajando en motocicleta las entradas esporádicas de los soldados estadounidenses en territorio de Laos y Camboya para desde allí atacar envoltivamente las bases de la guerrilla comunista del Vietcong y el territorio de Vietnam del Norte

[Cabe precisar que, en adelante, se hablará de la Segunda Guerra del Golfo llamando así a la desencadenada contra Irak en marzo de 1991 a causa de su invasión y ocupación de Kuwait en 1990, entendiéndose por Primera Guerra del Golfo la que durante ocho años — 1980-1988— libraron Irak e Irán. La denominación de Guerra del Golfo a la de 1991 se debe específicamente a los medios de comunicación estadounidenses y, más especialmente, a la emisora de televisión Cable News Network (CNN) que alcanzó el liderazgo mundial de audiencias iniciando sus informativos casi continuos con los “*slugs*” War in the Gulf y The Gulf War].

La cita sobre el conflicto del libro de Manuel Leguineche —uno de los relativamente pocos corresponsales españoles allí presentes— es suficientemente reveladora del ambiente. A ella el propio autor añade en posteriores páginas otros elementos: LSD, marihuana, taxis Renault 4-4, absoluta libertad de movimientos, descansos en hoteles de lujo o de casi lujo, dependiendo de las posibilidades de cada corresponsal y de su medio, pero con la posibilidad de hospedarse, por ejemplo, en el Hotel Continental inmortalizado por Graham Greene en *El Americano Impasible*, visitas de las esposas, novias o amigos y, cuando no, llamadas telefónicas de larga distancia sin otra dificultad que la de pagar su coste, etcétera.

Era como la trastienda del infierno, pero, en cualquier caso, las condiciones materiales de vida cambiaron radicalmente con respecto a las descritas más arriba que se dieron en la guerra de Corea. Para los medios de comunicación era una situación que no se había dado antes —en lo que se refiere a la comodidad material de sus corresponsales—, ni se volvería a dar después, aunque esto no lo supieran ni les preocupara entonces.

La accesibilidad a los lugares donde se podían producir combates, acompañando a las patrullas de soldados estadounidenses fue también notable. Como describía sucintamente Leguineche, las visitas a los frentes, aunque éstos no fueron fijos ni establecidos durante la mayor parte de la guerra al ser ésta de guerrillas, fundamentalmente, eran moneda corriente.

Además, de vuelta en Saigón, los en algunos momentos cientos de corresponsales occidentales tenían a su disposición una informal conferencia de prensa — o *briefing*, en el

argot periodístico anglosajón— todas las tardes a las cinco en punto —hora torera española, tiempo del té anglosajón— para conocer la versión de cómo iban las cosas desde el punto de vista estadounidense.

Sin embargo y a pesar de todas esas facilidades, *“No U.S. conflict since the Civil War was to stir so much hostility among the military toward the media as the drawn-out conflict in Vietnam”*, constata Peter Braestrup²².

Entre el final de la guerra en Corea, de la que el Ejército de Estados Unidos no salió como triunfador —al contrario de lo que había pasado en prácticamente todos sus conflictos internacionales anteriores de su corta historia— y la implicación total en Vietnam a mediados de la década de los años sesenta del siglo XX, la televisión creció como medio de comunicación de masas.

En su análisis inicial de la guerra de Vietnam, Braestrup establece otras dos premisas. La primera, *“Indeed, some commentators (and generals) were retrospectively to conclude that the war was lost on America’s television screens and in the newspapers, not on the battlefield”*, citando las impresiones u opiniones de Robert Elegant²³.

La segunda: *“Spokesmen for network television came to argue that journalists, especially television journalists, had brought the war home to the people, and that critics were simply blaming the messenger for bearing bad tidings, for communicating unpleasant truths”*, percepción que atribuye, entre otros autores, a Small²⁴ y que se refiere de lleno a la escenificación de la Guerra, a través de las pantallas televisivas, en cada cocina y sala de estar de prácticamente cada hogar estadounidense.

Sobre la primera premisa de Braestrup publicada en 1985 en *Battle Lines*, como queda reseñado, hay que destacar que fue compartida sin ambages por el propio general William Childs Westmoreland en un detallado análisis que, en forma de entrevista, hizo de la guerra de Vietnam para la serie *Cold War* de la Cable News Network (CNN) en junio de 1996.

“We were winning on the battlefield, but whether we were winning strategically is another matter. (...) We were succeeding, I mean, when you looked at specifics, this became a war of attrition, [and] we were winning the war of attrition”.

²² Braestrup, P. Ob. cit. p. 61

²³ Elegant, Robert. *How to Lose a War*, Encounter, August 1981

²⁴ Small, William. *To Kill a Messenger*, Hastings House, New York, 1979

Pero hubo un problema, según el análisis del general y que expone inmediatamente a continuación: *“The price that the enemy was prone to pay greatly exceeded our expectations”*²⁵.

Por tanto, desde la perspectiva del establishment político-militar estadounidense, la impresión, la información, los datos que los medios de comunicación en general y que la televisión en particular suministraban al público no se ajustaban a la realidad de una guerra que, al menos en las escasas grandes batallas que en ella hubo —incluyendo la llamada Ofensiva del Tet, lanzada por Vietnam del Norte el 30 de enero de 1968 coincidiendo con el primer día del año lunar, la mayor fiesta religiosa vietnamita, el Tet— fue ampliamente ganada por los ejércitos de Washington.

La clave, desde el punto de vista estrictamente militar, del fracaso estadounidense está en la segunda parte de la cita de Westmoreland: *“The price the enemy was prone to pay greatly exceeded our expectations”*, insistimos.

Porque, a diferencia de la población o de la opinión pública norvietnamita, la estadounidense no estaba ni mucho menos dispuesta a pagar un “precio” similar, traducible en vidas humanas, heridos, gastos militares, atrocidades propias de la guerra etcétera, en una Guerra —recordemos— que, a diferencia de los conflictos anteriores, había perdido su gran significación de lucha por salvar la democracia en el mundo frente a los totalitarismos debido a las especiales características, es decir, el totalitarismo, del régimen survietnamita al que se ayudaba.

En efecto, Westmoreland tenía razón. En la Ofensiva del Tet, con grandes frentes abiertos en Khe Sanh y en Hue, además de ataques en más de 60 ciudades vietnamitas, el Ejército de Vietnam del Norte (NVA, en sus siglas en inglés) y el llamado Vietcong o Ejército de Liberación Nacional (NLF, en sus siglas en inglés) del Sur tuvieron unos 35.000 hombres muertos, 60.000 heridos y unos 6.500 prisioneros de guerra, mientras que los muertos estadounidenses fueron unos 1.100 y los del Ejército del Vietnam del Sur unos 2.800, según los cálculos establecidos inmediatamente después de la ofensiva por los propios estadounidenses y que fueron generalmente admitidos como próximos a la realidad.

Y si la opinión pública estadounidense rechazó pagar ese precio, aun con la gran diferencia con respecto al “pagado” por los enemigos comunistas vietnamitas, fue decididamente debido a que los trabajos de los medios de comunicación le llevaban lo peor de la guerra hasta sus cocinas y salas de estar a través de periódicos y receptores de televisión y radio, como dijimos anteriormente.

²⁵ Westmoreland, Williams Childs. Entrevistado en Cold War, CNN Perspectives Series, Episode 11: Vietnam, June 1996

Ahora bien, al margen del resultado de la Ofensiva del Tet, ¿cómo fue posible que trascendiera fuera de los campos de batalla, de los patrullajes, de los ataques de los helicópteros o de los bombardeos con napalm precisamente lo que el mando militar estadounidense nunca hubiera querido que fuera conocido?

Westmoreland tiene respuesta para ello: *“Well, this is the first war that we’ve ever fought on the television screen and it was the first war that our country ever fought where the media had full reign, [where] they have no restraint. We provided no restraint over the media”*²⁶.

Daniel C. Hallin concuerda con Westmoreland: *“The media had extraordinary freedom to report the war in Vietnam without direct government control: it was the first war in which reporters were routinely accredited to accompany military forces yet not subject to military censorship, and it was a war in which the journalists clearly did not think of themselves simply as ‘soldiers of the typewriter’ whose mission was to serve the war effort”*²⁷.

Braestrup, en *Battle Lines*, corrobora ambas apreciaciones anteriores: *“Yet, ironically, in no previous American war was the press so well treated. General Westmoreland provided at least his rear-echelon troops (the majority of the 500.000 men under his command) with an extraordinary array of stateside amenities (including base-camp swimming pools, televised baseball games, cold beer, hot showers, and post exchanges filled with stereo sets), perhaps as compensation for the lack of a ‘win-the-war’ strategy. Newsmen had access to all the amenities enjoyed by rear-echelon military officers. In addition, the U.S. Mission in Saigon provided ‘dedicated’ spaces on in-country air transport and major press camps in each of South Vietnam’s three outlying military regions, with telephone communications and daily flights to Saigon”*²⁸.

Y muchos periodistas se mostraron agradecidos o, al menos, reconocieron ese buen trato en sus escritos posteriores sobre el conflicto. *“For journalists, the physical facilities here, especially transportation, are the best I have ever seen, and the military press officers, the best trained. The normal, the inevitable, and necessary tensions exist between press and military, but the mutual trust here is certainly higher than it is inside the Pentagon”*, relato de Eric Sevareid, corresponsal de CBS, citado por Arthur Sylvester, assistant

²⁶ Westmoreland, W. C. Ob. cit. CNN, 1996

²⁷ Hallin Daniel C. Ob. cit. P. 6

²⁸ Braestrup, P. Ob cit. P. 65

secretary of Defense for Public Affairs, ante la Comisión del Senado de Relaciones Exteriores, en agosto de 1966²⁹.

Esa optimista visión de Severeid, sin embargo, no se correspondía, en cuanto a las tensiones desarrolladas entre informadores y el establishment político-militar, exactamente con la percepción de la mayoría de sus colegas en Saigón, ni en Washington, como más adelante veremos.

Volviendo a la cita anterior de Westmoreland, el comandante de las fuerzas estadounidenses en Vietnam de 1964 a 1968, éste muestra claramente a continuación de lo ya transcrito su pensamiento sobre la ausencia de restricciones a la prensa: “*I mean that was a policy by the president [no aclara si de John Fitzgerald Kennedy, su sucesor Lyndon Baynes Johnson, o ambos], and the enemy exploited it. It was something that plagued me from the very beginning*”.

Sin embargo, aquí parece haber un error de apreciación por parte del general Westmoreland. Al margen del malestar que esa política de “*No Restraint*” pudiera causarle, lo cierto es que era prácticamente imposible aplicar una política diferente en lo que a la manera de facilitar o no el trabajo de los medios se refiere, es decir, no era posible ejercer la censura de prensa de una manera clara y directa y, por tanto, estrictamente legal.

En un principio, con Westmoreland al mando, hubo un intento, en julio de 1965, de mantener a los periodistas bajo control con la publicación en Saigón de una “líneas de actuación” o normas que prohibían a los informadores especificar al detalle las bajas y las unidades donde se producían, o los movimientos de tropas y despliegues o la identificación de las unidades participantes en los combates, fotografías o entrevistas con heridos o identificación de muertos en combate, entre otras cosas.

Pero estas directrices plantearon dos problemas fundamentales, porque se basaban en apreciaciones problemáticas. El primero fue que la prohibición era efectiva hasta que los datos pertinentes fueran oficialmente emitidos por los portavoces militares estadounidenses en Saigón o en cualquier otro lugar de Vietnam del Sur.

Con las facilidades de movimiento, acceso a los irregulares frentes, contacto directo y prácticamente continuo con oficiales y soldados sin restricciones, resultó rápidamente obvio que los informadores no iban a esperar horas o días a que la información oficial de retaguardia les fuera suministrada para enviar sus artículos, reportajes, filmaciones, fotografías etcétera, máxime cuando estaban sometidos a la tremenda competitividad propia de un escenario noticioso lleno de representantes de medios que luchan por aumentar su audiencia y sus consecuentes beneficios publicitarios.

²⁹ Braestrup, P. Ob, cit. P. 66-67

Como Barry Zorthian, portavoz de la U.S. Mission (organismo coordinador de la ayuda americana a Vietnam del Sur) en Saigón, destacó a Benjamin Harrison, “*in the four years (1964-68) that I was in Vietnam with some 2.000 correspondents accredited we had only four of five cases of security violations of tactical military information. (...) There were only once or twice that [ground rules] were deliberately challenged, and the correspondent’s credentials were immediately lifted*”³⁰.

El segundo problema en relación con la opinión de Westmoreland fue la imposibilidad legal de imponer una censura formal como la realizada durante los conflictos anteriores, como el de Corea y las dos Guerras Mundiales.

De hecho, el Departamento (ministerio) de Defensa estadounidense solicitó en 1965 el establecimiento de una forma de censura similar a la que operó durante la Segunda Guerra Mundial, como señala Braestrup³¹.

Pero la imposición de la censura de guerra fue descartada por varias razones, algunas de las cuales son relevantes al objeto de este estudio:

“(1) *It was impractical, given the freedom of reporters in Saigon to travel to Hong Kong or elsewhere to file stories free of censorship;*

(2) *There was no censorship in the United States and could not be without a declaration of war;*

(3) *The South Vietnamese, hosts to the American forces, would have to have a hand in censorship, and they had already set some unpopular precedents with their own press;*

(4) *It was impossible to censor television film for lack of technical facilities; and*

(5) *It was difficult to suddenly impose censorship during a war which had long been covered without it*”³².

En ese párrafo quedaron reflejados magistral y ajustadamente los problemas con que el establishment político-militar se enfrentaba en relación con la cobertura informativa de la guerra de Vietnam, en la que ya en 1965 Estados Unidos estaba implicado totalmente al tiempo que desde el Pentágono se empezaba a ver que el conflicto escapaba cada vez más de todo control efectivo.

La ausencia de declaración formal de guerra, puesto que los soldados estaban en Vietnam del Sur como consejeros militares impedía aplicar las restricciones, derivadas en censura,

³⁰ Harrison, Benjamin. Vietnam: Ten Years Later, Defense Information School, Indiana 1984, p. 52

³¹ Braestrup, P. Ob. cit. P. 66

³² Harrison, Benjamin. Ob. cit. Pp. 65-66

establecidas a la First Amendment de la Constitución por The Espionage Act, de 1917, y Sedition Act, de 1918.

Obvia y consecuentemente tampoco era posible derivar de la aplicación de esas dos cortapisas a la First Amendment las normas de censura militar y civil o los controles y las restricciones a la circulación de información de guerra en la retaguardia que fueron aplicadas tanto en los frentes de batalla como en los estados de la Unión durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

Igualmente, no existía en Vietnam el “paraguas” del mandato de Naciones Unidas que hubo en Corea para frenar la invasión de los ejércitos del régimen comunista del Norte apoyados por los de la República Popular China, ni el aval moral, como queda dicho más arriba, de estar combatiendo a regimenes autoritarios “en defensa de la democracia” por el carácter para-fascista del régimen militar survietnamita.

Estados Unidos estaba, pues, combatiendo junto al régimen de Vietnam del Sur contra un enemigo similar al que afrontó en la Península de Corea una década antes —y apoyado igualmente por las potencias rivales en la Guerra Fría, la URSS y la República Popular China—, pero sin el respaldo oficial de la comunidad internacional de que había gozado Washington en Corea, ni las posibilidades de control de la información que le hubiera suministrado una declaración formal de guerra.

El Gobierno de Washington estaba, por tanto, solo y aislado frente a buena parte de su opinión pública y de la opinión pública internacional. Oposición, también es de recibo señalar, convenientemente azuzada, publicitada e, incluso, financiada, por los países del bloque soviético y por la República Popular China, tal y como correspondía a la época de la Guerra Fría en que se desarrolló el conflicto vietnamita.

A esto habría que añadir el resultado de la irónica situación descrita por Braestrup, que no fue otro que una desconfianza cada vez mayor entre los informadores y los militares estadounidenses en Saigón que, lógicamente, se tradujo en un alejamiento progresivo y un criticismo cada vez mayor de la opinión pública hacia las actuaciones dirigidas por el establishment político-militar en Vietnam.

El origen de la desconfianza venía dado, siguiendo el razonamiento de Braestrup, por la paradójica situación de cualquier informador que viajaba por la mañana, sin restricciones como queda establecido, acompañando a una patrulla y volvía a Saigón por la tarde a escuchar —a las cinco, exactamente— los irreales partes de guerra oficiales explicados por los oficiales de enlace norteamericanos en sus famosos briefings que han pasado a la historia de la información internacional como las “*Five O’Clock Follies*”: las locuras de las cinco en punto, o las insensateces de las cinco en punto.

Hallin describe prolijamente el origen del problema, especialmente en lo que al trabajo informativo de televisión se refiere.

“Eventually, one of the things that may have soured the American public on the war in Vietnam is the fact that it was a war of attrition, without fronts or fixed objectives, and therefore appeared irrational: it was never clear whether any given battle or operation should be considered a victory or defeat, or how it contributed to the achievement of more general strategic objectives. But this was not how the war appeared on television for the first two years. Here the role of the anchor is particularly important. The anchor’s battlefield roundups (...) gave Vietnam the appearance of structure Americans had come to expect from their wars, complete with ‘fronts’ and ‘big victories’ and a sense of driving, goal-directed energy. These roundups were based on the daily press briefing in Saigon (known to reporters as the Five O’Clock Follies), and the claims of victory presented there were taken most of the time at face value”³³.

Porque, como describe Peter Braestrup, las “Locuras de las cinco en punto” eran cualquier cosa menos algo útil para hacer un trabajo informativo en libertad, sin censura, como se hacía en Vietnam, y se parecían, por demás y peligrosamente, a la información oficial suministrada por los portavoces del establishment político-militar en anteriores guerras libradas por Estados Unidos con la aplicación de una férrea censura militar en los frentes, en la retaguardia y en el interior del propio país:

“Most print reporters did not take the daily official communiqué-cum-briefings in Saigon (the Five O’Clock Follies) too seriously. Based on hasty, fragmentary, inevitably inaccurate field reports, the Follies were essentially the latest model of similar, on-the-record briefings and communiqués that the military provided to newsmen during the Korean War, World War II, and World War I. Since the Vietnam fighting (except at Tet 1968 and during the 1972 Easter offensive) was mostly a seemingly disconnected episodic affair, with no moving battle lines, the Saigon communiqués usually read like ‘police blotters’, a daily compilation of seemingly random, small-unit engagements that in World War II or Korea might not have seemed worthy of notice; very often, for lack of other drama, the bombing raids against the North occupied the wire services lead, although no journalists were permitted to accompany the aircrews”³⁴.

Pero precisamente ese único gran episodio de guerra formal tras casi una década de intervención estadounidense, la Ofensiva del Tet —que, como queda dicho, tuvo un resultado militar desastroso para el Vietcong y el ejército de Vietnam el Norte—, fue la que

³³ Hallin, Daniel C. Ob. cit. P.146

³⁴ Braestrup, P. Ob. cit. P. 63.

hizo cristalizar el enfrentamiento larvado entre medios y establishment político-militar e hizo eclosionar el malestar y el criticismo en la opinión pública, a pesar de que en términos estrictamente militares no puede ser considerado que acabó con una derrota de Estados Unidos la citada ofensiva.

Hasta el momento del Tet, los medios y especialmente la televisión estaban dando una visión complaciente y edulcorada de la guerra vietnamita, como varios autores han señalado.

Sin embargo, *“Tet news on television producer itself. The war was happening literally in the streets, and in front of the reporters and camera news. Normally, officials frame the visual images television conveys by their verbal explanation from which the journalists construct their voice-over narrative. Tet disrupted for a time this close relationship between sources and television messages; the visual overwhelmed the verbal”*³⁵.

La falta de reacción oficial y política de la Administración Johnson ante la ofensiva norvietnamita para contrarrestar la inmensidad de la propaganda típica de la Guerra Fría puesta al servicio de aquella por todo el bloque soviético y China, unida a la cobertura directa y espectacular de los medios occidentales y estadounidenses sobre el terreno en la ofensiva, marcó el inicio de esa cristalización del enfrentamiento antes citada y también de la eclosión del antimilitarismo en la opinión pública estadounidense y mundial.

*“Mis dans l'impossibilité de prêter foi aux thèses officielles, celles-ci n'existant pas encore, les médias ont donné de l'actualité vietnamienne une version dramatique, parfois exagéré. Les reportages télévisés sur l'offensive du Têt ont donc accrédité l'idée que l'offensive communiste se soldait par une défaite des forces alliées. Confirmant les craintes du public, ils ont entraîné la montée des sentiments pacifistes au sein de l'opinion: en mars 1968, la fièvre patriotique commençant à retomber, les partisans du désengagement militaire font un percée décisive dans les sondages”*³⁶.

En efecto, el sondeo de marzo de 1968 del Gallup Opinion Index 54, que analiza Andrieu-Pafundi en su texto citado, el 42% de los encuestados se declara favorable a una reducción del esfuerzo militar estadounidense en Vietnam, casi el doble del 26% que preferían esa opción un mes antes.

La contradicción, trasladada luego a los medios y al público, entre lo que los periodistas de toda índole y tendencia veían sobre el terreno —recordemos la libertad de movimientos, la

³⁵ Entman, R.; Paletz, D. *The War in South East Asia. Tunnel Vision on Television*, [En] Adams, W. *TV Coverage of International Affairs*. Norwood, New Jersey, Ablex, 1982, P. 185

³⁶ Andrieu-Pafundi, Hélène. *Faucons, Colombes et Albatros: L'opinion publique américaine et la Guerre du Vietnam, 1964-1973* [En] Lacroix, Jean-Michel; Cazemajou, Jean (ed.), Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1991, p. 99

accesibilidad, de que gozaron en Vietnam— y lo que les era relatado en esas ruedas de prensa informales de las cinco de la tarde hizo caer bajo mínimos la confianza de los informadores —y por tanto de sus lectores, oyentes y televidentes— en los informantes oficiales y, consecuentemente, en la generalidad del establishment político-militar que marcaba las pautas desde Washington.

A este respecto es proverbial y citado por variados autores el excesivo optimismo mostrado por el secretario de Defensa durante los primeros años de la guerra Robert McNamara, en línea, obviamente, con la percepción ya citada del comandante in situ, el general Westmoreland, de que la guerra era militarmente favorable a los Estados Unidos y sus aliados survietnamitas.

La diferencia de visión entre los más altos portavoces del establishment y los medios era, por tanto, manifiesta porque la ausencia de censura permitía que aflorara completamente, a diferencia, como dijimos, de lo ocurrido en conflictos anteriores, en los que la simbiosis entre medios de comunicación y el establishment político-militar llegó a ser —a pesar de todos los problemas reseñados— cercana a la perfección.

Pero, además, esas divergentes manifestaciones sobre lo que pasaba en el conflicto lejos de estrecharse se fueron agrandando con el paso del tiempo, en general, y en particular merced a episodios concretos que se iban produciendo y que iban enconando cada vez más el conflicto manifiesto entre los medios y el establishment político-militar.

De especial relevancia fueron, en ese sentido, los asuntos llamados: Papeles del Pentágono (1971) y la Matanza de My Lai (1968). Y, paradójicamente, ambos fueron publicados y explotados informativamente no por la televisión, como habría cabido esperar, sino por medios escritos.

En definitiva, la televisión, ya constituida, al menos en Estados Unidos, como gran medio de masas, hizo el “trabajo sucio” de informar continuamente y ofrecer las imágenes que no se querían ver desde el Pentágono, pero fueron las publicaciones de ambos temas en medios escritos las que supusieron un salto cualitativo en la extensión de la negatividad con que la Guerra y la manera en que el establishment político-militar la gestionaba eran contempladas por el público estadounidense.

Los hechos fueron claros.

- *“On March 16, 1968, at 7:30 a.m., one hundred soldiers from the U.S. Army’s 11th Infantry Brigade descended on My Lai, a village on the northeastern coast of South Vietnam. The soldiers were searching for Vietcong fighters, but instead they found hundreds of women, children, and elderly men —many of whom were having breakfast outdoors when the troops arrived. Over the next few hours, at least 350 civilians were cut*

down in ditches. Women were raped and killed. 'A Nazi-type thing', was how one American soldier later described it. By 9:30 a.m., the violence had ebbed. By 10:30 a.m., the hamlet was in flames"³⁷.

- *"The Pentagon Papers documented each attack and bombing in the history of the war, and included all information that was previously censored for the public eye. The Pentagon papers were classified as Top Secret and contained about 7,000 pages, which included approximately 3,000 pages of narrative history and some 4,000 pages of appended documents. They also revealed a considerable degree of miscalculation, bureaucratic arrogance, and deception on the part of US policymakers"*³⁸.

Otro dato a tener en cuenta para extraer conclusiones es el de que mientras el segundo caso fue descubierto y explotado informativamente por los dos diarios estadounidenses más prestigiosos —The New York Times y The Washington Post, sucesivamente—, el primero fue una primicia no publicada, —un *scoop* en el argot profesional— de una pequeña pero prestigiosa publicación neoyorquina, sin apenas venta fuera de círculos sociales muy determinados —The Village Voice— y su receptor, el columnista Geoffrey Cowan, contó el asunto durante el otoño de 1969 —sin haberlo publicado— a su amigo Seymour 'Sy' Hers, un casi anónimo periodista *free lance* que pasó a ser uno de los informadores a tener en cuenta, desde el punto de vista preventivo del establishment político-militar estadounidense, tras la publicación, en 1970 de su libro "My Lai 4" en Random House.

El efecto, pues, que tuvieron ambos casos en la opinión pública fue en segunda instancia, cuando ambos escándalos trascendieron de su ámbito de influencia directo y relativamente limitado a través de su aprovechamiento informativo, siguiendo la estela de sus descubridores originales, en los medios masivos, es decir en la televisión, fundamentalmente.

El primer caso fue, si cabe, mucho más irritante para el establishment político-militar puesto que se debió a una investigación periodística realizada enteramente dentro del territorio del Estados Unidos y debida a una filtración casual de que se estaba celebrando un consejo de Guerra prácticamente secreto, un año después de los hechos, contra el oficial al mando del pelotón que masacró a la población de la aldea survietnamita, el teniente William L. Calley Jr.

³⁷ Sherman, Scott. The Avenger, Sy Hers, Then and Now, Columbia Journalism Review (CJR), July/August 2003

³⁸ AP History Class Website. Lack of Support for the Vietnam War and the Pentagon Papers. New York. 2003.

No obstante, resultaría harto difícil discernir cuál de los dos asuntos resultó verdaderamente más embarazoso, puesto que el segundo, el de los llamados Papeles del Pentágono, fue debido a una filtración interesada de un antiguo funcionario del Pentágono, Daniel Ellsberg, que encontró los papeles y fotocopió 7.000 páginas para entregarlo a The New York Times, que empezó a publicarlos a partir del 4 de junio de 1971.

Su efecto fue inmediato y terminó por romper lo poco le quedaba de credibilidad al establishment político-militar estadounidense ante su opinión pública e, incluso, destrozó retrospectivamente la política anterior realizada en Vietnam.

“(..) they also revealed how the Kennedy Administration deceived the public and the press by conducting bombings in Laos, landing raids parties on the North Vietnamese coast, and putting Special Forces and other personnel into action well ahead of any public notice. Without question the Pentagon Papers showed that JFK [John Fitzgerald Kennedy] considerably expanded the U.S. role in South Vietnam —even if he eschewed the use of ground forces— and that Lyndon Johnson inherited an almost impossible situation”³⁹.

Esa credibilidad ya estaba bajo mínimos por la publicación del libro de Hersh en 1971. Así describe la situación previa el veterano corresponsal Peter Arnett: *“The perception that the American military effort in Vietnam was disintegrating was made forever clear by the revelation of the My Lai massacre, and further by disturbing rumors of disobedience and drug abuse and the murder of some officers”⁴⁰.*

En cualquier caso, la publicación de esos dos asuntos vino a demostrar que, a pesar de la ausencia de censura formal en el conflicto vietnamita, el establishment político-militar practicó desde Washington extensa y duraderamente la ocultación de hechos y la tergiversación de otros —aunque de esto último ya tenían constancia los corresponsales sobre el terreno gracias a las *Five O’Clock Follies*—, lo que no hizo sino agrandar hasta extremos cercanos a la revuelta popular la desconfianza de la opinión pública hacia sus gobernantes por causa de la gestión de la guerra y de la política informativa seguida sobre ella.

También contribuyeron los relatos desde los frentes variopintos de determinados corresponsales sobre hechos puntuales pero que reflejaban el descontento y el hartazgo de los soldados combatiendo una guerra que —a diferencia de los conflictos anteriores— no era de ninguna manera “la” suya.

³⁹ Emery, Michael. Ob. cit. P. 149

⁴⁰ Arnett, Peter. *Live From the Battlefield, 35 Years in the World’s War Zones*, Simon and Schuster, New York, 1994, P. 262

Especialmente significativo en este sentido fue el motín del Batallón A en Nui Lon, durante una misión de combate, magistralmente descrito en su día por el que luego sería famosísimo reportero de CNN en Bagdad durante la Segunda Guerra del Golfo, Peter Arnett, para la agencia Associated Press, a cuyo cargo trabajaba entonces en Vietnam⁴¹.

Este episodio, ampliamente recogido en el libro-resumen de la actividad informativa de Arnett, impactó profundamente en la opinión pública norteamericana porque —en un tiempo en que cualquier ciudadana estadounidense conocía las palabras My Lai y Pentagon Papers— mostraba que el stress, el cansancio, la desesperación de un grupo de marines les llevó a olvidar unos de los sacrosantos principios del cuerpo: No abandonar nunca ni muertos ni heridos en el campo de batalla. Otro pilar del imaginario popular y militar estadounidense que saltaba en pedazos a consecuencia de la guerra de Vietnam, aunque en esta ocasión puntual no hubo maniobras silenciadoras ni por parte de los oficiales al mando sobre el terreno ni en el medio que transmitió los hechos ni por parte de las autoridades en Estados Unidos.

Pero el resultado de todo ello, no obstante, fue la ruptura del círculo, hecho añicos, por todas las circunstancias y hechos relatados anteriormente, que derivó en un divorcio sin precedentes entre la opinión pública estadounidense, de un lado, y el establishment político-militar, de otro.

Hay que resaltar que, si bien inicialmente la ruptura fue motivada y originada especialmente por el activísimo papel y novísima influencia desempeñados por las cadenas de televisión estadounidenses en las coberturas informativas del conflicto y su progresiva extensión desde los mismos escenarios de los hechos, al final la culminación de esa caída progresiva de la credibilidad de las sucesivas administraciones estadounidenses que dirigieron la guerra en Vietnam —las de Kennedy, Johnson y Nixon, sucesivamente— estuvo ligada a la publicación en medios escritos en Estados Unidos, como acabamos de ver, de hechos relacionados con la guerra cuya ocultación y desastrosa gestión informativa tuvieron lugar en la propia capital federal, Washington D. C., es decir, lejos del terreno donde se produjeron y dados a conocer en medios escritos que, habitualmente, no llegaban ni llegan a las grandes audiencias de que gozaban y gozan los audiovisuales y, especialmente, la televisión.

Si el conocimiento de la matanza de My Lai a través del libro de ‘Sy’ Hersh fue un mazazo en la conciencia estadounidense, los Papeles del Pentágono supusieron un martilleo continuo durante meses, años incluso, que terminaron por producir la consecuencia recién descrita.

⁴¹ Arnett, Peter. Ob. cit. Pp. 262-264

En efecto, los contenidos de las siete mil páginas, suministradas por Ellsberg a The New York Times, comenzaron a ser publicadas por el diario en su edición del 14 de junio de 1971. La administración Nixon reaccionó censorial e inmediatamente y obtuvo, al día siguiente, una orden judicial para detener la continuación de las revelaciones al público estadounidense y al mundo.

Sólo consiguió, a los ojos del público, una auto-inmersión clara y deliberada en las mismas políticas censoriales y de ocultamiento que habían seguido las administraciones anteriores, demócratas, de Johnson y Kennedy.

Ítem más, tan pronto como otro influyente diario, The Washington Post, consiguió copia de los Papeles, en cuestión de días, el Gobierno de Richard Nixon intentó conseguir igualmente el cese de la publicación de ese material informativo. Pero con resultado diferente, pues tras unos pocos días de rápida batalla legal —típica, por otra parte, del sistema estadounidense—, el 26 de junio un juez decidió que la administración Nixon no tenía derecho a impedir que se publicara el contenido de esos documentos.

El daño ya estaba hecho, era irremediable y continuó agrandándose según los equipos de periodistas de ambos diarios fueron extrayendo lo más jugoso de las siete mil páginas de los Papeles del Pentágono, terminando por romper el círculo que había sido abierto paulatinamente por la disponibilidad de las imágenes de televisión para el gran público estadounidense.

VI

la nueva simbiosis impuesta. la guerra del golfo, la accesibilidad y la cnn

“It is now clear that in the wars of our time, Vietnam was an aberration. The freedom given to correspondents there to go anywhere, see everything, and write what they liked is not going to be given again. And the Falklands provided a model of how to make certain that government policy is not undermined by the way a war is reported”

Milton Shulman, The Standard, London, May 1982.

“Now I know why I haven’t had children. It’s because later in my life, I don’t want some innocent child saying, “Daddy, what did you do in the Gulf War?” Because I would have to reply, “Child, I watched it on CNN, from an armchair in a big hotel in Dahrán, Saudi Arabia.”

Tony Clifton, Newsweek, February 11, 1991

VI. La nueva simbiosis impuesta. La Guerra del Golfo, la accesibilidad y la CNN.

En los últimos cinco años, se viene hablando de “*nueva censura*” en relación con los controles que los Gobiernos —y especialmente el de Estados Unidos— intentan aplicar a la circulación libre de la información a través de Internet y los medios electrónicos en general, pero el tratamiento a la prensa en EE. UU. después de los atentados del 11 de Septiembre de 2001 ya se había pergeñado prácticamente diez años antes, durante la Segunda Guerra del Golfo, o Primera Guerra contra Irak, en 1991, con la única diferencia notable de que entonces la difusión electrónica de información era aún desconocida e inaccesible para el gran público.

La libre experiencia mediática en Vietnam, causa última para algunos militares del Pentágono del fracaso de Estados Unidos en el Sureste asiático, fue evolucionando con mayores o menores restricciones durante las tres décadas finales del siglo XX¹.

Tras Indochina, el conflicto de Oriente Medio acaparó la actividad de los medios y de las censuras durante bastantes años y en bastantes ocasiones. Pero Estados Unidos no estaba allí directamente implicado desde el punto de vista militar, salvo un corto periodo de tiempo en Líbano, tras la invasión israelí de ese país en 1982.

Su implicación era fundamentalmente indirecta, a través del apoyo inequívoco que daba y da al Estado de Israel. La gran mayoría, por no decir todos, los periodistas que trabajaron en esa época en la zona —algunos veteranos de Vietnam, como el propio archiconocido Peter Arnett— ponían como secuela de la libertad de Saigón la relativa comodidad con que se trabajaba en Israel —supuesto y ensalzado bastión de la democracia occidental en Oriente Medio, no olvidemos, frente a los autoritarios regímenes árabes— o, incluso, en Beirut o El Cairo, en comparación con las censuras férreas e impenetrables de la inmensa mayoría de los países árabes.

El caso de la larga y cruenta guerra llamada “civil” de Líbano (1975-1990) queda aparte por las especialísimas condiciones de ese país. Y el caso de Israel también sería merecedor de un estudio específico, pues las condiciones democráticas en las que vive su población desde la fundación del Estado (1948) no han sido óbice para que los censores militares israelíes hayan sido durísimos en ocasiones con su propia prensa y con los medios extranjeros.

No fue, pues, hasta la Guerra del Golfo, originada por la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990, que Estados Unidos se vio implicada de nuevo como combatiente en un gran conflicto armado ultramarino.

¹ Arnett, Peter. *Live from the Battlefield: from Vietnam to Baghdad, 35 years in the World's War zones*, New York, Simon & Schuster, 1994

Las experiencias anteriores habían sido en conflictos considerados “menores”, como la invasión de Panamá, para derrocar al general Noriega, o la de Granada o, incluso, la intervención en Somalia o en Beirut tras la invasión israelí de 1982.

En todos esos conflictos “menores”, el establishment político-militar estadounidense —escarmentado en Vietnam de la permisividad hacia los medios de comunicación— ya fue ensayando el control cada vez más férreo sobre los periodistas y el taponamiento sin ambages de cualquier posible resquicio por el que se pudiera filtrar al público, vía mediática, algún aspecto o la totalidad de la realidad de lo que militarmente estaba pasando sobre el terreno.

El ensayo general de cómo desde la capital y los medios de una gran potencia se vería y se trataría un conflicto ultramarino fue realizado con ocasión de la guerra anglo-argentina por las australes islas Malvinas, conflicto casi simultáneo, curiosamente, con la invasión israelí de Líbano.

“From a distance, the British government’s handling of the press and television during the Falklands War appeared the exact opposite of the policy pursued by the U.S. government during the Vietnam War. London’s policy was limited access for journalists, censorship, no television coverage, poor communicative facilities, some deception, even a bit of disinformation. Of course, it was a very different war. And the United Kingdom has a very different tradition of government-press relations —with far less access granted to the press.”².

Conviene distinguir aquí el nivel de combatiente de los soldados estadounidenses en la guerra contra Irak, pues si bien después de Vietnam estuvieron presentes esos conflictos menores —Granada, por ejemplo, Panamá o, más tarde, Somalia— no se había registrado desde Indochina una imbricación tan importante de los militares estadounidenses en un conflicto de gran envergadura, como lo fue la Guerra del Golfo.

Por eso consideramos esos conflictos militarmente “menores”, a pesar de que sus implicaciones políticas y/o económicas, sobre todo en los casos de Granada y Panamá, fueron enormes.

Pero en lo que nos ocupa directamente para centrar el trabajo, el resultado contraproducente de la extrema información o publicidad —a los ojos de los dirigentes del establishment político-militar— que tuvieron las operaciones militares en Vietnam —incluyendo las clandestinas y descubiertas por los medios y que provocaron una internacionalización mayor del conflicto en el Sudeste asiático—, sumada al desastroso

² Braestrup Peter. *Battle Lines, The Falklands War: 1982*, Priority Press Publications, New York, 1985, p. 77

efecto que ello tuvo en la opinión pública norteamericana —convirtiéndola en antibelicista—, llevaron a los militares a reaccionar como se ha descrito y, de hecho, dejó muy bien reflejado el general Westmoreland años después, como quedó destacado en el capítulo anterior.

El ejemplo británico en las Falklands o Malvinas, a estos efectos, fue premonitorio para el tratamiento que el establishment político-militar estadounidense daría a los medios de comunicación en la Segunda Guerra del Golfo, aunque, justo es reconocerlo y como ya pasó en la Primera Guerra Mundial, los *public relations officers* estadounidenses siguieron instrucciones no tan rígidas como las de sus colegas británicos y las aplicaron, en la medida de sus posibilidades, con la laxitud que les fue posible —poca, en cualquier caso—.

En lo relativo a Vietnam, sin embargo, el especial interés del presidente Lyndon Baines Johnson —que heredó de su antecesor asesinado en noviembre 1963 en Dallas (Tejas), John Fitzgerald Kennedy, la presidencia y la progresivamente complicada intervención en Vietnam— por “dirigir” el interés de los medios en general y especialmente los focos y objetivos de la televisión hacia problemas que estuvieran al margen o, cuanto menos, que no violaran los “asuntos de seguridad nacional” fueron infructuosos³.

Consecuentemente, el entramado político-militar estadounidense se planteó, a partir de la paz en Vietnam de 1975, una especie de consigna a cumplir por encima de todo: «Nunca más». Y cambió su estrategia hacia la prensa.

Muchos militares estadounidenses de alta graduación y/o relacionados con tareas de espionaje y contraespionaje militar salieron de Vietnam con la idea de que, en lo sucesivo, habrían de librar dos guerras en cualquier conflicto: una contra el enemigo en cuestión y otra contra los medios de comunicación.

Pero, para limitar los daños propagandísticos que esa nueva política del Pentágono causaría, apareció Henry Kissinger, el todopoderoso secretario de Estado del presidente Richard Nixon, que ya había empezado a influir poderosa y decisivamente sobre los medios en los meses finales del conflicto vietnamita.

El presidente que después sería depuesto por el asunto Watergate fue, en principio, el mayor exponente de una nueva actitud hacia los medios en contraposición a la de los militares, claramente censorial. Y lo fue, en lo que a los medios de comunicación se refiere, gracias a las actuaciones de Henry Kissinger en política exterior en todo el mundo, que se basaron en su manera de explicarlas a los periodistas “amigos”.

³ Beschloss, Michael. *Reaching for Glory: Lyndon Johnson's secret White House Tapes, 1964-1965*, New York, Simon & Schuster. 2001.

Kissinger inauguró una suerte de camaradería con los periodistas, sobre todo con los que viajaban con él en su avión de secretario de Estado durante sus numerosas misiones de mediación en Oriente Medio. Algunos llegaron a considerarse buenos amigos suyos.

Su estrategia era sencilla: contaba muchas cosas que a Estados Unidos le convenía que se supieran, descendiendo hasta detalles mínimos. Pero les ocultaba muchas más. Su afabilidad contrastaba con la dureza adquirida por los militares del Pentágono a raíz de Vietnam hacia los medios de comunicación.

Pero el secretario de Estado mantenía las líneas maestras de la censura sobre asuntos de los que el Pentágono, la CIA o el FBI no querían que los medios de comunicación se hicieran eco: la actuación contra el régimen de Salvador Allende en Chile a principios de la década de los años 70 fue el ejemplo más claro.

Kissinger utilizaba una censura selectiva: hablaba de lo que quería e ignoraba aquello de lo que no quería hablar. Esto explica la clara benevolencia con que “el amigo Henry” y los periodistas asignados a la cobertura de la Secretaría de Estado⁴.

Pero la salida de Kissinger de la escena política directa, con el final de la era Nixon — debido precisamente a la investigación periodística de Woodward y Bernstein conocida como el caso Watergate—, y la tremenda expansión e imparable sofisticación de los medios de comunicación obligaron al Pentágono y la CIA a un replanteamiento total de las formas de censura mediática.

El inicio del envío de sonidos, imágenes y textos por satélite de un extremo a otro del globo provocó la internacionalización de la inmediatez de los conflictos. La Guerra Civil de Líbano, la invasión de Granada, la Revolución Iraní, la invasión de Panamá, la Guerra entre Irak e Irán, la invasión israelí de Líbano, etcétera.

El cúmulo de informaciones se hubiera convertido en inmanejable, desde el punto de vista de los controladores de la información, de quienes pretendían y a veces conseguían impedir la difusión de unas noticias, tamizar la de otras o desmentir algunas otras.

Por ello, los controles sobre el origen o el punto de emisión de la información fueron aumentando a partir de Vietnam gradual y radicalmente. Se redujo, en definitiva, la accesibilidad al origen de la noticia. Justo lo contrario de lo que había pasado en Vietnam.

Esto significaba, en principio, que Estados Unidos, el Pentágono, concretamente, hacía suya la política que hasta el momento habían llevado a la práctica los regímenes opuestos a

⁴ Morris, Roger. Henry Kissinger and the Media: A separate place, Columbia Journalism Review, New York, May/June 1974.

las democracias occidentales esculpidas a la manera de Estados Unidos y con la referencia directa o indirecta de la First Amendment en la trastienda.

Esa política antiliberal y contra la libertad de prensa había encontrado su mejor exponente durante los años de la Guerra Fría en los países integrados en el Bloque Soviético, que incluían el enrolamiento de periodistas como agentes de los estados socialistas, política que luego fue copiada en el lado occidental⁵.

El Pentágono la vino a asumir como propia, en aras de la “seguridad nacional” tímidamente en conflictos considerados “menores” (Granada, Panamá, etcétera), pero luego clara y decididamente en la Segunda Guerra del Golfo, primera contra Irak, tras la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990 y el final teórico de la ofensiva contra Bagdad nueve meses después, en abril de 1991.

En esa Guerra del Golfo, las restricciones a los medios de comunicación que cubrieron el conflicto desde Arabia Saudí, Kuwait (más tarde) o cualquier otro de los frentes controlados por el Ejército de Estados Unidos fueron muy estrictas.

Y sólo comparables a las que desde hacía décadas venían aplicando no sólo los regímenes totalitarios del Bloque Soviético recién desaparecidos, sino también aquellos mismos estados del llamado entonces Tercer Mundo que seguían en la estela política de aquellos y contra alguno de los cuales se combatía ahora, especialmente el dictatorial Irak.

Las restricciones a los medios de comunicación durante la Guerra del Golfo indignaron a los directivos de los medios y decepcionaron a los periodistas.

Entre estos últimos se extendió la impresión de que, estando teóricamente sobre el terreno —especialmente los desplazados a Arabia Saudí, donde el Ejército estadounidense asentó sus bases centrales de operaciones—, tenían la misma información que cualquier ciudadano de cualquier parte del mundo que simplemente se sentaba delante de la televisión para contemplar las noticias de la CNN⁶.

El Pentágono, desde Washington, dio claras instrucciones de que los miles de periodistas, estadounidenses o no, tuvieran un acceso muy restringido y vigilado a los lugares donde supuestamente se combatió, después, a los que sirvieron como bases para preparar la ofensiva terrestre, antes, o realizar la campaña masiva de bombardeo de Irak.

⁵ Arant, Morgan David Jr. *Journalist Mark Ethridge's Diplomatic Missions in Post-World War II Europe. The Making of a Cold Warrior*, *American Journalism*, University of Alabama, 14: 3-4, 1997, pp. 336-358

⁶ Fialka, John J. *Hotel Warriors: Covering the Gulf War*. Baltimore. Woodrow Wilson Center Press/John Hopkins University Press, 1992

Fue la guerra de la Cable News Network (CNN), una cadena de televisión por cable, convertida en satélite después y que fue el único medio de comunicación autorizado a que uno de sus equipos permaneciera en Bagdad después de iniciarse los bombardeos aliados contra Irak.

Al frente del equipo estaba el ya entonces conocido y catapultado al estrellato mediático a raíz de esto Peter Arnett. El periodista español Alfonso Rojo, del diario El Mundo, también permaneció en Bagdad, sin autorización y fue tolerado por las autoridades iraquíes.

La cadena norteamericana se convierte en la reina de la información sobre la Guerra del Golfo, suplantando en buena medida no sólo a las cadenas de televisión “tradicionales”, sino incluso a las agencias de noticias.

Hay que resaltar en este punto que el actual vicepresidente en el segundo Gobierno de George W. Bush, Dick Cheney, y el Secretario de Estado del primer periodo presidencial de Bush hijo, Colin Powell, fueron dos de los principales muñidores del control y de las normas restrictivas para los medios de comunicación durante la, para nosotros, Segunda Guerra del Golfo, como altos cargos que fueron en la Administración del presidente George Bush, padre del actual presidente George W. Bush.

Ambos dirigieron a escala planetaria en los muy primeros años del siglo XXI la llamada Guerra contra el Terrorismo y las campañas en Afganistán e Irak como vicepresidente y secretario de Estado, respectivamente, tras haber hecho sus primeras armas en la Primera Guerra del Golfo contra Irak como secretario de Defensa el uno, Cheney, y jefe del Estado Mayor Conjunto el otro, el general Colin Powell.

Igualmente, hay que destacar que, a raíz de las quejas de los medios de comunicación por las restricciones sufridas en la Guerra del Golfo, en 1992 nuevas instrucciones del Departamento de Defensa fueron impuestas para asuntos relativos a la “seguridad nacional”, con el objetivo de dificultar cualquier versión independiente de la información militar.

Si Vietnam fue la guerra de la eclosión de la televisión como medio de comunicación de masas, como hemos visto, la Segunda Guerra del Golfo, la librada en 1991, o Primera contra Irak, fue el conflicto en el que se produjo la eclosión de la televisión por satélite como medio de comunicación global, gracias especialmente al trabajo de la CNN, aunque también estuvieron presentes, sin tanta repercusión, Sky News y British Broadcasting Televisión (BBC), por ejemplo.

Pero, desde el punto de vista de la censura y/o de la libertad de prensa, la Segunda Guerra del Golfo, la de 2003, fue la de la institucionalización de las restricciones a los medios, la vuelta al pasado, al sistema usado por Estados Unidos y el Reino Unido, especialmente, en

la Primera Guerra Mundial, y que ya vimos, con las adaptaciones, características, métodos y consecuencias propias de la era tecnológica en la que se encontraba el mundo a finales del siglo XX.

No obstante, hay que resaltar que la principal cortapisa, el arma primordial, utilizada por los censores para controlar la información en origen fue la misma en 1991 que la que había sido en el periodo 1914-1918: la accesibilidad, traducida en la imposición de los trabajos en “pool”, complementados con el “confinamiento” de los corresponsales en sus hoteles y con la canalización de la información de forma prácticamente exclusiva y excluyente a través de los “briefings” o sesiones informativas ofrecidas por los portavoces militares estadounidenses, a menudo, en los propios hoteles de residencia/confinamiento de los periodistas.

“During the Gulf War, the Allied Coalition sought to ensure that the media reported the truth as the military saw it. This goal required heavy controls on what the media saw and how they reported it. Overt censorship was practically non-existent. Instead, the military limited access to the story and the players in it. The military won extremely positive coverage during the war at the price of a dissatisfied press corps and lingering doubts about whether what the press saw was the whole story. The same factors that produced the military victory over the Iraqis aided the military victory over the media. Empty deserts and vast distances provided both an ideal theatre for mobile armoured warfare, and for keeping the press at the mercy of the military. Press controls included limited access to the theatre in Saudi Arabia, pooling the press to reduce the logistical demands on the military, and reporting restrictions on what could not be reported.”⁷.

Ni que decir tiene que esas estrictas condiciones para los corresponsales desplazados a Arabia Saudí y, más adelante, a Kuwait, alcanzaron su máxima expresión, su paroxismo para aquellos enviados especiales con destino en los portaaviones estadounidenses y/o británicos que desde las aguas del Golfo Pérsico servían de base para las misiones aéreas de combate contra Irak.

Además del sistema de “pool reporting”, las normas de autocensura eran, como en conflictos anteriores muy estrictas, según las citan varios autores:

- No mention could be made of the specific numbers of troops, planes, supplies, etc. Only general terms could be used to describe the forces available.*
- No mention could be made of future plans.*
- Reporters could not mention the specific locations of units.*

⁷ Benjamin, David. Censorship in the Gulf, web1.duc.auburn.edu, 1995

- *The rules of engagement, the rules specifying under what conditions Coalition forces would use force, were off limits.*
- *Intelligence gathering operations and collection activities could not be mentioned.*
- *While an operation was in progress, specific information on friendly troop's movements could not be mentioned.*
- *The points of origin for aircraft flying missions could not be mentioned.*
- *Information on the effectiveness or ineffectiveness of enemy military measures could not be mentioned.*
- *Identifying information on missing or downed aircraft or ships while search and rescue operations are underway could not be mentioned.*
- *Special operations force's method, unique equipment, or tactics, could no be mentioned.*
- *Operating methods and tactics in general could not be mentioned.*
- *Operational and support vulnerabilities until the information is released by Central Command could not be mentioned⁸ ⁹.*

Naturalmente, semejantes restricciones —similares, repitamos, a las habidas y respetadas en la Primera y Segunda guerras mundiales y aplicadas sólo teóricamente en Vietnam— fueron una fuente continua de problemas y roces entre los periodistas de todas nacionalidades acreditados en Arabia Saudí y después en Kuwait y los public relations officers de los ejércitos estadounidense y británico, especialmente. Sobre todo porque su número llegó a extremos insospechados, incluso si lo comparamos con los pocos cientos de corresponsales acreditados simultáneamente en Vietnam, que nunca pasaron de 500.

Además, hasta el momento de producirse el despliegue de la coalición internacional encabezada por Estados Unidos en territorio Saudí, durante el otoño de 1990 y el invierno de 1991 previos a la “liberación” primaveral de Kuwait y la primera invasión de Irak, Arabia Saudí era un país literalmente vetado para la prensa extranjera: conseguir un visado de periodista para viajar a alguna ciudad Saudí era tarea ardua. El autor —que cubrió esta Segunda Guerra del Golfo desde Jerusalén— recuerda que en su experiencia como corresponsal y enviado especial en Oriente Medio (1979-1992) sólo en un par de ocasiones consiguió un visado de periodista para visitar dos ciudades concretas de Arabia

⁸ Williams, Pete. Ground Rules and Guidelines for Desert Shield, chap. [In] *The Media and the Gulf War*, ed. Hedrick Smith, (Washington, DC: Seven Locks Press, 1992, pp. 5-6.

⁹ Fialka, John J. *Hotel Warriors: Covering the Gulf War*, Washington, DC: Woodrow Wilson Center Press, 1992, p.20

Saudí (la capital, Ryad, y la portuaria Yeddah) y, en ambas, los visados fueron concedidos con ocasión de algún motivo estrictamente oficial y casi protocolario: visitas de ministros españoles al país.

Como señala David Benjamin, *“the first difficulty for the press in covering the war was actually getting to Saudi Arabia. Saudi Arabia did not have any American reporters in the country when the invasion of Kuwait occurred. The Saudis were not eager to change the situation. The U.S. had to use persuasion to get the press in to cover the military”*¹⁰.

La situación, pues, en el otoño de 1990 y el invierno de 1991 en Arabia Saudí era, en lo que respecta a las relaciones prensa-establishment, potencialmente explosiva teniendo en cuenta lo anterior y por lo siguiente:

*“During the Gulf War, 1600 journalists and media support crew were in Saudi Arabia. 400 were assigned to the units doing the fighting during the ground war. This was unprecedented coverage for a war zone. The presence of foreign journalists was also a precedent for the Saudis who had not had any foreign journalists in the country prior to the Kuwait invasion. For the 1200 journalists who were not at the fighting, however, the press pools were an unneeded restriction, hampering the coverage of the war.”*¹¹.

El mecanismo de control y censura era relativamente sencillo, como lo había sido en los conflictos anteriores en que había funcionado “correctamente” desde el punto de vista de los censores militares y civiles.

Los reporteros en Arabia Saudí habían de someter sus historias —escritas, habladas, fotografiadas o filmadas— al dictamen del Joint Information Bureau, situado en Dahrán, ciudad del norte-centro de Arabia Saudí donde estuvo y está la principal base estadounidense.

En caso de que esa oficina considerara impublicable, a la luz de las restricciones reseñadas, alguna parte o todo de una información, cabía la posibilidad de apelar contra esa decisión al Departamento de Defensa en Washington directamente, con el consiguiente retraso, a pesar de que ya en 1991 la ultrarrapidez de las comunicaciones a escala global era ya un hecho asumido y utilizado con cotidianeidad.

Sin embargo, el arma verdadera con la que los censores impidieron, o casi, la salida de cualquier detalle no deseable no fue la larga lista de normas de censura que, como se ha ido viendo, los periodistas a menudo se las ingeniaban para saltárselas o contornearlas.

¹⁰ Benjamin, David. Ob. cit.

¹¹ Woodward, Gary C. *The Rules of the Game: The Military and the Press in the Persian Gulf War*, chap. [In] *The Media and the Persian Gulf War*, ed. Robert E. Denton, Jr., Westport, Connecticut: Praeger, 1993. Pp. 11-12

La aplicación estricta del sistema de “pool” (grupo), el control de la accesibilidad no sólo a los frentes sino a la información en sí misma, fue la piedra angular sobre la que se basó el control del establishment político-militar estadounidense (con gran colaboración británica) de la información en la Segunda Guerra del Golfo.

Con su utilización se pretendía, en primer lugar, impedir la repetición del “caos informativo” que, a los ojos de los militares, fue Vietnam, donde prácticamente cada informador “anduvo impunemente” ignorando e, incluso, mofándose del sistema oficial de censura.

Y, en segundo, cínicamente, impedir también la consecuencia directa de ese caos informativo: que los lectores de diarios y oyentes de radio se desayunaran con sangre encima de la mesa de la cocina y que los de televisión tuvieran la misma sensación a la hora de la cena, la de los informativos *prime time* de las principales cadenas.

De todas formas, el efecto que el sistema de “pool” causó fue más allá de esos dos objetivos previstos. Causaron también disensión entre los periodistas y evitaron, censuraron, cualquier contacto libre y directo entre los soldados y la prensa.

El sistema de funcionamiento y la disensión consiguiente entre los informadores son descritos así:

“Press coverage in the Gulf was divided into several different pools, each of which assigned specialists from the four media specialities: print, photography, radio, and television. Pool reports would be brought back from the report site to Dhahran, Saudi Arabia, and from there distributed to the other media participants in the pool. Only a limited number of slots were available, and this promoted dissension in the ranks of the press”¹².

Pero el otro efecto, el de impedir una comunicación directa entre los soldados combatientes y los periodistas, como había ocurrido en Vietnam con tan nefastas consecuencias desde el punto de vista del establishment político-militar, también era el perseguido.

“As one outspoken soldier discovered, the censorship policy was aimed as much at gagging the troops as at shutting down the reporters. Acutely concious of breakdowns in discipline in the latter years of the Vietnam War, the military command would not tolerate the rank and file sounding off about politics, or questioning the competence of their offices”¹³.

¹² Benjamin, David. Ob. cit.

¹³ MacArthur, John R. *Second Front, Censorship and Propaganda in the Gulf War*, Hill and Wang, New York, 1992. p. 167

Y, continuación, ejemplifica suficientemente: *“One who did was air force reservist Dick Runels, who wrote a series of descriptive letters home to his local newspaper, The Voice, of New Baltimore, Michigan. After the second letter was published, Runels was ordered to submit all future letters to his base commander for approval; he defied the order”*¹⁴.

El establishment reaccionó rápidamente para evitar la repetición del problema, en caso de que cada pequeño periódico estadounidense localizara a sus paisanos combatientes en el Golfo y les invitara a escribir para sus vecinos.

*“The kind of cheerleading that Runels couldn’t do was just the thing for the Pentagon publicity machine, of course. To get more of it, William’s [Pete, Pentagon’s chief public relations officer] office invented the Hometown Media Program, in which small-town newspaper and television reporters —especially ones located near military bases— were provided free round-trip transportation on military aircraft to Saudi Arabia. Reporters like David García of KSTM-TV in El Paso [Nuevo México] were given the opportunity (otherwise prohibitively expensive) to visit their local military heroes over a period of two to four days, and were encouraged to file upbeat stories for the folks back home”*¹⁵.

El objetivo del establishment político-militar quedaba claro de nuevo: Impedir por todos los medios posibles la repetición de lo ocurrido en Vietnam, una horrible pesadilla incorporada indeleblemente, por lo visto en sucesivos conflictos a partir del de Indochina, al imaginario de los hombres y mujeres que se iban sucediendo en el control y funcionamiento de ese establishment.

Además de esos pools tan especiales para diarios de provincias, el establishment encontró también la manera de revertir a su interés el flaco favor que a su reputación mediática hacía las restricciones a la accesibilidad a los frentes, usando en tal sentido a las entonces emergentes emisoras de televisión por satélite.

En una contribución de extraordinaria calidad a un análisis colectivo de la Segunda Guerra del Golfo¹⁶, Stig A. Nohrstedt introduce históricamente el asunto, al inicio de su contribución *Ruling by Pooling*¹⁷, de la siguiente forma:

“Just as the Germans did regarding their surrender in World War I, leading U.S. military circles developed a dagger-thrust (Dolchtoss) myth to explain and in fact deny the U.S. defeat on the battlefield of the Vietnam war. But whereas the Nazis blamed

¹⁴ MacArthur, John R. Ob.cit. pp. 167-168

¹⁵ MacArthur, John R., ob.cit. pp167/168

¹⁶ *Triumph of the Image: The Media’s War in the Persian Gulf—A Global Perspective*, edited by Hamid Mowlana, George Gerbner and Herbert I. Schiller, Westview Press; Boulder, San Francisco, Oxford, 1992

¹⁷ Nohrstedt, Stig, A. *Ruling by Pooling*; A., *Triumph of the Image*, Chapter Ten, p. 118

cowardly officers for Germany's defeat, U.S. military leaders blamed the media. According to this view, the television coverage of the Vietnam War caused the home front to withdraw its support for U.S. forces and eventually made the president and Congress change their minds. The truth, however, is that the more critical media coverage came after, not before, the military defeat”.

Al margen de la interesante aportación final sobre el “timing” del criticismo mediático a la experiencia de Vietnam, lo que Nohrstedt aclara definitivamente, redundando finalmente en las tesis que veníamos examinando, es que la experiencia en Indochina se convirtió en el punto decisivo —la expresión inglesa *The Turnig Point* refleja mejor el sentido de la cuestión, tal como lo haría la francesa *La Plaque Tournant*—, marcó lo que ahora se dice “un antes y un después” en las relaciones de los medios con los representantes del establishment político-militar y con éste mismo, pero no sólo en Estados Unidos, sino también en todo el ámbito o mundo occidental.

Prosigue Nohrstedt: “*The myth of the Vietnam War had a great impact on relations between military forces and the media in the conflicts after Vietnam. Starting with the Falklands War, and followed by the Grenada and the Panama operations, a completely new policy for dealing with journalists was established by Western defense departments and armed forces*”¹⁸.

Dejando de lado los eufemismos para describir las invasiones de Granada y Panamá, a los efectos que nos interesan, Nohrstedt viene a precisar que “*This was again revealed at the beginning of the air battle between the allied forces and Iraq [en enero de 1991], when in a televised speech just a few hours after the first attacks President George Bush said that the operations would ‘not be a new Vietnam’ and that this time U.S. forces would not have to fight with one arm tied behind their backs. This was a clear declaration of unrestricted support for the forces and a promise that the home front would not be allowed to waver. This declaration also suggested the conditions for the news media in the Gulf War*”¹⁹.

El terreno en el que los medios y los periodistas se moverían durante esta Segunda Guerra del Golfo quedaba claro: ninguno. Y, como el autor puede acreditar por propia experiencia, sorprendentemente —o quizá no— iba a ser el mismo que el Gobierno iraquí puso pocos años antes —en la Primera Guerra del Golfo, librada contra Irán (1980-1988)— a disposición de los periodistas occidentales o no que pretendieron cubrir ese largo conflicto.

¹⁸ Nohrstedt, Stig, A. Ob. cit. p. 118

¹⁹ Nohrstedt, Stig, A. Ob. cit. p. 118

La censura, hay que destacar, previa o posterior, fue en la Segunda Guerra del Golfo “acumulativa”. En efecto, a las restricciones ya citadas que establecieron los mandos militares aliados —en aplicación estricta de las decisiones políticas, como hemos visto que queda reflejado con las palabras del presidente George Bush—, se sumaron las de por sí estrictas condiciones de trabajo para los informadores imperantes tanto en Arabia Saudí —donde se basaron la mayoría de los corresponsales occidentales, unos 800— como en Bagdad, donde su presencia quedó restringida —como vimos más arriba— prácticamente a Peter Arnett (CNN) y Alfonso Rojo (El Mundo del Siglo XXI)²⁰.

Es obligado precisar que ninguno de esos dos países ha podido presumir nunca de facilitar el trabajo de los periodistas, propios y ajenos, en tiempo de guerra o de paz, como cualquier profesional de los medios que haya trabajado en Oriente Medio ha sufrido en propia carne e, incluso, como es de común conocimiento para la opinión pública mundial.

El caso fue que a las habituales restricciones a los medios de comunicación impuestas por los regímenes locales antes y después de la Segunda Guerra del Golfo se sumaron las formas de control y censura decididas por el mando central de la coalición internacional contra Sadam Hussein —cuyo núcleo decisorio era, fundamentalmente, el establishment político-militar estadounidense en estrecha colaboración con el británico—²¹.

Así las experiencias recientes de ambos poderes fácticos —Vietnam, Falklands, Granada, Panamá, etcétera— fueron aplicadas en esta guerra de principios de la década de los noventa del siglo pasado, y su arma fundamental y novedosa fue la imposición del sistema de “pool” a los periodistas sobre el terreno.

Como ya queda dicho, el otro bando, el régimen dictatorial de Sadam Hussein imperante en Irak, aplicó prácticamente el mismo sistema, incluso con mayores restricciones, como muestra la decisión de expulsar, el mismo día del comienzo de los bombardeos sobre territorio iraquí, a todos los periodistas extranjeros desplazados a Irak antes de la guerra con la única salvedad de la CNN representada por el veterano y afamado Peter Arnett.

Por tanto, el efecto inmediato de la estrategia mediática de ambos bandos —el iraquí y el de la llamada coalición internacional— fue que la información quedó automática y absolutamente filtrada a través del sistema de “pool” colectivo, en el caso de los atacantes, y de “pool” singular, en el de los atacados.

En lo que respecta al llamémosle “bando occidental”, hay justificaciones y detalladas explicaciones sobre el objetivo ideal perseguido y la forma operativa de alcanzarlo:

²⁰ Arnett, Peter. Ob. cit.

²¹ Varios Autores (Arnett, Peter; Fialka, John J.; Nohrstedt, Stig, A.). Obs. cits.

*“The idea of using a representative group of journalists in a specific setting is not new. In some cases the sheer number of accredited reporters is not new. In some cases the sheer number of accredited reporters in a given location makes it impossible for press offices to arrange access for all who wish it. The White House, presidential campaigns, the National Aeronautic and Space Administration (NASA), and others agencies have often put limits on coverage by selecting a limited number of reporters to cover a story. Those who are selected relinquish the right to claim an ‘exclusive’ on the events they witness. Much like the wire service reporters, their job is to provide a factual running narrative of what took place and to make it available to all other members of the press. A pool report —in pictorial or written form— may be used by various media as is or incorporated into a rewritten story”.*²²

Este sistema, además de dirigir la información hacia la versión únicamente oficial, puesto que los responsables de cada “pool” eran obviamente oficiales bien aleccionados que mostraban —“pastorear” en el argot periodístico español— a los periodistas seleccionados solamente los lugares y situaciones cuidadosamente escogidos previamente por el alto mando aliado, el CENTCOM, daba lugar también a no pocos rifirrafes entre los informadores.

En efecto, la experiencia en zonas de guerra ha mostrado al autor en varias ocasiones que no todos los periodistas en un “pool” actúan siempre con la honestidad que se les presupone: es decir, compartiendo toda y absolutamente toda la información que obtienen con sus colegas que aguardan en el hotel, en la oficina de prensa o en la retaguardia simplemente.

Puesto que todos los grandes medios se monitorizan unos a otros por mor de la competencia, un desliz de ese tipo es fácilmente detectable, aunque con el retraso necesario para que se haya convertido en una “exclusiva” —aunque parcial o limitada—, lo que da lugar a peticiones de explicaciones, disputas y acusaciones a la hora de formar el siguiente “pool”.

En cualquier caso, además de las “visitas guiadas al frente” en que consistían los “pools” organizados desde la retaguardia, una reedición de las “Five O’Clock Follies” se desarrollaba varias veces al día en un gran hotel de Dahrán (Arabia Saudí), convertido en cuartel general informativo de la fuerza expedicionaria de Estados Unidos.

Allí, en briefings informales de oficiales de alta graduación o en ruedas de prensa formales incluso del comandante en jefe de la fuerza expedicionaria, el general Arnold F.

²² Woodward, Gary, C. *The Rules of the Game: The Military and the Press in the Persian Gulf War*, p.13; [En] *The Media and The Press in the Persian Gulf War*, Denton Jr., Robert, E., Praeger Publishers, Westport, Conneticut. 1993.

Swarzkopf, retransmitidas en directo por las entonces emergentes cadenas de televisión por satélite y especialmente por la CNN, se ofrecía la versión oficial aliada del curso de los acontecimientos.

Las versiones allí facilitadas eran tan tremendamente oficialistas y faltas de observación directa, que algunos informadores de países no directamente implicados en el conflicto obviaban su asistencia y dejaban a sus oficinas centrales el trabajo de ver esas comparecencias a través de la CNN para completar luego los escritos o grabaciones de los propios enviados especiales.

Un ejemplo: *“Not many of the Swedish correspondents cared to follow the press conferences arranged by the central command. Most of them visited a few briefings more out of curiosity than professional interest. Their editorial home offices had access to the information through CNN and Sky News so they saw no reason to cover these briefings”*²³.

Si la información y la observación directa posible durante los trabajos en “pool” eran limitadas, los briefings y conferencias de prensa en Dahrán rayaban, por un lado, en el surrealismo de la descripción de una guerra sin muertos ni heridos visibles y, por otro, en el surrealismo de asistir a una guerra exclusivamente virtual, en la que los bombardeos sobre tales o cuales objetivos eran descritos por los altos oficiales informantes con la ayuda de las grabaciones de imágenes que hacían los ordenadores a bordo de los aviones que realizaban el bombardeo.

De esta forma, el realismo de las imágenes ofrecidas por la televisión en Vietnam se convirtió en Dahrán en la virtualidad de la era de los ordenadores y, en cualquier caso, la televisión por satélite subió al trono del medio de comunicación que ofrecía mayor alcance global, es decir, mayor audiencia y, al tiempo, mayor posibilidad de virtualidad y de manipulación.

En Bagdad, las cosas no eran necesariamente muy diferentes, sino mucho más fáciles para los censores iraquíes: Sólo tenían que lidiar con un medio de alcance internacional, aunque también global: la CNN representada por Peter Arnett. Incluso en Israel, considerado falsamente por el mundo occidental como un oasis de libertad de expresión en tiempo de guerra, la censura siguió campando por sus respetos.

“Many Americans were angered, but not particularly surprised, when CNN’s Peter Arnett and other reporters working in the region were heavily restricted in what they could write or show. Arnett was not allowed to show or discuss any military damage in and around Baghdad, nor was he permitted to talk freely to ordinary citizens without a

²³ Nohrstedt, Stig, A. Ob cit. p. 121

government escort. His on-the-air copy was also approved by Iraqi censors prior to broadcast. Even the relatively open government of Israel imposed strict limits on reports”²⁴.

De hecho, el malestar, la indignación con la forma en que el establishment político-militar estadounidense manejó el flujo de información en la Segunda Guerra del Golfo fue mucha más notable entre los propios periodistas.

“*With an arrogance foreign to the democratic system, the U.S. military in Saudi Arabia is trampling on the American people’s right to know*”, escribió Walter Cronkite²⁵, apenas un mes después del inicio de los bombardeos sobre Irak —el 16 de febrero de 1991—, en un célebre artículo que resumió a la perfección la frustración de los informadores sobre el terreno y las malas artes antidemocráticas de los censores militares estadounidenses.

Algunos párrafos más adelante del mismo artículo, Cronkite refleja acertada y precisamente el estado de la cuestión, resumiendo, quizá inadvertidamente, quizá no, cuál era la situación real, en 1991, en lo que concierne a las relaciones de los medios con los representantes del establishment político-militar, tras las experiencias sucesivamente decepcionantes que siguieron a Vietnam (Granada, Falklands, Panamá, etcétera), y comparándolo con el buen funcionamiento registrado de aquel “*rational censorship system*”, opina Cronkite, en la Segunda Guerra Mundial.

Así, sólo una semana después de iniciarse los bombardeos sobre Bagdad que preludieron la invasión terrestre de Kuwait e Irak, Cronkite se siente lo suficientemente seguro para concluir que “*The greatest mistake of our military so far is its attempt to control coverage by assigning a few pool reporters and photographers to be taken to locations determined by the military with supervising officers monitoring all their conversations with the troops in the field. An American citizen is entitled to ask: ‘What are they trying to hide?’ The answer might be casualties from shelling, collapsing morale, disaffection, insurrection, incompetent officers, poorly trained troops, malfunctioning equipment, widespread illness —who knows? But the fact that we don’t know, the fact that the military apparently feels there is ‘something’ it must hide, can only lead eventually to a breakdown in home-front confidence and the very echoes from Vietnam that the Pentagon fears the most*”²⁶.

Sin embargo, el efecto Vietnam entre las audiencias estadounidenses nunca se produjo en esta Segunda Guerra del Golfo, por lo que habrá que concluir, como veremos a

²⁴ Woodward, Gary, C. Ob. cit. p. 12

²⁵ Cronkite, Walter. What is there to Hide?, Newsweek Magazine, February 25, 1991. p. 13

²⁶ Cronkite, Walter. Ob. cit. Newsweek Magazine, February 25, 1991. p. 14

continuación, que el sistema de censura funcionó eficientemente en su objetivo de mantener a la opinión pública estadounidense como partícipe convencida de la lucha de la llamada “Coalición Internacional” para acabar con la invasión iraquí de Kuwait y, en última instancia, derrocar a Sadam Hussein.

En este caso, a diferencia de la Segunda Guerra Mundial, la excusa propagandística oficial no podía ser la defensa de la democracia, sino el derecho de los pueblos a tener fronteras seguras e independencia, al margen de que el régimen kuwaití temporalmente suprimido por la invasión iraquí distaba mucho de ser un ejemplo de democracia liberal. No obstante, el argumento funcionó.

Y ello a pesar del sistema de censura sin rodeos establecido sobre el terreno, en todo el escenario del conflicto, como señala Patrick O’Hefferman:

*“Overt censorship. This was seen in the Gulf War at the Joint Information Bureau and the Ministry of Information of Iraq, and similar ministries in Israel, Jordan, Syria, Iran, and Turkey. Ironically, for a period at the beginning of the war, CNN broadcasts from Iraq were probably less censored than any news from the JIB because the Iraqi Ministry of Information had not yet organized itself to deal with Peter Arnett and his satellite phone. Overall, all sides in the Gulf War were effective in censoring reporting the opposed.”*²⁷.

Y prosigue: *“While the news organizations involved objected, they failed to join the litigation by magazines, because from a business standpoint the networks were obtaining large audiences that did not want negative reporting or stories contrary to the administration’s line.”*²⁸.

La razón de este éxito del sistema de propaganda y censura del establishment político-militar es explicada por el propio O’Hefferman en los siguientes términos: *“Foreign policy elites often do not agree on the details or even thrusts of policies at the early stages of policy formation, but, in the United States, the role of the White House chief of staff and his aides is to build a consensus around a desired policy. When this effort is successful, as it eventually was in the case of Gulf War policy, the ability of the media to obtain critical or policy-negative information is drastically reduced”*²⁹.

²⁷ O’Hefferman, Patrick. A Mutual Exploitation Model of Media Influence in U.S. Foreign Policy. [En] Taken by Storm: The Media, Public Opinion and U.S. Foreign Policy in the Gulf War. Edited by Lance Bennett and David L. Paletz. University of Chicago Press, 1994, p. 242

²⁸ O’Hefferman, Patrick. Ob. cit., p. 242

²⁹ O’Hefferman, Patrick. Ob. cit., p. 242

Y el resultado es claro: *“In the case of highly popular policies like the war against Saddam, the media’s ability to report such information is almost eliminated. Few sources will talk regardless of their position on the issue at hand, and the next day the administration will launch an investigation of who talked and an attack on the credibility of the reporter and company.”*³⁰.

La inmensa mayoría, por no decir la absoluta, de los estudiosos del tema concuerdan con el análisis de O’Heffernan. Simplemente, para no pecar de prolijos, recogeremos la visión confirmatoria de otro de ellos.

*“Despite the intense division over a military solution to the crisis in the Gulf, the Bush administration was able to achieve strong backing for its war policy once the war started. Early polls pointed to overwhelming approval for the military adventure, and the Bush administration successfully promoted a propaganda line that all good Americans should support their troops, whatever their opinions on the war. Coverage of the war by the mainstream media, especially television, mobilized support behind Bush decision to go to war; during the rest of the war the media would continue to be used by the Bush administration and Pentagon to manufacture consent to their war policies.”*³¹

Justo lo contrario que lo que sucedió en Vietnam. El círculo se había vuelto, pues, a cerrar firmemente y la simbiosis entre los medios de comunicación y el establishment político-militar estadounidense se había vuelto a imponer, de grado o por fuerza.

La probablemente única excepción, —en el campo aliado en general y específicamente en el estadounidense— fue la de Peter Arnett, que, como ya hemos visto, quedó, al frente de su equipo, como el único reportero estadounidense y casi el único occidental —salvo el español Alfonso Rojo— que permaneció en Bagdad.

Inicialmente, la maquinaria censorial iraquí, que permitió conscientemente la estada de Arnett, le permitió ciertos resquicios de libertad informativa y, en los primeros días de los bombardeos, pudo contar pormenores sobre daños militares y de lugares estratégicos.

Pero esto pronto cambió y la censura iraquí coartó totalmente los reportajes de Arnett, quien ya sólo pudo relatar y filmar daños causados por los bombardeos a instalaciones civiles y a ciudadanos no armados—con toda la carga emotiva que esto conlleva—, pero nada relativo a la situación militar, como él mismo describe en su libro³².

³⁰ O’Heffernan, Patrick. Ob. cit., p. 242

³¹ Kellner, Douglas. *The Persian Gulf TV War*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1992, p. 109

³² Arnett, Peter. Ob. cit

Es decir, de la misma forma que el JIB controlaba, administraba, censuraba, fiscalizaba y coartaba el trabajo informativo de los cientos de medios de todo el mundo basados en Arabia Saudí para que ofrecieran la versión de las hostilidades que interesaba al establishment político-militar estadounidense, los funcionarios del Ministerio de Información iraquí hacían lo propio en Bagdad con Peter Arnett. La única diferencia radicó en el número de medios a controlar, pero no en la política mediática aplicada.

En cualquier caso, es digno de resaltar el hecho de que la simple presencia de Peter Arnett en Bagdad —además de dotar a la CNN de una gran preeminencia informativa en la Segunda Guerra del Golfo y consagrarla mediáticamente a nivel mundial— incomodó sobremanera a las autoridades estadounidenses.

La guerra se había convertido así en una especie de partida de tenis de mesa en la que ambos bandos se lanzaban sus dardos propagandísticos, y los arrojaban al resto del mundo, a través de la televisión, y especialmente a través de la CNN, como queda dicho, pues era la única emisora que de hecho cubría ambos lados y, además, podía ser vista en todo el mundo a través de las transmisiones de satélite.

Pero no sólo la CNN. Cientos de emisoras de televisión en todo el mundo —públicas y privadas—, dedicaron una atención preferente al conflicto contra Saddam de 1991, que se convirtió, tras Vietnam, aunque con características y resultados bien diferentes como estamos viendo, en la segunda “*Guerra Televisiva*”, como la describe O’Hefferman:

“Audiences around the world were transfixed by images of a modern technological war as it happened live from the ‘enemy side’. Reporters, generals, and diplomats in the Middle East answered on-air questions from callers around the world while missiles whistled overhead in Jerusalem, Riyadh, and Bagdad. Politicians and ordinary people found that television set the pace of their lives; it determined when they slept, ate, and worked because they could not stop ‘watching the war’”³³.

Precisamente por esto último, se entiende mejor la indignación del establishment político-militar estadounidense con el trabajo de Peter Arnett en Bagdad: sencillamente, no sólo era una fuente informativa primordial, diferente y fuera de su control para seguir el conflicto, sino que además daba informaciones no censuradas por el JIB, sino por el Ministerio de Información iraquí y servían, por tanto, a los intereses del otro bando.

“President Bush and political conservatives in the United States railed against Peter Arnett’s broadcasts from Iraq, with Arnett virtually being accused of treason by U.S. Senator Alan Simpson (Republican-Wyoming)”, prosigue O’Heffernan³⁴.

³³ O’Heffernan, Patrick. Ob. cit. p. 234

³⁴ O’Heffernan, Patrick. Ob. cit. p. 234

Menos de tres semanas después de iniciarse los bombardeos aéreos, tras la expiración el 15 de enero de 1991 del ultimátum del presidente George Bush a Sadam Hussein para que se retirara de Kuwait, el cuatro de febrero, un grupo de 21 miembros de la Cámara de Representantes dirigieron conjuntamente una carta a la CNN opinando que el trabajo de Peter Arnett transmitiendo desde Bagdad daba al *“demented dictator a propaganda mouthpiece to over one hundred nations. The risk this presents —inciting fanatics and endangering our service personnel— lends great urgency to suggestions that CNN review its current policies on airing the voice of Baghdad”*³⁵.

De hecho, Arnett se vio sometido a prácticamente la misma campaña de descrédito en Estados Unidos llevada a cabo por el establishment político-militar que la que sufrieron, menos sorprendentemente quizá, en el interior de Irak y por parte de las autoridades baasistas de Sadam Hussein los escasos portavoces de la atomizada oposición iraquí que se alinearon con la coalición internacional y contra el régimen de Bagdad, compartiendo con éstos ataques a su honorabilidad personal en base a su pasado trabajo en Vietnam como reportero de agencia y difamaciones de todo tipo.

La censura y los intentos de silenciar las voces discordantes fueron, pues, prácticamente idénticos a ambos lados de la frontera kuwaití.

Pero además de la reimposición de la censura en buena medida consentida y compartida, además del reestablecimiento de la simbiosis entre medios y censores, la novedad fue otra, a la que ya nos hemos referido con anterioridad. ¿Cuál?

“What is new in this war is not censorship —Vietnam was the exception, a no censored war. What is totally different is an instantaneous, continuous, and international network. CNN really ‘is’ the story. And it’s clear that we all have a lot to learn about this new phenomenon.”, explicó Stephen Hess, un experto en medios de comunicación de la Brookings Institution, citado por Jeff Kamen³⁶.

Ese fenómeno, como lo llama Hess, estaba claramente definido para Nohrstedt. *“The media of the allied countries took a completely dominating position with regard to the news flow from the Gulf War. Both in Iraq and Saudi Arabia it was mainly journalists from the U.S. media who had admittance and therefore unique access to the war scene. The big U.S. media, such as CNN, could thus send their teams to the area at an early stage and establish a position as a central source of information. The pool system*

³⁵ Library of the Congress of the United States, 1991

³⁶ Kamen, Jeff. CNN’s Breakthrough in Baghdad. The Media and The Gulf; The Press and Democracy in Wartime. Edited by Hedrick Smith. Seven Lock Press, Washington D.C, 1992. p. 351

strengthened their position because they had a monopoly on the more spectacular news material”³⁷.

Pero, junto a esa preeminencia de las cadenas de televisión estadounidense a favor del viento censorial impuesto por el sistema de pools, sus características de instantaneidad, continuidad e internacionalidad dieron a la CNN el liderazgo indiscutible y, consecuentemente, se convirtió en la fuente oficial —por mor de la censura— primordial de información en la Segunda Guerra del Golfo desde ambos bandos del conflicto: el de la coalición internacional y el del régimen iraquí, como hemos descrito.

Es decir, el avance tecnológico que supuso la popularización de la televisión transmitida por satélite durante las 24 horas del día, el gran éxito comercial de la CNN, y las supuestas ventajas que para la libertad de información debería haber supuesto semejante innovación mediática fueron automáticamente controlados y neutralizados por los dos férreos sistemas de censura impuestos en Bagdad y en Dahrán. La realidad se impuso a la buena voluntad y a los avances tecnológicos para reimponer la simbiosis.

El espejismo de la “libre” cobertura de un conflicto, creado en Vietnam y extendido en años posteriores en el escenario de la Guerra Civil libanesa y algunos otros conflictos mesoamericano —El Salvador, Nicaragua—, y auspiciado ficticiamente por los avances tecnológicos de las transmisiones por satélite a partir de la década de los años setenta del Siglo XX, quedó diluido en la Segunda Guerra del Golfo, merced al control establecido por los sistemas censoriales precisamente sobre esas nuevas tecnologías.

“The Gulf War was a showcase of new technology for bringing live news direct to viewers, but it must not be assumed that because this technology exists everyone has it, or that governments have lost their ability to control it. In reality, it showed that live SNG (satellite newsgathering) technologies can be exploited by governments as readily as they can be used by media to exploit governments for high-ratings stories”, explica O’Heffernan³⁸.

El resultado fue, en la visión del veteranísimo corresponsal de guerra Phillip Knightley, *“The deadly videogame”³⁹.*

En efecto, porque mientras el conflicto se mantuvo en el estadio inicial de los bombardeos aéreos, desde las salas de prensa de Dahrán se ofrecía al público mundial una serie de filmaciones, apropiadas para la televisión, hechas desde los propios bombarderos de la

³⁷ Nohrstedt, Stig, A. Ob. cit. p.127

³⁸ Ob. cit. p.243

³⁹ Knightley, Phillip. The first casualty. The war correspondent as hero and myth-maker. From the Crimea to Kosovo, Chapter 19, Prion Books Ltd. Imperial Works, London, 2001, pp. 483-500

coalición que mostraban como se destruían los objetivos militares, aunque luego desde Bagdad la CNN mostrara que muchos de ellos eran instalaciones puramente civiles.

Pero la ocultación llegó a su paroxismo, con la aquiescencia de los medios cuando se inició la ofensiva terrestre, durante la cual fueron, consciente y premeditadamente, ocultadas o semiocultadas, deliberadamente ignoradas o directamente encubiertas, las matanzas de miles de soldados y civiles iraquíes por el fuego “liberador” de los ejércitos de la coalición.

Una descripción, a modo de ejemplo, hecha por un periodista británico de la matanza con bombas de napalm de soldados iraquíes, cuyas imágenes fueron rodadas por varios equipos de televisión y sólo una emisora japonesa llegó a emitir, parcialmente, perdiéndose la oportunidad de, al menos por una vez, contar lo que realmente estaba pasando y que no coincidía con la “visión de videojuego” que las televisiones por satélite y especialmente la CNN transmitían para conveniencia de los intereses del establishment político-militar occidental:

“The central truth here was a massacre. Large numbers of people, several hundred, had been horribly killed and the world had seen nothing of this during the entire course of the war to date. Seldom had the job of the correspondent looked so clear cut that it did on Mutla Ridge: show people, tell people. The whole point about the Gulf War was that it was censored to such a degree that the images went in precisely the opposite direction. They gave the casual sense that no one had died or been hurt. Mutla Ridge was a rare, golden opportunity to try to put that right. No minders, no censors, no FTUs or PAOS in most cases. It was not the time to look the other way.”⁴⁰

El propio Thomson estima a continuación que *“It was crucially important to report, to show at last that this war like any other was about killing people. Not only this, these people were manifestly not fighting, but fleeing in panic. The second fact made it more important still to show what the Allies had done for whatever reasons they were able to give. Furthermore, what happened below Mutla Ridge was not some genteel matter of military burials with people being laid out under blankets with their rifles across them, it was people being cut to ribbons and burned alive as they tried to save themselves. What some of those people had been doing in Kuwait City is immaterial to reporting what happened to them as they left”⁴¹.*

⁴⁰ Thomson, Alex. *Smokescreen. The Media, The Censors, The Gulf*, Laburnham Books and Spellmount Ltd., 12 Dene Way, Spedlhurst, Tunbridge Wells, Kent, UK., 1992, p. 259

⁴¹ Thomson, Alex. *Ob. cit.* p. 260

Consecuencia de la ocultación sistemática de los hechos luctuosos como el relatado por Thomson por los responsables del establishment político-militar aliado —y con la colaboración inestimable de buen número de editores y responsables e incluso reporteros de medios que asumieron personal o colectivamente, consciente o inconscientemente, la “necesidad” de evitar el “efecto Vietnam” — fue el papel al que quedaron reducidos los medios o, el menos, la mayoría de ellos.

En otra impactante descripción de los hechos, el periodista estadounidense Robin Anderson estima que *“The Mother of All Battles war little more than a sweep against a defeated army in retreat. One [american] pilot said the road to Basra filled with the withdrawing Iraqi army looked like ‘spring break at Daytona Beach’ as he bombed the congested line. No images from the ground which might have sobered up the college metaphor were provided. Americans were allowed to see only uplifting footage of the Liberation of Kuwait and grateful prisoners kissing the hands of their ‘liberators’. What became clear as the ground war pressed on to ‘total victory’ was that one of the main targets for destruction was actually the spectre of the Vietnam war”*⁴².

*“When U.S. television did show pictures of dead civilians, viewers were invited not to feel concerned because they were part of Hussein’s ‘psychological war against the American public’. Over graphic videotape of the charred bodies of dead children, NBC’s Faith Daniels says, ‘What they do show is that Saddam Hussein’s propaganda machinery continues to function’. And after airing a few moments of civilian casualties, the MacNeil-Lehrer News Hour called the footage ‘heavy handed manipulation’. Time magazine defined ‘collateral damage’ as ‘dead or wounded civilians who should have picked a safer neighborhood’”*⁴³.

Como puede apreciarse, el cinismo más acendrado no estaba ausente de algunas de las descripciones facilitadas por reporteros y editores, tal como refleja Anderson en el párrafo reproducido.

Fruto de todos esos factores hasta aquí hemos mencionado, los medios, sus responsables y los periodistas quedaron, a veces incluso voluntariamente, limitados a ser meros ‘cheerleaders’, —es decir, “animadores”, “vitoreadores” o hacer de “claque”— según el término empleado por el que en aquella época fue director de informativos de la emisora de televisión National Broadcasting Corporation (NBC), Larry Grossman, quien, no obstante reconoce o justifica parcialmente ese papel y ofrece una opinión claramente conservadora de lo que debe ser el periodismo de guerra, admite también que ese papel fue

⁴² Anderson, Robin. *The Pres, The Public and The New World Order. Media Development (Special Issue)*, World Association for Christian Communication, Boston, Ma., October, 1991, p. 20

⁴³ Anderson, Robin. Ob. cit. p. 20

desempeñado algo exageradamente en esta Segunda Guerra del Golfo que nos viene ocupando.

“There is no question that in war, reporters tend to be cheerleaders for their own side and their own country. They are patriots like everybody else and tend to have very conventional views of what is going on. But certainly in this war, which lasted for such a short time and was so intense, I think there were no questions that we saw an unusually patriotic, supportive journalistic corps.”⁴⁴

Emery aporta una interesante conclusión sobre la televisión a esa cita de Grossman y cita a otro responsable de otra televisión americana que aporta un nuevo concepto que años más tarde recobró plena actualidad y vigencia, a raíz del inicio por el presidente George W. Bush —hijo del George Bush que presidía EE UU y lanzó la Madre de Todas las Batallas— de su mundial Guerra contra el Terrorismo tras los atentados terroristas del 11-S a las Torres Gemelas del World Trade Center en Nueva York y el edificio del Pentágono en Washington.

“It was Grossman’s contention that this perception was ‘exacerbated by television’. Of course it was, with all of the ‘Hi, Mom’ messages being flashed back as if from the sidelines of a football game. To Grossman the most interesting aspect of the war was the government’s dominance of the television screen. ‘The issue was not so much keeping things away, but how much from one perspective dominated the screen. This was the ultimate in the cheerleading war’. Former CBS broadcaster Marvin Kalb chimed in with this criticism: ‘Unfortunately, the American people were short changed, in part because the press engaged in that most dangerous of professional practices, namely, patriotic journalism’⁴⁵.

Aunque otro autor ya citado, Phillip Knightley, no recoja exactamente esos argumentos, lo que sí es cierto es que su conclusión al respecto podría estar perfectamente basada en los relatos anteriores. Nightley ofrece una visión quizá algo corporativista y, en cualquier caso, no se refiere nominalmente a la censura, aunque su acción planea sobre su conclusión. Mas, indudablemente, la validez del argumento de este autor es meridiana.

“The Gulf War marked an important turning point in the history of war correspondents. Not only it was a war in which the military succeeded in changing people’s perceptions of what battle was really like, one in which the ‘surgical’ precision of new high-tech

⁴⁴ Grossman, Larry. [En] Michael Emery. On the Front Lines, Following America’s Foreign Correspondents across the Twentieth Century, American University Press, Washington D.C., 1995, p. 272

⁴⁵ Grossman, Larry y Kalb, Marvin. [En] Michael Emery en On the Front Lines, pp. 272-273

*weapons meant few if any civilian casualties, but one in which the way the war was communicated was as important as the conduct of the war itself*⁴⁶.

Pero si importante es esta conclusión, más lo es los dos argumentos básicos en los que este autor la apoya.

*“As historian James Comb concludes: ‘With their political and military power to command, coerce and co-opt the mass media, the national security elite can make the military event go according to script, omit bad scenes and discouraging words and bring about a military performance that is both spectacular and satisfying’. Or, as put more brutally by Barry Zorthian, chief Pentagon public affairs spokesman during the Vietnam War, to a National Press Club forum on March 19, 1991: ‘The Gulf War is over and the press lost’*⁴⁷.

Y el papel preponderante —a veces devenido en prepotente— como punta de lanza del entramado del periodismo patriótico puesto en pie por el establishment político-militar estadounidense para controlar y vencer la batalla de la información además de la Segunda Guerra del Golfo correspondió a las televisiones estadounidenses, en especial a la CNN, que fueron el instrumento ideal para que la censura ejercida específicamente a través del sistema de “pool” fuera tan tremendamente efectiva como hemos visto, con lo que se hizo realidad la simbiosis medios-establishment político-militar, aunque fuera de forma impuesta.

*“The media of the allied countries took a completely dominating position with regard to the news flow from the Gulf War. Both in Iraq and Saudi Arabia it was mainly journalist from the U.S. media who had admittance and therefore unique access to the war scene. The big U.S. media, such as CNN, could thus send their teams to the area at an early stage and establish a position as a central source of information. The pool system strengthened their position because they had a monopoly of the more spectacular news material”*⁴⁸.

Sin embargo, esa utilización llevada a su máximo punto de la televisión como arma propagandística servidora de la censura impuesta por el establishment político-militar apenas tardó una decena de años en ser “contestada”.

En efecto, el devenir de la más reciente Guerra contra el Terrorismo, con las intervenciones internacionales coordinadas desde el Pentágono en Afganistán y, nuevamente, Irak sirvió de caldo de cultivo para que los países y los medios no incluidos o directamente excluidos

⁴⁶ Knightley, Phillip. Ob. cit. p. 500

⁴⁷ Knightley, Phillip. Ob. cit. p. 500

⁴⁸ Nohrstedt, Stig A. Ob. Cit. p. 126

de las sucesivas supuestas “coaliciones internacionales” construidas por el establishment político-militar desde Washington erigieran o fundaran sus canales alternativos de lo que podríamos llamar claramente contra-comunicación.

Así nació y se ha configurado como tal, en los primeros años del siglo XXI, la emisora de televisión qatarí Al Jazeera, La Isla, en castellano, como referencia no sólo al lugar físico donde se basa —Qatar—, sino quizá también y subliminalmente como reflejo de que, al menos en sus orígenes, venía a ser una voz aislada del mar mediático dominado por Estados Unidos y los países desarrollados miembros de las coaliciones internacionales al uso.

El nacimiento y el papel de Al Jazeera debe entenderse en un contexto sociopolítico mediorientista y global en el que la constatación, la protesta contra los modos y actuaciones totalizadoras y uniformizadoras de los grandes medios de comunicación acaba cristalizando en alternativas de todo tipo y, paradójicamente, gracias a la utilización de las mismas armas mediáticas inicialmente solamente dominadas o en manos de los países más desarrollados, en general, y de Estados Unidos, en particular.

Lo que antecede sobre Al Jazeera sirve, obviamente, también para explicar la eclosión de lo que podríamos llamar mini-medios de comunicación a través de Internet y su expresión más extendida y aprovechada como son los web-logs, que llegaron a ser fuente de comunicación alternativa durante la invasión y destrucción de Irak en el año 2003, además de ser profusamente utilizados por la red terrorista Al Qaeda que pivota sobre el multimillonario saudí Osama Ben Laden.

La experiencia, el ejemplo, parece cundir: En el año 2005 acaba de ponerse en marcha una experiencia similar a la de Al Jazeera en Iberoamérica. Es la llamada Telelatino que, a diferencia de la emisora qatarí, está directamente apoyada por tres estados del continente americano: Venezuela —origen del canal— y Cuba, fundamentalmente, y de forma algo más tibia Argentina e, incluso, Brasil.

Quizá por el éxito de ambos experimentos, desde la invasión estadounidense de Irak se habla cada vez más en los parlamentos nacionales y en las reuniones intergubernamentales del Primer Mundo de la necesidad de regular el uso de Internet. Es decir, censurarlo de una u otra forma. Para que la conclusión, ya reseñada, que hizo en 1991 el jefe de los portavoces del Pentágono durante la guerra de Vietnam, Barry Zorthian, siga siendo cierta: “The Gulf War is over and the press lost”.

VII

conclusiones

VII.- CONCLUSIONES

I.- Frente a la primera irrupción brutal de la censura en tiempo de guerra, como ocurrió en la Guerra de Secesión estadounidense, en Cuba se registró una situación exactamente contraria y que dio lugar a la forma más competitiva del Periodismo Amarillo aprovechando la permisividad de las autoridades españolas con los corresponsales estadounidenses.

II.- La tremenda competencia por obtener mayor cuota de mercado gracias a noticias sensacionalistas entre los medios de los magnates Hearst y Pulitzer contribuyó decididamente a justificar a los ojos de la opinión pública la entrada de Estados Unidos en guerra, aunque no hay que minimizar los intereses económicos y estratégicos del Gobierno de McKinley para ello.

III.- El invento de la telefotografía produjo un salto cualitativo en la impresión de los periódicos, que pasaron a imprimir fotografías en blanco y negro, eliminando las ilustraciones. Falsear la realidad, por tanto, si se quería reflejarla gráficamente, se hizo más difícil técnicamente: era necesario manipular la fotografía para ello. Esto hizo que los censores focalizaran su interés en este nuevo medio, como más tarde lo harían sobre la televisión y la radio, “especializando” las formas de censura.

IV.- Por primera vez en Cuba apareció como actor fundamental de un conflicto militar el establishment político-militar, un conjunto no uniforme de organismos —Congreso, Senado, sectores del Departamento [ministerio] de Defensa, sectores del Departamento de Estado [ministerio de Asuntos Exteriores] y sectores del Departamento de Seguridad Nacional, conjuntados con representantes de intereses industriales y comerciales con ellos relacionados directamente.

V.- La comunión de intereses entre el establishment político-militar estadounidense y los representantes del Periodismo Amarillo hizo que éstos gozaran de total impunidad para publicar en sus medios versiones de los hechos más antiespañolas y radicalmente pro-estadounidenses. No hubo ningún intento de aplicación de normas de censura ni deontológicas en Estados Unidos sobre los escritos de los corresponsales enviados al conflicto en la Gran Antilla.

VI.- La actitud permisiva del establishment político-militar estadounidense hacia las exageraciones y tergiversaciones del Periodismo Amarillo supuso una clara violación de los principios consagrados en la First Amendment a la Constitución, que establece el derecho del público a una información veraz. Violaciones como ésta se repetirían en conflictos posteriores, sin contrapeso informativo en unos —Segunda Guerra Mundial,

Corea, Irak— y con informaciones contrarias y contrastadas en otros —Vietnam, Irak de nuevo—

VII.- Con la fuerza expedicionaria estadounidense a Cuba viajaron periodistas de medios del país, que llegaban hasta la línea de combate e, incluso, empuñaron las armas en alguna ocasión dando lugar a la primera manifestación del “empotramiento” (embedment) de informadores en unidades militares y al “periodismo patriótico”, del que luego hubo nuevas manifestaciones en la Segunda Guerra Mundial y en las campañas estadounidenses contra Saddam Hussein, como formas de aceptación voluntaria de la censura militar.

VIII.- En Cuba, consecuentemente, el problema de la accesibilidad a los lugares donde se produce la información se resolvió favorablemente para los periodistas y sus medios, tanto para los que trabajaron en el lado español como para los que viajaron con la fuerza expedicionaria estadounidense.

IX.- Tras la prohibición total de acceso registrada en la Guerra de Secesión y la permisividad total habida en Cuba, la accesibilidad se convirtió desde entonces en central para las relaciones entre medios de comunicación y establishment político-militar, originando un debate permanente en torno a la aplicación de la First Amendment en tiempo de guerra.

X.- La tolerancia hacia los medios de comunicación que tan buenos resultados dio en la Guerra de Cuba no resultaba viable en el contexto de la Primera Guerra Mundial, por lo que el establishment político-militar promovió la promulgación de la Espionage Act, en 1917, en plena primera contienda internacional, y de la Sedition Act, un año después, para intentar poner coto a los excesos del Periodismo Amarillo, en particular, y de los medios de comunicación, en general.

XI.- La amplitud de los casos previstos por y la severidad con que serían reprimidas las violaciones de ambas leyes de 1917 y 1918 supusieron dos serias cortapisas a las libertades establecidas en la First Amendment.

XII.- Ambas leyes tuvieron como origen el clima de histeria prebélica en Estados Unidos a partir del inicio de la Primera Guerra Mundial —a pesar de que la potencia ultramarina no entró en ella hasta 1917—, que recordaba al registrado durante la guerra franco-americana que dio origen a la primigenia Sedition Act, en 1798.

XIII.- La espectacular mejora de los medios técnicos de transmisión de información en las primeras décadas del siglo XX hicieron que las comunicaciones pasaran a convertirse en un problema de Seguridad Nacional para el establishment político-militar, que reaccionó con las leyes de 1917 y 1918 y con el establecimiento de la censura para las informaciones

de carácter militar, en aquel momento histórico, y que ha seguido desarrollando formas e intentos de censura incluso en la era de Internet, con prueba el llamado Caso Eschelon.

XIV.- Estados Unidos siguió así el camino trazado por los contendientes europeos, especialmente el Reino Unido, en materia de censura de prensa en tiempo de guerra, utilizando los medios de comunicación a favor de la causa sagrada de la Seguridad Nacional, actitud que dio lugar al nacimiento de la propaganda política contemporánea.

XV.- En este aspecto, la forma en que las potencias integrantes del Eje manejaron el asunto fue cuanto menos cándida: A pesar de las claras e inequívocas simpatías generales en Estados Unidos hacia los enemigos de Alemania y Austro-Hungría, los corresponsales estadounidenses trabajaron con casi absoluta libertad desde Berlín, Budapest o Viena hasta la declaración de guerra del Gobierno de Woodrow Wilson.

XVI.- El Gobierno de Washington utilizó abusivamente la Seditio Act y la Espionage Act — complementadas con la Trading with the Enemy Act (TWEA)— para reprimir, acallar y sofocar cualquier tipo de disidencia interna política y mediática.

XVII.- Por primera vez en la Historia de Estados Unidos, TWEA autorizó en 1917 la censura total de comunicaciones por correo, cable, radio y telégrafo y de la distribución de publicaciones extranjeras contrarias al esfuerzo de guerra.

XVIII.- Se comenzaron a aplicar tras la promulgación de TWEA, dos tipos de censura. La previa, directamente sobre los corresponsales y enviados especiales en los frentes y retaguardias. La “a posteriori”, sobre el territorio nacional de Estados Unidos. La primera era ejercida por la clásica censura militar, de funcionarios destinados al efecto. La segunda, por el Committee on Public Information (CPI), creado en 1917, la gran aportación de la presidencia de Wilson a la historia de la propaganda, considerado el primer gran aparato de censura de prensa y de propaganda del mundo contemporáneo.

XIX.- La censura a posteriori, la interior al país, tuvo como objeto privilegiado la prensa y los círculos de pensamiento y políticos izquierdistas, ligados a sindicatos o a partidos, así como los órganos de prensa destinados a la población negra, especialmente la de los centros industriales del país, y a las colonias emigrantes de países contrarios al bando estadounidense (alemanes, especialmente).

XX.- El uso por determinados periódicos “negros” o “para negros” de las técnicas de información escrita propias del Periodismo Amarillo para difundir sus posiciones progresistas, antirracistas y pacifistas frente a las belicistas del establishment político-militar les hizo objeto preferente de atención para los órganos censoriales, formados principalmente por individuos WASPs (white anglo saxon protestant), e intolerables para el establishment político-militar.

XXI.- Aunque hibernados, disueltos o reformados, las leyes y los organismos censoriales y de represión puestos en pie durante la Primera Guerra Mundial sirvieron de precedente, base o, incluso, para remodelar otros nuevos de cara a hacer frente en años posteriores a la llamada Red Scare (Peligro Rojo) producida en Estados Unidos a partir del triunfo de los bolcheviques frente al régimen zarista de 1917.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. LA SIMBIOSIS TOTAL.

XXII.- Desde el final de la Gran Guerra en 1918 y hasta 1933, dos nuevos medios de comunicación vinieron a revolucionar las artes y artimañas de propaganda y censura para contrarrestar las facilidades que la distribución de información y el consecuente impacto en la opinión pública tenían precisamente esos dos nuevos medios: los documentales informativos y, especialmente, la radio.

XXIII.- Ya antes de la II Guerra Mundial los políticos de todo tipo usaron la radio como arma de comunicación y propaganda. De hecho, los dirigentes del Partido Nacionalsocialista Adolf Hitler y Josef Goebbels la hicieron su principal medio para extender sus ideas propagandísticas, al igual que ocurría con la propaganda soviética hacia Europa central emitida desde Moscú. En consecuencia, la censura sobre las emisiones de radio se convirtió en objetivo preferente de los encargados de ejercerla por la inmediatez del medio radiofónico.

XXIV.- Si de 1914 a 1918 el control de la prensa en Alemania y Austro-Hungría había sido todo lo permisiva que podía ser dadas las condiciones del conflicto y ese mismo control fue rígido y duro en el bando aliado, entre 1939 y 1945 fueron los aliados quienes ejercieron su control mediático en tiempo de guerra sorprendentemente sin ninguna laxitud —y especialmente en el Pacífico— que emulaba la extrema dureza de la Alemania nazi, la Italia fascista, el Japón imperial y la Unión Soviética.

XXV.- Interiormente, en el territorio de Estados Unidos, la represión mediática y política se centró, en consonancia con la Red Scare, sobre sindicalistas e izquierdistas en general, especialmente si eran oriundos de Centroeuropa o Italia. Los partidarios del nuevo sistema socialista de la URSS eran percibidos ya como la nueva amenaza interior.

XXVI.- La defensa de los regímenes liberales frente a los totalitarismos hizo popular la causa de la Segunda Guerra Mundial, lo que contribuyó a la admisión por parte de la opinión pública de la “necesidad” de la censura para evitar que el enemigo nazi, fascista o imperial se beneficiara de la “laxitud” democrática. Se produjo así la simbiosis entre censores y actores de la información, hecho que se puede considerar como el nacimiento del Periodismo Patriótico.

XXVII.- La alianza estratégica de la URSS con las democracias frente a los totalitarismos alemán, italiano y japonés, plasmada en los miles de voluntarios izquierdistas americanos

que lucharon en España y después en suelo europeo, cambió en cierto modo la percepción de los organismos censoriales que relajaron su presión interna sobre los representantes locales del Peligro Rojo, puesto que éstos asumían, en la línea política del estalinismo, la necesidad de ganar la guerra, es decir, defender las democracias liberales frente a los fascismos, ante de hacer la revolución social.

XXVIII.- En la Segunda Guerra Mundial, el inicio del nuevo medio que abriría una nueva y más tremenda revolución comunicacional, la televisión, apenas estuvo presente directamente en los frentes, por lo que las censuras se concentraron principalmente en prensa y radio. No obstante, la grabación de imágenes de cinematógrafo empezó a adquirir importancia tanto para sus autores y el público como para los censores.

XXIX.- El tremendo golpe moral —además de militar— que supuso el ataque japonés a Pearl Harbor motivó, entre otras cosas, que los órganos de censura militar sobre el terreno fueran mucho más estrictos en los frentes del Pacífico, comandados por el general MacArthur, que en los europeos, bajo la autoridad del general Dwight Eisenhower.

XXX.- El extremo celo de los aparatos censoriales militares del ejército estadounidense en el Pacífico se debió también al intento de enmendar el el gran fracaso que para esos servicios y los de inteligencia supuso que Japón pudiera atacar por sorpresa la mayor base militar estadounidense en esa zona del mundo, Pearl Harbor, en Hawaii.

XXXI.- La destrucción de Pearl Harbor y la flota movió al presidente Roosevelt a variar su estrategia comunicacional. Hasta ese momento, confió en sus tremendas dotes de persuasión y popularidad para hacer comulgar a la opinión pública con la causa. A partir del mismo momento, le obligó a fundar The Office of Censorship (TOC) y The Office of War Information (TOWI), como instrumentos formales de censura, control y propaganda de guerra.

XXXII.- La percepción general de la “necesidad” de la guerra a favor de la democracia llevó a medios e informadores a aceptar de buen grado el Code of Wartime Practices for the U.S. Press, por lo que la censura se convirtió en prácticamente voluntaria, con grandes connotaciones de autocensura, y los órganos que las aplicaban fueron considerados no como represivos sino como instrumentos coadyuvantes a la victoria sobre los regímenes totalitarios.

XXXIII.- Paradójicamente, la más agria crítica a TOWI vino de su director, Elmer Davis, un periodista profesional que reivindicó el mito del Periodismo Amarillo como defensor del principio democrático de la libertad de prensa (la información sin cortapisas como mejor forma para luchar contra el enemigo exterior antidemocrático que no respeta las normas de la democracia liberal.

XXXIV.- Paradigma del ambiente de autocensura y aceptación de la censura fue la complicidad con la que varias decenas de reporteros, articulistas y editores guardaron el secreto de los ensayos nucleares y la prueba final de la bomba atómica en Alamogordo (Nuevo México) durante dos años (1943-45).

XXXV.- Corea y Vietnam se convirtieron en impopulares como conflictos militares, sobre todo este último, a los ojos del americano medio. La actitud misma de los medios y los periodistas ante las cortapisas a la información cambió.

XXXVI.- La ruptura vino también por que los periodistas se olvidaron de la autocensura, derivada de que la censura fuera “voluntaria”, y comenzaron a informar realmente de lo que pasaba en los frentes, con toda su carga de miedo, desesperación, sufrimiento y odio entre los soldados del propio bando, el estadounidense y el de la democracia.

XXXVII.- La implicación de China en Corea fue decisiva para que Estados Unidos recurriera a la vieja arma de la censura. Así, en cuanto China entró en guerra en Corea, la censura militar se impuso con total firmeza, lo que dio origen a una serie de estrategias de los medios para intentar evadirla a través de Japón, como los viajes a Tokio y otros lugares para transmitir las informaciones sin pasar por censura.

XXXVIII.- Para implantar la censura, los estadounidenses copiaron la medida aplicada por los británicos a principios de la Primera Guerra Mundial. El Cuerpo de Señales del Ejército de Estados Unidos puso bajo su control la única central telefónica que conectaba Corea con Japón, después de que MacArthur ordenara el establecimiento de la censura obligatoria, pero no por razones de seguridad, sino por su indignación con coberturas periodísticas que él personalmente consideraba negativas.

XXXIX.- La accesibilidad a los frentes, por contraposición a la censura, se convirtió la seña distintiva de Vietnam. Las diferencias entre lo que se veía sobre el terreno y las versiones que luego facilitaban los portavoces militares crearon la brecha entre los altos oficiales y los periodistas, en primera instancia, y entre el establishment político-militar y los medios, en segunda.

XL.- Después, las características de la guerra misma en Indochina y las nuevas tecnologías prácticamente dejaron obsoleto cualquier tipo de censura. Como resultado, la guerra en toda su crudeza llegaba libremente a los periódicos, al público de todo tipo a través de la televisión. Los muertos estaban encima de la mesa del comedor a través de los periódicos o en la sala de estar por medio de la televisión todos los días y a todas horas: fue el “efecto Vietnam”: La aparición de cámaras de televisión en los frentes de combate y la grabación, transmisión y difusión de esas imágenes llevó la guerra, sus contradicciones y sus horrores a prácticamente todos los hogares estadounidenses, convirtiendo Vietnam en un conflicto tremendamente impopular.

XXI.- En Vietnam, la estrategia principal del establishment político-militar saltó en pedazos por las informaciones sin tapujos ni censuras de lo que realmente estaba ocurriendo, en los frentes y en la retaguardia, gracias a la accesibilidad prácticamente total.

XXII.- Una gran coincidencia de Vietnam con Cuba fue la ausencia de censura real en ambos conflictos. Pero, si bien en Cuba las atrocidades que inflamaron a la opinión pública estadounidense eran las cometidas —real o ficticiamente— por las tropas españolas, en Vietnam esa misma indignación fue provocada por las realizadas, y también fielmente contadas, por los soldados estadounidenses. Además, las muertes de las que se informaron en Cuba fueron casi exclusivamente de independentistas locales, mientras que en Vietnam fueron las bajas propias, las estadounidenses, las que llegaron crudamente a la opinión pública, con efecto agravado porque no se trataba de soldados profesionales, sino de reclutas.

XXIII.- Otra característica que comparten ambos conflictos, Vietnam y Cuba, fue la prácticamente total accesibilidad —que llegó a extremos esperpénticos, como en el caso de la desaparición del fotógrafo Sean Flinn—, aunque en el caso indochino esa accesibilidad no fue tan notable en el frente controlado por el régimen comunista norvietnamita como lo había sido en el lado español durante la guerra en la Gran Antilla.

XXIV.- Un motivo fundamental por el que el establishment político-militar no pudo y no consiguió implantar la censura en Vietnam fue que la intervención estadounidense consistió oficialmente en una “misión de asesoramiento” o entrenamiento, es decir, se trató de la participación del ejército de Washington en una guerra no declarada oficialmente, lo que impedía el establecimiento de determinados mecanismos legales previstos en caso de conflicto, entre ellos el de la censura.

XXVI.- La intervención directa, aunque no oficial, a favor de un régimen autoritario, como el de Vietnam del Sur, impidió que la causa de la democracia pudiera ser invocada para justificar el esfuerzo de guerra estadounidense, lo que contribuyó a la impopularidad de la misma: Por primera vez en su historia el establishment político-militar obligaba al país a colocarse oficialmente junto a un régimen autoritario en un conflicto de envergadura que exigía un gran esfuerzo presupuestario, humano, material y político: El Periodismo Patriótico se hizo así imposible para la inmensa mayoría de los corresponsales estadounidenses.

XXVII.- La ausencia en Vietnam del respaldo oficial de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) de que gozó el cuerpo expedicionario en Corea agravó aún más la circunstancia anterior, provocando entre amplios sectores de la población de Estados Unidos un rechazo similar al registrado en Europa, fundamentalmente, contra la Tercera Guerra de Irak, en 2003 y años posteriores.

XLVIII.- El cúmulo de estas circunstancias y la falta de reacción de la administración Johnson ante ofensivas norvietnamitas importantes, llevó a Estados Unidos a perder también la guerra de la propaganda a nivel mundial, frente a los aparatos de propaganda del bloque sino-soviético empeñados en la popularización de la lucha “anti-imperialista” de los vietnamitas apoyados por los movimientos independentistas y no alineados del Tercer Mundo y los partidos y organizaciones clásicas de la izquierda en todo el mundo occidental.

XLIX.- La televisión, que se convirtió en estos años de Vietnam en el gran medio de comunicación de masas, contribuyó a ahondar las contradicciones entre el establishment político-militar y la prensa en general y a extender la negatividad con que la opinión pública estadounidense y mundial contempló la guerra vietnamita y la forma en que era gestionada oficialmente.

L.- En lo que se refiere a las relaciones entre el establishment político-militar y los medios de comunicación en Estados Unidos, al ejercicio o ausencia de censura, en definitiva, el círculo informativo que estuvo abierto en los mejores tiempos de la libertad de prensa consagrada por la First Amendment se cerró férreamente en la Segunda Guerra del Golfo, contra Irak, en 1991, mediante el control férreo de la accesibilidad a los frentes de combate, a las fuentes informativos y a todo tipo de datos que pudieran significar la difusión de una versión distinta de la auspiciada desde el establishment político-militar.

LI.- El resultado contraproducente de la extrema información o publicidad que tuvieron las operaciones militares en Vietnam —incluyendo las clandestinas y descubiertas por los medios y que provocaron una internacionalización mayor del conflicto en el Sureste asiático— sumada al desastroso efecto que ello tuvo en la opinión pública norteamericana —convirtiéndola en antibelicista— llevaron a los militares a reaccionar negativamente frente al papel de la prensa en los conflictos y convencerse de que era contraproducente que los medios tuviera facilidades de trabajo incontroladas.

LII.- El establishment político-militar estadounidense se planteó, a partir de la paz en Vietnam de 1975, una especie de consigna implícita a cumplir por encima de todo: “Never Again” (Nunca más”). Y así cambió su estrategia hacia la prensa. Muchos militares estadounidenses salieron de Vietnam con la idea de que, en lo sucesivo, habrían de librar dos guerras en cualquier conflicto: una contra el enemigo en cuestión y otra contra los medios de comunicación.

LIII.- El inicio del envío de sonidos, imágenes y textos por satélite de un extremo a otro del globo provocó en los años siguientes a Vietnam la internacionalización de la inmediatez de los conflictos: La Guerra Civil de Líbano, la invasión de Granada, la Revolución Iraní, la invasión de Panamá, la Guerra entre Irak e Irán, la invasión israelí de Líbano, etcétera. Si se distribuyera con total libertad, el cúmulo de informaciones se habría

convertido en inmanejable, desde el punto de vista de los controladores de la información, de quienes pretendían y a veces conseguían impedir la difusión de unas noticias, tamizar la de otras o desmentir algunas otras

LIV.- Los controles sobre el origen o el punto de emisión de la información aumentaron exponencialmente en la Segunda Guerra del Golfo, en 1991. Se redujo, en definitiva, radicalmente la accesibilidad al origen de la noticia. Justo lo contrario de lo que había pasado en Vietnam. La recuperación de manera sistemática y férrea del sistema de “pool” (grupo) fue el arma preferida por los censores.

LV.- Junto al sistema de “pool” para impedir selectivamente la accesibilidad a la información, los censores del establishment también y novedosamente realizaron su misión a través del control del uso de los satélites de comunicaciones, imprescindibles para transmitir todo tipo de información y sobre todo imágenes de televisión.

LVI.- Ambos tipos de control se ejercieron indiscriminadamente y por igual en ambos bandos combatientes en la Segunda Guerra del Golfo, con lo que el sistema censoral del establishment político-militar se equiparó al del régimen de Saddam Hussein.

LVII.- En esa Segunda Guerra del Golfo, las restricciones a los medios de comunicación que cubrieron el conflicto desde Arabia Saudí, Kuwait (más tarde) o cualquier otro de los frentes controlados por el Ejército de Estados Unidos fueron muy estrictas. Y sólo comparables a las que desde hacía décadas venían aplicando no sólo los regímenes totalitarios del Bloque Soviético recién desaparecidos, sino también aquellos mismos estados del llamado entonces Tercer Mundo que seguían la estela política de aquellos y contra alguno de los cuales se combatía ahora, especialmente el dictatorial Irak, o también los regímenes totalitarios de derechas que Estados Unidos había venido promoviendo y apoyando como barrera antisoviética durante la Guerra Fría.

LVIII.- La Segunda del Golfo fue la guerra de la Cable News Network (CNN), originalmente una cadena de televisión por cable, convertida en satélite después y que fue el único medio de comunicación autorizado a que uno de sus equipos permaneciera en Bagdad después de iniciarse los bombardeos aliados contra Irak. Esta permisividad iraquí hacia la CNN hizo que sus representantes en Bagdad fueran objeto desde el establishment político-militar de las mismas campañas de descrédito y desprecio de que eran objeto los medios de comunicación occidentales por parte del sistema propagandístico totalitario de Saddam Hussein.

LVIX.- La tecnología aplicada a la televisión permitió a los portavoces estadounidenses mostrar desde la retaguardia imágenes en tiempo real de bombardeos aéreos, ataque artilleros, etcétera, convirtiendo la guerra real y cruenta en un remedo de videojuego, limitando a los periodistas y los medios al papel de simples espectadores de informaciones sesgadas, en el mejor de los casos, al estilo de las Five O’Clock Follies vietnamitas.

LX.- El uso restrictivo de los satélites, de los pools, de los briefings informativos y de la censura militar clásica en las retaguardias y la ocultación de hechos sangrientos ocurridos en territorio kuwaití e iraquí convirtieron a la inmensa mayoría de informadores que cubrieron la Segunda Guerra del Golfo desde el lado estadounidense en meros “cheerleaders” (animadores o líderes de hinchadas) de los designios político-militares del establishment.

LXI.- En esta Segunda Guerra del Golfo volvió aparecer limitadamente la figura del periodista “embedded” (empotrado) en las fuerzas norteamericanas, aunque con muchas restricciones, debido a que estaba todavía latente la desconfianza originada en Vietnam del establishment hacia los medios de comunicación.

LXII.- No fue hasta la Tercera Guerra del Golfo, en 2003, cuando el establishment político-militar volvió a instaurar completamente el “embedment” de periodistas, previamente entrenados militarmente en Estados Unidos y aleccionados o adoctrinados en la bondad y necesidad de la intervención.

LXIII.- Consecuentemente, el Periodismo Patriótico volvió a tomar cuerpo y carta de naturaleza en la Segunda Guerra del Golfo, tras la experiencia vietnamita en la que quedó hecho añicos y de la que se había ido recuperando paulatinamente en diferentes conflictos “menores”. Ese Periodismo Patriótico quedó ya totalmente instalado en los medios a raíz de los atentados terroristas del 11-S en Nueva York y Washington.

LXIV.- Con las anteriores premisas y prácticas censoriales, el establishment político-militar consiguió que, al menos aparentemente y para la opinión pública estadounidense, la Segunda Guerra del Golfo se desarrollara de acuerdo con el guión previamente decidido en Washington.

LXV.- La apabullante superioridad informativa —no sólo militar— de Estados Unidos frente a Irak en la Segunda Guerra del Golfo hizo nacer el sentimiento entre las poblaciones y élites de los estados árabes y musulmanes de la necesidad de disponer de medios de comunicación alternativos que dieran “otra” versión de los hechos.

LXVI.- Ese sentimiento puede ser considerado como el embrión ideal del posterior nacimiento, a finales del siglo XX, de la televisión qatarí por satélite Al Yasira (La Isla) y, en otro continente y a principios de la primera década del siglo XXI, de la emisora TeleSur, auspiciada por el Gobierno del presidente venezolano Hugo Chávez, así como de la utilización cada vez mayor de Internet como medio de comunicación alternativo a los grandes conglomerados mediáticos miméticos o incluso simbióticos con los poderes político-militares establecidos en todo el mundo.

VIII

bibliografía

- Adams, E.E.; Rajiv S. *Daily Newspaper Advertising Trends During World War II: IRS Tax Rulings and the War Bond Drives*, *American Journalism (Quarterly)*, University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Adams, S. *War of Numbers: An Intelligence Memor*, [introduction by Col. David Hackworth], South Royalton, VT: Steerforth Press, 1994.
- Allied Expeditionary Force. Supreme Headquarters *A History of Field Press Censorship in SHAEF: World War II*, Paramus, NY: 201st Field Press Censorship Org, 1953.
- Álvarez Marcos, J. *Tecnologías para la información periodística*, MAD, 1988.
- America's On-Scene Explainer of the War in Vietnam: The Mark of Zorthian*, *Life Magazine*, 62:19, May 12, 1967.
- Anderegg, M. Ed *Inventing Vietnam: The War in Film and Television*, Philadelphia: Temple University Press, 1991.
- Anson, R.S. *War News: A Young Reporter in Indochina*, New York: Simon & Schuster: 1989; New York: Simon & Schuster, 1990.
- Arant, M.D. Jr. *Journalist Mark Ethridge's Diplomatic Missions in Post-World War II Europe: The Making of a Cold Warrior*, *American Journalism (Quarterly)*, University Of Alabama, Gower Ed, 14:3-4, 1997
- Arant, M.D. Jr. *Journalist Mark Ethridge's Diplomatic Missions in Post-World War II Europe: The Making of a Cold Warrior*, *American Journalism (Quarterly)*, University Of Alabama, Gower Ed, 14:3-4, 1997.
- Arlen M.J. *Living Room War*, New York: Viking, 1969.
- Arlen M.J. *The View from Highway 1: Essays on Television*, New York: Farrar, Straus & Giroux, 1976.
- Arnett, P. *Live from the Battlefield; From Vietnam to Baghdad, 35 Years in the world's war zones*, New York: Simon & Schuster, 1994.
- Arnett, P. *Tet Coverage: A Debate Renewed*, *Columbia Journalism Review*, January/February 1978.
- Arnold, B.C. *Military Censorship: A Guide to Sensible Censoring*, *Field Arty Journal* 33, Jun 1943.
- Aronson, J. *The Press and the Cold War*, Indianapolis: Bobbs-Merrill, 1970.
- Association for Media Literacy *Media and the Gulf War. A case study*, Weston, Ontario, 1991.
- 1939-50. History of United States and Supreme Headquarters, AEF, Press Censorship in the European Theater of Operations, 1942-1945*, Australia's Dept. of Info., Repro typescript, Jul 1945.
- AuthPub-FM. *Prisoner of War Censorship: Military Intelligence: Technical Manual 30-236*, Oct 1946.
- AuthPub-TC. *Military Intelligence, Counterintelligence: Field Manual 30-25*, Feb 1940.
- Bacus, K.M. *The Rhetoric of the Press: Newspaper Treatment of Richard Nixon's Major Statements on Vietnam, 1969-1970*, Ph.D. dissertation, Speech, University of Kansas, 1974.
- Baldwin, T.; Mcvoy, D. *Cable communication*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1983.

- Balfour, S. *El fin del Imperio español (1898-1923)*, Crítica, Madrid, 1997.
- Banning, K. *Military Censorship of Pictures in World I*, Pamphlet, 1920.
- Bartimus, T.; Fawcett, D.; Jurate, K.; Lederer, E.; Bryan, A.; Merick, A.M.; Palmer, L.; Webb, K.; Wood, T. *War Torn: Stories of War from the Women Reporters who Covered Vietnam*, New York: Random House, 2002.
- Bates, M.J. et al. Eds *Reporting Vietnam*, American Journalism: 1959-1969 Part One, 1969-1975 Part Two, New York: Library of America, 1998.
- Baxter, G. *Vietnam: Search and Destroy*, Cleveland: World Publishing Co., 1967.
- Behr, E. *Bearings: A Foreign Correspondent's Life behind the Lines*, New York: Viking, 1978.
- Benjamin, L. *World War II American Radio Is More Than Murrow*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Bennett, W.L.; David L.P. Eds *Taken by Storm: the media, public opinion and U.S. foreign policy in the Gulf War*, Chicago: The University of Chicago Press, 1994.
- Benson, R. *The British are Coming*, Columbia Journalism Review, July/August, New York, 1991.
- Berg, T.H. *Silence Speeds Victory: The History of the United States Office of Censorship, 1941-1945*, PhD dss, U NE, 1999.
- Bergreen, L. *Look now, pay later, the rise of network television*, Garden City, N.Y., Doubleday, 1980.
- Berhard, N.E. *U.S. Television news and Cold War Propaganda 1947, 1960*
- Berry, N.O. *Foreign Policy and the Press: An Analysis of The New York Times' Coverage of US Foreign Policy*, New York: Greenwood, 1990.
- Beschloss, M. *Reaching for Glory: Lyndon Johnson's secret White House Tapes, 1964-1965*, Nueva York, Simon & Schuster, 1975
- Bessell, R. *The Oxford Illustrated History of Modern Europe*, Oxford University Press, 1996.
- Bilton, M.; Kevin S. *Four Hours in My Lai*, New York: Viking, 1992.
- Bittner, J.R. *Professional broadcasting: An introduction*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1981.
- Blanchard, M.A. *Freedom of the Press in World War II*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Blanton, T.S. Ed *The Pentagon Papers: Secrets, Lies and Audiotapes (The Nixon Tapes and the Supreme Court Tape)*, National Security Archive Electronic Briefing Book n° 48.
- Blumenson, M. et al. *Special Problems in the Korean Conflict*, Monograph, EUSAK Hist Sec, Jun 1952.
- Bowden, T. *One Crowded Hour: Neil Davis, Combat Cameraman*, Sydney, Australia: Collins, 1987.
- Braestrup, P. *Big Story: How the American Press and Television Reported and Interpreted the Crisis of Tet 1968 in Vietnam and Washington*, Boulder, CO: Westview, 1977.
- Braestrup, P. et al. *Battle Lines: Report of the Twentieth Century Task Force on the military and the Media*, New York: Priority Press Publications, 1985.

- Brelis, D. *Photographs by Jill Krementz, The Face of South Vietnam*, Boston: Houghton Mifflin, 1968.
- Brennan, M. *Brennan's War: Vietnam 1965-1969*, Novato, CA: Presidio, 1985.
- Brinkley, D. *David Brinkley : 11 Presidents, 4 Wars, 22 Political Conventions, 1 Moon Landing, 3 Assassinations, 2,000 Weeks of News and Other stuff on Television and 18 Years of Growing up in North Carolina*, New York: Knopf/Random House, 1995.
- Brooks, B.S. *News Reporting and Writing*, N.Y., St. Martin's Press, 1988.
- Broughton, C.J. *Thud Ridge*, Philadelphia: Lippincott, 1969; New York: Bantam, 1985.
- Browne, M. *The New Face of War*, Indianapolis: Bobbs-Merrill, 1965.
- Browne, M.W. *Muddy Boots and Red Socks: A Reporter's Life*, New York: Times Books, 1993.
- Bui Tin *Following Ho Chi Minh: The Memoirs of a North Vietnamese Colonel*, [Vietnamese original *Hoa xuyen tuyet*, Translated and adapted by Judy Stowe and Do Van; introduction by Carlyle Thayer], Honolulu: University of Hawaii Press, 1995.
- Burke, R.C. *Comparative Broadcasting Systems*, Shicago, SRA, 1984.
- Burrows, L. *Vietnam. Introduction by David Halberstam*, New York: Knopf, 2002.
- Burton, E. *The Swedish-American Press and the Vietnam War*, Göteborg, Sweden: Department of History, University of Göteborg, 2003.
- Cabot Lodge, H. *The War with Spain*, New York, 1999.
- Campomenosi, III L.J. *The 'New York Times' editorial coverage of the American involvement in Vietnam, 1945-1965: A case study to test the Huntington thesis of the existence of an oppositional press in the United States*, Ph.D. dissertation, Tulane, Political Science, 1994.
- Caputo, P. *A Rumor of War*, New York: Holt, Rinehart & Winston, 1977.
- Carrigan, M.A. *The Media Print Pool and Censorship as a Department of Defense Public Relations Tool During the Persian Gulf War*, MA thesis, Unv. Reno, 1997.
- Chapelle, D. *What's a Woman Doing Here?*, [A Reporter Reports on Herself], New York: Morrow, 1962.
- Chomsky, N. *Rethinking Camelot: JFK, the Vietnam War, and U.S. Political Culture*, Boston: South End Press, 1993.
- Chomsky, N. *The US Media and the Tet Offensive*, Race & Class, vol. XX, n° 1, 1978.
- Click, J.W.; Baird, R. *Magazine Editing and Production*, Dubuque, Iowa. William C. Brown, 1986.
- Code of Wartime Practices*, The American Press, Pamphlet, 1943.
- Collier, R. *The Sands of Dunkirk*, Londres: Collins, 1961.
- Companys Monclús, J. *Los orígenes de la prensa amarilla y su relación con la insurrección cubana de 1898*, Boletín de la Real Academia de la Historia (BRAH), Madrid, 1997.
- Comstock, G. *Television in America*, Newbury Park, California, Sage, 1980.
- Cornebise, A.E. *American Armed Forces Newspapers During World War II*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Creel, G. *How We Advertised America*, NY: Harper, 1920.
- Cronkite, W. *A Reporter's Life*, New York: Knopf, 1996.

- Cummings, B. *War and Television*, New York: Routledge, Chapman & Hall, 1994.
- Davis, E.H. *War Information and Censorship*, Wash DC: Amer Council Pub. Aff, 1945-50.
- Deakin, J. *Straight Stuff: The Reporters, the White House, and the Truth*, New York: Morrow, 1984.
- Del Vecchio, J. *The 13th Valley*, New York: Bantam, 1982.
- Delgado, J. *La Independencia de América en la Prensa española*, Espasa, Madrid, 1949.
- DeMello, Ed *At the expense of victory: A Desert Storm diary of news media coverage*, Fairview, New Jersey: Kenobi Productions, 1994.
- Denton, R. Jr. Ed *The Media and the Persian Gulf War*, Westport, CT: Praeger, 1993.
- Dinsmore, H.H. *All the News that Fits: A Critical Analysis of the News and Editorial Content of the New York Times*, New Rochelle, NY: Arlington House, 1969.
- Downs, F. Jr. *The Killing Zone*, New York: Norton, 1978; Berkley, 1983.
- Dupuy, T.N. ed. *International Military and Defense Encyclopedia*, 6 vols, Wash, DC: Brassey's, 1993.
- Durschmied, E. *Shooting Wars*, New York: Pharos, 1991.
- Dye, J.W. *Censorship: An Old Concept with New Problems*, AWC Student Paper, 1987.
- Eastman, S.T.; Head, S.; Klein, L. *Broadcast programming: Strategies for winning television and radio audiences*, Belmont, California, Wadsworth, 1981.
- Edelman, B. Ed [for the New York Vietnam Veterans Memorial Commission] *Dear America: Letters Home from Vietnam*, New York: Norton, 1985; Paperback New York: Pocket Books, 1986.
- Efron, E.; Chambers, C. *The News Twisters*, Los Angeles: Nash, 1971.
- Eldridge, L.A. *Chronicles of a Two-Front War: The African-American Press and the Vietnam War*, Ph.D. dissertation, History, University of Illinois at Chicago, 2002.
- Ellsberg, D. *Secrets: A Memoir of Vietnam and the Pentagon Papers*, New York: Viking, 2002.
- Elwood-Akers, V. *Women War Correspondents in the Vietnam War, 1961-1975*, Metuchen, NJ: Scarecrow, 1988.
- Emerson G.A. *Winners & Losers: Battles, Retreats, Gains, Losses and Ruins from a Long War*, New York: Random House, 1977.
- Emery, M. *On the Front Lines: Following America's Foreign Correspondents Across the Twentieth Century*, American University Press, 1996.
- Epstein, E.J. *News from Nowhere: Television and the News*, New York: Vintage, 1973.
- Espionage Act*, Library of The Congress of The United States of America, 1917.
- Faas Horst and Page, T. Eds [introduction by] David Halberstam [contributions by] Peter Arnett, Tad Bartimus, Nguyen Khuyen, John Lawrence, Richard Pyle, Pierre Schoendoerffer, Neil Sheehan, Jon Swain, William Tuohy *Requiem: By the Photographers Who Died in Vietnam and Indochina*, New York: Random House, 1997.
- Fall, B. *Hell in a Very Small Place: The Siege of Dien Bien Phu*, Philadelphia: J.J. Lippincott Company, 1967.
- Fall, B. *Street Without Joy*, 4th ed. Rev, Harrisburg, PA: Stackpole, 1964.
- Fallaci, O. *Nothing, and So Be It: A Personal Search for Meaning in War*, New York:

- Doubleday, 1972.
- Fang, I.R. *Television news, radio news*, Minneapolis, Minnesota, Rada Press, 1980.
- Faulkner, F. *Bao Chi: The American News Media in Vietnam, 1960-1975*, Ph.D. dissertation, Mass Communications, University of Massachusetts, 1981.
- Ferber, M.M. *Management and Censorship Issues of Stars and Stripes: Statement of Director, Manpower and Logistics Issues*, National Security and International Affairs Division Before the Subcommittee on Readiness, Wash. DC, GAO, 1989.
- Ferguson, R. *Editing the small magazine*, Columbia University Press, 1976.
- Fewster, K. *The Operation of State Apparatuses in Times of Crisis: Censorship and Conscription, 1916*, War and Soc 3, May 1985.
- Fialka, J.J. *Hotel Warriors: Covering the Gulf War*, Baltimore. Woodrow Wilson Center Press/John Hopkins University Press, 1992.
- Flint, G. *Marching with Gómez. A war correspondent's field note-book kept during four months with the Cuban army*, Boston y Nueva York, 1898.
- Flowers, J.W. *'Life' in Vietnam: The Presentation of the Vietnam War in 'Life' Magazine, 1962-1972*, Ph.D. dissertation, History, University of South Carolina, 1996.
- Flynn, R. *A Personal War in Vietnam*, Texas A&M University military history series, n°13, College Station, TX: Texas A&M University Press, 1989.
- Fornatale, P.; Mills, J. *Radio in the television age*, Woodstock, N.Y. Overlook Press, 1980.
- Francos Rodríguez, J. *El año de la derrota, 1898*, memorias de gacetillero, Madrid, 1936.
- Friedlander, E.J.; Lee, J. *Feature writing for newspapers & magazines*, N.Y. Harper and Row, 1988.
- Friendly, F.W. *Due to Circumstances Beyond our Control*, New York: Random House, 1967.
- Gannett Foundation Media Center *The Media at War: the Press and the Persian Gulf Conflict*, New York, June 1991.
- Gates, G.P. *Air Time: The Inside Story of CBS News*, New York: Harper & Row, 1978; New York: Berkley, 1979.
- Gelb, L.H.; Richard K.B. *The Irony of Vietnam: The System Worked*, Washington: The Brookings Institution, 1979.
- General Staff (G-2). *Report of the activities of the Intelligence Service*, Typescript, Jun 1919.
- Ghiglione, L. *The buying and selling of America's newspapers*, Indianapolis, Indiana, R.J. Berg & Co, 1984.
- Gibson, J. *The Perfect War: Technowar in Vietnam*, Boston: Atlantic Monthly Press, 1986. [Paperback titled *The Perfect War: The War We Couldn't Lose and How We Did*, New York: Vintage, 1988.]
- Goulding, P.G. *Confirm or Deny*, New York: Harper & Row, 1970.
- Graham, K. *Personal History*, New York: Knopf, 1997.
- Grant, Z. *Facing the Phoenix: The CIA and the Political Defeat of the United States in Vietnam*, New York: Norton, 1991.
- Great Britain. Army. *Censorship Orders for Troops in the Field: American Expeditionary Force*. Printed in France, 1917-1918.

- Grebner, G.; Siefert, M. eds. *World Communications, a Handbook*, New York, Longman, 1984.
- Greenberg, S.B.; Walter G. Eds *Desert Storm and the Mass Media*, Cresskill, NJ: Hampton Press Inc, 1993.
- Grossman, P.A. *The Future of Field Press Censorship: Is There One?*, AWC Student Paper, 1989.
- Halberstam, D. *The Powers That Be*, New York: Knopf, 1979.
- Hallin, D.C. *The Uncensored War: The Media and Vietnam*, New York: Oxford University Press, 1986.
- Hammond, W.M. *Public Affairs: The Military and the Media, 1962-1968*, Wash DC: U.S. Army Cent of Mil Hist, 1988.
- Hammond, W.M. *Reporting Vietnam: Media and Military at War*, Lawrence: University Press of Kansas, 1998.
- Hartenian, L.R. *Propaganda and the Control of Information in Occupied Germany: The U.S. Information Control Division at Radio Frankfurt, 1945-1949*, 2 vols., PhD dss, Rutgers, 1984.
- Head, S. *World Broadcasting Systems*, Belmont Ca, Wadsworth, 1985.
- Head, S.; Sterling, C. *Broadcasting in America*, N.Y. Houghton Mifflin, 1982.
- Herr, M. *Dispatches*, New York: Knopf, 1977; Vintage International, 1991.
- Herrington, S. *Silence was a Weapon: The Vietnam War in the Villages*, Novato, CA: Presidio, 1982.
- Herz, M.F.; Rider, L. *The Prestige Press and the Christmas Bombing, 1972: Images and Reality in Vietnam*, Lanham, MD: University Press of America, 1985.
- Hickey, G.C. *Free in the Forest: Ethnohistory of the Vietnamese Central Highlands, 1954-1976*, New Haven: Yale University Press, 1982.
- Hickey, G.C. *Shattered World: Adaptation and Survival among Vietnam's Highland Peoples During the Vietnam War*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1993.
- Hickey, G.C. *Sons of the Mountains: Ethnohistory of the Vietnamese Central Highlands to 1954*, New Haven: Yale University Press, 1982.
- Higgins, M. *Our Vietnam Nightmare*, New York: Harper & Row, 1965.
- Hilton, S.L. *Queries The Spanish-American War 1898.: Queries into the relationships between the Press, Public Opinion and Politics*, Revista Española de Estudios Norteamericanos, REDEN, Madrid, 1997.
- Hilvert, J. *Blue Pencil Warriors: Censorship and Propaganda in World War II*, Queensland, Australia: U. of Queensland, 1984
- Howel, H.I. *Roadrunners: Combat Journalists in Cambodia*, Boulder: Paladin Press, 1989.
- Intell. Sec. Instructions for Regimental Intelligence Service*, Chaumont, France, Dec 1917.
- Intelligence and Its Relation to the Air Service*, Chaumont, France, Jun 1918.
- Intelligence Regulations, 1920*, Wash, DC, 1920.
- Isaacs, A. *Without Honor: Defeat in Vietnam and Cambodia*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1983.
- Just, W. *To What End: Report from Vietnam*, Boston: Houghton Mifflin, 1968.

- Karnow, S. *Vietnam: A History*, New York: Viking, 1983.
- Keeshen, K.K. *Marguerite Higgins: Journalist, 1920-1966*, Ph.D. dissertation, Journalism, University of Maryland, 1983.
- Kellner, D. *The Persian Gulf TV War*, Boulder, Colorado. Westview Press, 1992.
- Kennedy, W.V. *The Military and the Media: Why the Press Cannot be Trusted to Cover a War*, Westport, CT: Praeger, 1993.
- Kennerly, D. *Shooter*, New York: Newsweek Books, 1979.
- Keogh, J. *President Nixon and the Press*, New York: Funk & Wagnalls, 1972.
- Kern, M.; Levering, P.W. Levering, R.B. *The Kennedy Crisis: The Press, the Presidency, and Foreign Policy*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1983.
- Kesaris, P. *History of the Office of Censorship*, 3 reels, Wash DC: UPS, 1977.
- Kiernan, D.R. *The Case for Censorship*. *Army* 33, Mar 1983.
- Kirk, D. *Tell it to the Dead: Memories of a War*, Chicago: Nelson-Hall, NY: M.E. Sharpe, 1996.
- Knight, D.D.; Perkins G. *William Randolph Hearst, and the Practice of Ethical Journalism*, *American Journalism* (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 11:4, 1994.
- Knightley, P. *The First Casualty: from the Crimea to Vietnam, the war correspondent as hero, propagandist and myth maker*, New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1975.
- Kobre, K. *Photojournalism: The professional's approach*, N.Y., Focal Books, 1980.
- Koger, D.A. *The Liberal Opinion Press and the Kennedy Years on Vietnam: A Study of Four Journals: The New Leader, The Reporter, The New Republic, The Nation*, Ph.D. dissertation, Journalism, Michigan State, 1983.
- Koop, T.F. *Weapon of Silence*, Chicago: U. Chicago, 1946.
- Kornweibel, T. Jr. *The Most Dangerous of All Negro Journals: Federal Efforts to Suppress the Chicago Defender During World War I*, *American Journalism* (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 11:2, 1994.
- Krepinevich, A.F. Jr. *The Army in Vietnam*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986.
- Kurian, G. ed. *World Press Encyclopedia*, New York, Facts on File, 1982.
- Landers, J. *University Times*, University of Pittsburgh, n° 21, junio 2000.
- Larson, C. *Words That Won the War: The Story of the Committee on Public Information, 1917-1919*, NJ: Princeton U, 1939.
- Laurence, J. *The Cat from Hué: A Vietnam War Story*, New York: Public Affairs, 2002.
- Lee, J. *Network Television Documentaries from 1964 to 1984 in a Changing Historical Context*, Ph.D. Dissertation, Journalism, U. of Minnesota, 1994.
- Lefever, E.W. *TV and National Defense: An Analysis of CBS News, 1972-1973*, Boston, VA: Institute for American Strategy, 1974.
- Lembcke, J. *CNN's Tailwind Tale: Inside Vietnam's Last Great Myth*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2003.
- Lentz, R.G. *Resurrecting the Prophet: Dr. Martin Luther King, Jr., and the News Magazines*, Ph.D. dissertation, Journalism, University of Iowa, 1983.
- Leslie, J. *The Mark: A War Correspondent's Memoir of Vietnam and Cambodia*, New

York: Four Walls Eight Windows, 1995.

Lissorgues, Y. *España ante la guerra colonial de 1895 a 1898: Leopoldo Alas (Clarín), periodista, y el problema cubano*, Cuba, les étapes d'une liberation, Toulouse, 1979.

Lowenstein, R.L. *Military Press Censorship in Israel*, Mil Rev 50, Feb 1950.

Lucas, J.G. *Dateline: Viet Nam*, [rev. ed.], New York: Award Books, 1968.

Lundberg, J. *Implications of the Absence of Field Press Censorship in Vietnam*, AWC Student Paper, 1984.

Lunn, H. *Vietnam: A Reporter's War*, New York: Stein and Day, 1985.

MacArthur, J.R. *Second Front: Censorship and Propaganda in The Gulf War*, New York: Hill and Wang, 1992; Berkeley, CA: U CA, 1993.

MacDonald, J. F. *Television and the Red Menace: The Video Road to Vietnam*, New York: Praeger, 1985.

MacPherson, M. *Long Time Passing: Vietnam and the Haunted Generation*, Garden City, NY: Doubleday and Company, 1984.

Mander, M.S. *American Correspondents During World War II: Common Sense as a View of the World*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 1: 1, 1983.

Martin L. J.; Chaudhary, A. *Comparative Mass Media Systems*, New York, longman, 1990.

Martin, A. *Receptions of War: Vietnam in American Culture, Oklahoma project for discourse and theory*, vol. 10, Norman, OK: University of Oklahoma Press, 1993.

Mason, R. *Chickenhawk*, New York: Viking, 1983.

Mauldin, B. et al. *Critical Turn in Vietnam*, Life Magazine, 58:7, February 19, 1965.

McDonough, F. *Reflections on the Role of the Press in the Foreign Policy Aims of Adolf Hitler*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.

McGrady, M. *A Dove in Vietnam*, New York: Funk & Wagnalls, 1968.

McMahon, R.J. Ed *Major Problems in the History of the Vietnam War*, 2nd ed, D.C. Heath, 1995.

McNulty, T.M. *Network Television Documentary Treatment of the Vietnam War, 1965 to 1969*, Ph.D. dissertation, Journalism, Indiana University, 1974.

Mei-ling, Y. *Selling Patriotism: The Representation of Women in Magazine Advertising in World War II*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.

Mencher, M. *News Reporting and Writing, Dubuque, Iowa*, WM. C. Brown, 1987.

Mendelson, A.; Smith, C.Z. *Part of the Team: LIFE Photographers and Their Symbiotic Relationship with the Military During World War II*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.

Merril, J.C. *The Dialectic in Journalism: Toward a responsible use of freedom*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1989.

Merrill, J.C., ed. *Global Journalism*, New York, Longman, 1990.

Merrill, J.C.; Fisher, H. *The world's great dailies: Profiles of 50 newspapers*, N.Y., Hastings House, 1980.

Merrill, J.C.; Lee, J.; Friedlander, E.J. *Medios de Comunicación Social. Teoría y práctica en Estados Unidos y en el mundo*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez,

Madrid, 1989.

Merry, R.W. *Taking on the World: Joseph and Stewart Alsop-Guardians of the American Century*, New York: Viking, 1996.

Meyers, J. *Inherited Risk: Errol and Sean Flynn in Hollywood and Vietnam*, New York: Simon & Schuster, 2002.

Mindich, D.T.Z. *Searching for Journalism History in Cyberspace*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 15:1, 1998.

Minor, D. *The Information War*, New York: Hawthorn, 1970; New York: Tower, 1970.

Mock, J.R. *Censorship 1917*, NJ: Princeton, 1941.

Moeller, S.D. *Shooting War: Photography and the American Experience of Combat*, New York: Basic Books, 1989.

Moffett, A.E. *Hometown Radio in 1942: The Role of Local Stations During the First Year of Total War*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 3, 1986.

Mohr, C. *Once Again--Did the Press Lose Vietnam?*, Columbia Journalism Review, November/December 1983.

Moore, Lt. Gen. Harold G.; Joseph L. Galloway *We Were Soldiers Once... and Young*, New York: Random House, 1992.

Morgan, W. *America's road to empire: The war with Spain and overseas expansion*, New York, 1965.

Morris, R. *Henry Kissinger and the Media: A separate place*, Columbia Journalism Review, May/June, 1974.

Morrison, D. *Television and the Gulf War*, London: John Libbey, 1992.

Mowlana, H. *Global information and world communication*, New York, Longman, 1986.

Mowlana, H.; Gerbner, G.; Schiller, H.L. *Triumph of the Image: the media's war in the Persian Gulf--A global perspective*, Boulder, Westview Press, 1992.

Mulcrone, M.P. *The World War I Censorship of the Irish-American Press*, PhD dss, U of Wash, 1993.

Nagy, A. *Foreign Embassies in the United States as Communist Propaganda Sources: 1945-1960*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 14:1, 1997.

Norris, B.P. *Transnational Perception, an Ideal Typical Approach: An Examination of Ten Influential American Journals of Political Opinion Concerning their Image of the Democratic Republic of Vietnam and its Allies, 1954-1973*, Ph.D. dissertation, Political Science, University of Pittsburgh, 1976.

Oberdorfer, D. *Tet*, New York: Doubleday, 1971; DaCapo: 1984.

Ostroff, R. *Fire in the Wind: The Life of Dickey Chapelle*, New York: Ballantine, 1992.

Owen, A.; Douglas C.E.; Laurence L.I., *Vietnam: Images from Combat Photographers*, Washington DC: Starwood Publishing, 1991.

Page, T. *Page after Page: Memoirs of a War-Torn Photographer*, New York: Macmillan, 1988.

Page, T. *The Mindful Movement*, Thames & Hudson, 2001.

Palmer, L. *Shrapnel in the Heart: Letters and Remembrances From the Vietnam Veterans Memorial*, [Pentagon Papers], New York: Random House, 1987.

- Palmos, F. *Ridding The Devils*, New York: Bantam, 1989.
- Patterson, O. III *An Analysis of Television Coverage of the Vietnam War*, *Journal of Broadcasting*, 28:4, 1984
- Patterson, O. III *Television's Living Room War in Print: Vietnam in the News Magazines*, *Journalism Quarterly*, 61:1, 1984.
- Patterson, O. *The Vietnam Veteran and the Media: A Comparative Content Analysis of Media Coverage of the War and the Veteran, 1968-1973*, Ph.D. dissertation, Mass Communications, University of Tennessee-Knoxville, 1982.
- Pentagon Rules on Media Access to the Persian Gulf War*, Washington, DC: Government Printing Office, 1991.
- Pfaff, D.W. *Joseph Pulitzer II and the European War, 1938-1945*, *American Journalism (Quarterly)*, University Of Alabama, Gower Ed, 6:3, 1989.
- Photos and Letters Upstage the Guam Show*, *Life Magazine*, 62:13, March 31, 1967.
- Plan for Mail Censorship*, *Chief of Mail Censorship Section*, Hawaiian Dept. G-2, G-2, 1938.
- Pogue, F.C. *The Supreme Command*. Wash DC: OCMH, 1954.
- Porch, D. *No Bad Stories: The American Media-Military Relationship*, *Naval War College Review*, LV:1, 2002
- Prados, J.; Ray W.S. *Valley of Decision: The Siege of Khe Sanh*, New York: Houghton Mifflin, 1991; New York: Dell, 1993.
- Prochnau, W. *Once Upon a Distant War*, New York: Random House, 1995; Times Books, 1996.
- Puller, L.B. Jr. *Fortunate Son: The Autobiography of Lewis B. Puller, Jr.*, New York: Grove Weidenfeld, 1991; Bantam, 1993.
- Pyle, R.; Faas, H. *Lost Over Laos: A True Story of Tragedy, Mystery, and Friendship*, Cambridge, Massachusetts: Da Capo, 2003.
- Race, J. *War Comes to Long An*, Berkeley: University of California Press, 1972.
- Ranson, E. *British Military and Naval Observers in the Spanish-American War*, *Journal of American Studies*, vol. 3.1, July 1969.
- Rasmussen, S. *The Development of The Press-Military "Crunch" in the Persian Gulf: "WUZ the Public Robbed?", Student paper, AWC, 1992.*
- Ray, M. *Les deux rives de l'enfer*, Paris: Robert Laffont, 1967.
- Regulations for the Intelligence Section of the General Staff*, Chaumont, France, Oct 1918.
- Reston, J. *Deadline: A Memoir*, New York: Random House, 1991.
- Roeder, G.H. *The Censored War: American Visual Experience During World War Two*, New Haven: Yale, 1993.
- Roth, M.P. *Historical Dictionary of War Journalism*, Westport, CT: Greenwood, 1997.
- Rudenstine, D. *The Day the Presses Stopped: A History of the Pentagon Papers Case*, Berkeley: University of California Press, 1996.
- Safer, M. *Flashbacks: On Returning to Vietnam*, New York: Random House, 1990.
- Sager, P. *Report from Vietnam*, [trans. from German by Ian Tickle], Berne: Swiss Eastern Institute, 1968.

- Salisbury, H. *A Time of Change: A Reporter's Tale of Our Time*, New York: Harper & Row, 1988.
- Salisbury, H. *Image and Reality in Indochina*, *Foreign Affairs*, 49:3, April 1971.
- Salisbury, H. *Without Fear or Favor*, New York: Times Books, 1980.
- Sansom, R.L. *The Economics of Insurgency in the Mekong Delta*, MIT Press, 1970.
- Sarkesian, S. *Soldiers, Scholars, and the Media*, *Parameters*, September 1977.
- Sawyer, B.E. Jr. *The Normandy Campaign From Military and Press Sources*, MA thesis, U of MO, 1957.
- Schrag, P. *Test of Loyalty: Daniel Ellsberg and the Rituals of Secret Government*, New York: Simon & Schuster, 1974.
- Schramm, W. *The Story of Human Communication: from cave printing to microchip*, New York, HARPER & ROW, 1988.
- Scott, E.W.; Taylor, T.C. *Trust and Confidence in Wartime Between Commanders and the Media: Are they Related to Field Press Censorship?*, AWC Student Paper, 1982.
- Sedition Act*, Library of The Congress of The United States of America, 1918.
- Shafer, D.M. Ed *The Legacy: The Vietnam War in the American Imagination*, Boston: Beacon Press, 1990.
- Shapiro, M.M. Ed *The Pentagon Papers and the Courts: A Study in Foreign Policy-making and Freedom of the Press*, San Francisco: Chandler, 1972.
- Shawcross, W. *Sideshow: Kissinger, Nixon, and the Destruction of Cambodia*, New York: Simon & Schuster, 1979.
- Shay, J. *Achilles in Vietnam: Combat Trauma and the Undoing of Character*, New York: Atheneum, 1994.
- Sheehan, N. *A Bright Shining Lie: John Paul Vann and America in Vietnam*, New York: Random House, 1988.
- Sheehan, N. *The Role of the Press*, *Naval War College Review*, LI:1, Winter 1998. [reprinted from the February 1971 issue]
- Shepard, R.F. *The Paper's Papers: A Reporter's Journey through the Archives of The New York Times*, New York: Times Books, 1996.
- Sheppard, D. *Riverine: A Brown-Water Sailor in the Delta, 1967*, Novato, CA: Presidio, 1992.
- Showalter, S.W. *Coverage of Conscientious Objectors to the Vietnam War: An Analysis of the Editorial Content of American Magazines, 1964-1972*, Ph.D. dissertation, Journalism, University of Texas at Austin, 1975.
- Sidey, H. *Jet Extension of the Oval Office*, *Life Magazine*, 62:13, March 31, 1967.
- Smith, A.F. *International Conflict and the Media*. www The American Forum for Global Education. 2000.
- Smith, H. ed. *The Media and the Gulf War: The Press and Democracy in Wartime*, Washington DC: Seven Locks Press, 1992.
- Smith, H.K. *Events Leading Up to My Death: The Life of a Twentieth-Century Reporter*, New York: St. Martin's, 1996.
- Snapp, F. *Decent Interval*, New York: Random House, 1977.
- Somers, P.P. Jr. *Right in the Führer's Face: American Editorial Cartoons of the World War II Period*, *American Journalism (Quarterly)*, University Of Alabama, Gower Ed, 13,

1996.

Sorensen, C. *As I Saw It: How a TV Cameraman Covered News in Bygone Days*, San Jose, New York, and Lincoln, NE: Authors Choice (iUniverse.com), 2001.

Steinman, R. *Inside Television's First War: A Saigon Journal*, Columbia, Missouri: University of Missouri Press, 2002.

Sterling, C.; Kittross, J. *Stay tuned: A concise history of American broadcasting*, Belmont, California, Wadsworth, 1978.

Stolley, R.B. *The Secret Fight for Gus Herz*, Life Magazine, 63:3, July 21, 1967.

Summers, R.E. *Wartime Censorship of Press and Radio*, NY: Wilson, 1942.

Swain, J. *River of Time*, New York: St. Martins, 1997; New York: Berkley, 1999.

Sweeney, M.S. *Byron Price and the Office of Censorship's Press and Broadcasting Divisions in World War II*, PhD dss, OH State, 1996.

Sweeney, W.C. *Military Intelligence: A New Weapon in War*, NY: Stokes, 1924.

Tebbel, J. *The American Magazine: A compact history*, N.Y. Hawthorn Books Inc., 1969.

Thayer, C.A. *War by Other Means: National Liberation and Revolution in Viet-Nam, 1954-60*, Cambridge, MA: Unwin Hyman, 1989.

The Mails as a German War Weapon: Memorandum on the Censorship of Mails Carried by Neutral Ships, London: Eyre & Spottiswoode, 1916.

The Pentagon Papers The Defense Department History of United States Decisionmaking on Vietnam, Boston: Beacon Press, 1971, 1972.

The Pentagon Papers, New York: Bantam Books, 1971.

Thompson, A. *Smokescreen: the media, the censors, the Gulf*, Tunbridge Wells, Kent: Laburnham Books and Spellmount Ltd, 1992.

Thompson, J.L. *Politicians, The Press & Propaganda: Lord Northcliffe and The Great War, 1914-1919*, Kent State University Press. 1999.

Thomson, D. *Europe since Napoleon*, Longmans, 1957.

Thrall, A.T. *War in the Media Age: The Government/Press Struggle from Vietnam to the Gulf*, Ph.D. dissertation, Political Science, M.I.T., 1996.

Tollefson, J.W. *The Strength Not to Fight: An Oral History of Conscientious Objectors of the Vietnam War*, Boston: Little, Brown, 1993.

Torre del Río, R. de la *La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre 'Las Naciones Moribundas' (Londres, Albert Hall, 4 de mayo de 1898)*, Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, n° 6, 1985.

Trotta, L. *Fighting for Air: In the Trenches with Television News*, New York: Simon & Schuster, 1991.

Tuñón de Lara, M. *Prensa y Sociedad en España, 1820-1936*, Crítica, Madrid, 1994.

Tuohy, W. *Dangerous Company*, New York: William Morrow, 1987.

Turley, Col. G.H. *The Easter Offensive*, Novato, CA: Presidio, 1985.

Turley, W.S. *The Second Indochina War: A Short Political and Military History, 1954-1975*, Boulder, CO: Westview, 1986.

Turner, K.J. *Lyndon Johnson's Dual War: Vietnam and the Press*, Chicago: University of Chicago Press, 1985.

- U.S. Army. European Command. Censorship*, Frankfurt, Germany: EUCOM, 1947.
- Preliminary Statement to the Press of the United States*, U.S. Committee on Pub. Infor, Pamphlet, 1917.
- U.S. Congress, House Committee on Armed Services. United States-Vietnam Relations, 1945-1967: A Study Prepared by The Department of Defense*, Washington DC: U.S. Government Printing Office, 1971.
- Handbook for Public Information Officers: Department of the Army*, U.S. Dept of Army Office, Chief of Information, Pamphlet, 21-64, 1951.
- United States Army in the World War, 1917-1919*, U.S. Dept. of Army Hist. Div., Reports of Commander-in-Chief, A.E.F., Staff Sections and Services. Wash DC: GPO, 1948.
- Diplomatic Correspondence with Belligerent Governments Relating to Neutral Rights and Commerce*, U.S. Dept. of State, Wash DC: GPO, 1915.
- Operations of Military and Civil Censorship*, U.S. Far East Command. Mil Intell Sec., USAFFE/SWPA/AFPAC/FEC, Tokyo, 1950.
- U.S. Military Attache Petrograd, Russia. Trans of Temporary Rules of Military Censorship*, Typescript, Nov 1914.
- A Report on The Office of Censorship*, U.S. Office of Censorship, Wash DC: G.P.O., 1945.
- Provisional Intelligence Manual*, U.S. War Dept. Mil. Intell. Branch, Wash DC, 1917.
- Ungar, S.J. *The Papers & The Papers: An Account of the Legal and Political Battle over the Pentagon Papers*, New York: Dutton, 1972.
- Ungar, S.J. *The Pentagon Papers Trial*, The Atlantic Monthly, November 1972.
- Utley, G. *You Should Have Been Here Yesterday: A Life in Television News*, New York: Public Affairs, 2000.
- Van Es, R.J. *Canadian 'Chivalry' in Vietnam: The Press Coverage*, Ph.D. dissertation, Sociology, McMaster University, 1996.
- Venzon, A.C. *The Spanish-American War: an Annotated Bibliography*, Nueva York y Londres, 1990.
- Volkert, K.; Williams, T. J. *Foreword by Bernard Kalb, A Cambodian Odyssey and the Deaths of 25 Journalists*, Lightning Source, 2001.
- Von Schilling, J.A. *Television During World War II: Homefront Service, Military Success*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Wade, B. *Ed Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, Fayetteville: Arkansas University Press, 1992.
- Warner, D. *Reporting Southeast Asia*, Angus and Robertson, 1966.
- Washburn, P.S. *A Question of Sedition: The Federal Government's Investigation of the Black Press During World War II*, NY: Oxford, 1986.
- Washburn, P.S. *The Black Press: Homefront Clout Hits a Peak in World War II*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Webb, K. *On the Other Side: 23 Days with the Viet Cong*, New York: Quadrangle, 1972.
- Wells, T. *Wild Man: The Life and Times of Daniel Ellsberg*, New York: Palgrave (St. Martin's), 2001.

- Wentz, J.E. *Should America Have a 'War Press Act'?*, Naval War Col Rev 26, Nov/Dec 1983.
- Werner, G.L. *The Credibility Gap-1966: Prestige Gatekeepers View Government Handling of Vietnam Information*, MA thesis, U WI, 1967.
- Westmoreland, General W. *A Soldier Reports*, New York: Doubleday, 1976.
- Wilkerson, M.M. *Public opinion and the Spanish-American War. A study in War Propaganda*, University of Louisiana, USA, 1932.
- Williams, M. *My Tour in Vietnam: A Burlesque Shocker*, New York: Vantage, 1970.
- Willwerth, J. *Eye in the Last Storm: A Reporter's Journal of One Year in Southeast Asia*, New York: Grossman, 1972.
- Wilson, Q.C. *A Study and Evaluation of the Military Censorship in the Civil War*, MA thesis, U MN, 1946.
- Winfield, B.H.; Janice H. *Shhh, Do Tell! World War II and Press-Government Scholarship*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Winfield, B.H.; Janice H. *Shhh, Do Tell! World War II and Press-Government Scholarship*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 12:3, 1995.
- Wisn, J.E. *The Cuban crisis as reflected in the New York Press (1895-1898)*, New York, 1934.
- Wyatt, C.R. *Paper Soldiers: The American Press and the Vietnam War*, New York: Norton, 1993.
- Youm, K.H. *Press Policy of the U.S. Military Government in Korea*, American Journalism (Quarterly), University Of Alabama, Gower Ed, 8:2-3, 1991.
- Zettl, H. *Television production handbook*, Belmont, California, Wadsworth, 1984.
- Military Censorship: Training Circular 15*, U.S. War Dept, Feb 1943.
- Mandelbaum, M. *Vietnam: The Television War*, Parameters, March 1983.
- General Orders No 3, 28 June 1917, G.O. 5, 1 July 1917, G.O. 13, 13 July 1917, In U.S. Army in the World War, 1917-1919, Vol 16, Wash, DC: GPO, 1948.
- Powell, R.P. *Nobody Loves a Censor*, Information Journal, Mar 1946.
- 4 to 1 Isn't Enough*, Life Magazine, 58:5, Feb 5, 1965.
- A Document as Valuable as Divisions*, Life Magazine, 62:13, March 31, 1967.
- Ellsberg, D. et al. *The Pentagon Papers*, VVA Veteran, 22:6/7, June/July 2002.
- Forde, H.M. *Strategic Censorship in World War II*, Mil Rev 28, Sep 1948.
- The Media and World War II*. American Journallism, 12: 3, 1995.
- Vietnam: The War Turns North*, Life Magazine, 58:7, February 19, 1965.
- Vietnam: Build-up on the Border*, Life Magazine, 57:8, August 21, 1964.
- Vietnam: Blows, Counterblows, Waits*, Life Magazine, 58:8, Feb 26, 1965.

IX

anexos

EL CÍRCULO CERRADO

LA COBERTURA INFORMATIVA DE LOS CONFLICTOS INTERNACIONALES EN UN SIGLO (1898-1991): RELACIÓN DE LOS MEDIOS CON EL PODER POLÍTICO Y LA CENSURA.

Departamento de Información y Documentación.

Autor José Luis Vidal Coy.

Directores: Dr. José Vicente Rodríguez Muñoz y Dr. Juan Miguel Aguado Terrón.

Resumen: Las relaciones entre los poderes político-militares y los medios de comunicación en Estados Unidos han cambiado a la misma velocidad vertiginosa a la que, durante el siglo XX, evolucionaron las técnicas y las coberturas informativas. La censura militar se inició en la Guerra de Secesión de Estados Unidos (1861-1865), pero después el círculo de control se abrió desde la Guerra entre España y Estados Unidos en Cuba y Puerto Rico (1895-1898), hasta la Guerra del Golfo contra Irak (1991) y los ataques terroristas del 11-S (2001). Lo que empezó como un asunto abierto en la Guerra de Cuba — la práctica inexistencia de censura— evolucionó sinuosamente a través de las relaciones del establishment político-militar de Estados Unidos y sus medios de comunicación. Más adelante en el siglo XX, pasó de la aparición de la propaganda en la Primera Guerra Mundial a la simbiosis casi total entre medios y establishment político-militar en la Segunda conflagración mundial. Después, siguió la evolución con las primeras divisiones registrada al final de la II Guerra Mundial y en el conflicto de Corea, resultando en el enfrentamiento total entre los medios de comunicación y el establishment político-militar a raíz de la guerra de Vietnam, para terminar en el nuevo cierre del círculo con el control casi total de los medios impuesto por el Pentágono en la Guerra del Golfo contra Irak de 1991.

Palabras clave: Censura, Propaganda, Conflictos, Corea, Cuba, Estados Unidos, Guerra de Cuba, Guerra Mundial, Vietnam, Guerra del Golfo, 11-S, Pentágono, Agencias de Noticias, Periódicos diarios, Televisión, Radio, Internet, Irak, Kuwait, Medios de Comunicación, Terrorismo.

THE LOCKED CIRCLE

THE COVERAGE OF THE INTERNATIONAL CONFLICTS IN A CENTURY (1898-1991); MASS MEDIA RELATIONSHIPS WITH THE MILITARY-POLITICAL POWER AND CENSORSHIP

DEPARTMENT OF INFORMATION AND DOCUMENTATION

Author: José Luis Vidal Coy

Directors: Dr. José Vicente Rodríguez Muñoz and Dr. Juan Miguel Aguado Terrón

Abstract: The relationship in between the political and military powers and the mass media in the United States has changed as quickly as during the 20th Century evolved the techniques and the press coverage of events. The military censorship began during the Secession War in the United States (1861-1865). Later on the control circle was well wide open since the Spanish-American War in Cuba and Puerto Rico(1895-1898) until it was steadily locked in the Gulf War (1991) and the aftermath of the terrorist attacks against the Trade World Center and the Pentagon (9/11/2001). What started as an open subject in the Spanish-American War, —the non-existent censorship— evolved sinuously through the relations of the U.S.A. political and military powers with its own mass media. From that point, It went from the rise of propaganda in the first World War to the whole symbiosis registered in the Second World War. Further on the evolution followed whith the first recorded divisions at the end of that same World War and during the military conflict in Corea aswell, originating a permanent quarrel between the media and the military and political establishments due to the Vietnam War coverage, and ending in the new closure of the circle with the nearly total control imposed by the Pentagon on the media from the very begining of the 1991 Gulf War against Irak.

Key Words: Censorship, Propaganda, Conflicts, Corea, Cuba, United States, Spanish-American War, World War, Vietnam War, Gulf War, 9/11, 11-S, Pentagon, News Agencies, Daily Press, Television Networks, Broadcast, Radio, Internet, Irak, Kuwait, Mass Media, Terrorism.